
3 2044 103 240 610





23d Sept. 1915

LA RAZON DE LA GUERRA

ENSAYO FILOSÓFICO

SOBRE TAN IMPORTANTE PROBLEMA, EXÁMEN DE LA IDEA DE PAZ PERPÉTUA Y DE OTRAS VARIAS CUESTIONES MILITARES.

POR

LUIS MARTINEZ DE MONGE Y PUGA

CORONEL GRADUADO, TENIENTE CORONEL DE INFANTERÍA.

MADRID

Imprenta de EL CORREO MILITAR, á cargo de J. J. Heras

Desengaño, 25

1879



LA RAZON DE LA GUERRA.



LA RAZON DE LA GUERRA

ENSAYO FILOSÓFICO

SOBRE TAN IMPORTANTE PROBLEMA, EXÁMEN DE LA IDEA DE PAZ PERPÉTUA Y DE OTRAS VARIAS CUESTIONES MILITARES.

POR

LUIS MARTINEZ DE MONGE Y PUGA

CORONEL GRADUADO, TENIENTE CORONEL DE INFANTERÍA.



MADRID

Imprenta de EL CORREO MILITAR, a cargo de J. J. Heras

Desengaño, 25

1879

PRÓLOGO.

En el presente siglo, cuando el clarin de batalla resuena por todas partes y entre el estruendo de la guerra las nacionalidades sucumben ó se levantan, se oye tambien la voz de la paz universal como un débil quejido, como el lamento ocasionado por el dolor intenso, fiel expresion del sufrimiento humano. ¡Extraña coincidencia! Discurren los hombres sobre la posibilidad de que llegue á realizarse el más apacible de los sueños, y al mismo tiempo observamos no tienen término las luchas de pueblo á pueblo,

empleándose en ellas elementos todavía más destructivos.

Si la paz y la guerra pudieran representarse por dos líneas paralelas que cruzasen indefinidamente ante nuestra vista, al aproximarnos á la primera escuchariamos anatemas contra la guerra, declamaciones filantrópicas, bellísimas teorías expuestas con elocuencia seductora y tiernos y conmovedores discursos acompañados de promesas de paz perpétua; pero al trasladarnos á la segunda, la lógica inflexible de los hechos se encargaria de demostrarnos que, dado caso de prevalecer en definitiva uno de los dos estados (guerra ó paz), tal vez fuera infinitamente más fácil promover una lucha general de las naciones conocidas que conseguir la union perfecta é inquebrantable de los hombres, base indispensable de la paz eterna.

¡Union perfecta é inquebrantable! ¡Perpétua paz! ¿Será posible que la humanidad pueda llegar á constituirse de una manera pacífica y eterna, compuesta como se halla de séres que viven en constante lucha y que nacen destinados á perecer? ¿Es que la guerra ha sido creacion humana, y como tal el hombre es dueño de destruirla de la misma manera que la creó? ¿Es todo mal en la guerra? ¿Es la paz el bien absoluto? Problemas son estos de solucion superior al alcance de nuestra escasa inteligencia; mas ya que por fortuna el humo de la pólvora no ennegrece el dulce cielo de la pátria querida, ni los ayes de los moribundos desgarran el corazon de las dolientes madres, nos atrevemos á examinar asunto de tan alta importancia. Por nuestra misma condicion de soldados lo primero á que debemos dirigir el pensamiento, lo primero que

necesitamos saber es si cuando peleamos en la guerra hacomos un bien ó un mal, si cumplimos con un altísimo deber ó si, por el contrario, cometemos un crímen.

No basta que nos ocupemos en estudiar los mejores sistemas de organizacion de los ejércitos, ni conocer las diferentes clases de guerras, ni reflexionar sobre las grandes concepciones estratégicas, ni saber cómo se construyen y manejan las armas, ni analizar diversas campañas y operaciones, ni aprender, en fin, todas las reglas generales que constituyen el arte de la guerra. Sobre esto se halla la filosofía de la guerra.

Hay que tratar ante todo de la esencia; investigar el orígen, las causas de la guerra en sí, y una vez encontradas, conociendo la razon de ser de la guerra, convencidos de que su existencia es irremediable y muchas veces justa y necesaria, enton-

cés toca acudir á las ciencias, á las artes, á las letras y á todos los conocimientos humanos para formar ese gran libro que teóricamente considerado podemos denominar *ciencia de la guerra*, y que puesto en accion llamaremos *arte*, pues para saber manejarlo se necesita la sublime inspiracion del génio.

Obrar de otro modo, estudiar la política, el derecho, el modo de hacer la guerra, y prescindir del principio fundamental, no es proceder con método rigoroso.

Al hombre que tiene conciencia de sí mismo, al militar que no considere su profesion como un oficio, al que vea en la institucion á que pertenece algo más que un medio de vivir no puede bastarle aprender á hacer la guerra. Necesita que sus acciones descansen sobre el conocimiento del por qué las ejecuta. Necesita cono-

cer en primer término el por qué de la guerra.

Ninguno de nosotros, al hacer la guerra, la hacemos por dañar. Antes al contrario, obramos impulsados por los más altos sentimientos, creyendo efectuar el mayor acto de abnegacion que puede pedirse á un sér humano. La sangre que se derrama, los edificios que se destruyen, las campiñas que se arruinan, cuantos daños se reciben é infieren en los momentos del combate son accidentes tristes y casi siempre deplorados; pero ni la guerra tiene por objeto ejercer la crueldad, ni el fin que se propone es destruir ni matar. El orígen es la idea; el objeto la victoria; el fin la paz.

Examinemos, sin ir más lejos, la historia de nuestro propio país, y veremos en la guerra de los siete siglos la lucha por la nacionalidad, en la guerra de sucesion la

lucha por el derecho, en la guerra de 1808 la lucha por la independencia, en la conquista y guerra de las Américas la lucha por la civilizacion y en nuestras guerras interiores la lucha por la justicia, por la libertad, por el órden, por la conservacion ó mejoramiento de la sociedad. Nadie podrá demostrarnos que hemos cometido un crímen reconquistando nuestro territorio é impidiendo que los agarenos se enseñoreasen de Europa; nadie calificará de salvaje al leon hispano si despertó rugiente al sentir sobre su melena la garra de las águilas francesas; nadie osará llamarnos bárbaros por haber destruido en Méjico los sacrificios humanos, realizando con un acto de fuerza un progreso de veinte siglos, ni nadie, seguramente, calificará de asesinos á los que redujeron á cenizas las hogueras de la inquisicion y sacudieron la tiranía del despotismo;

La conservacion de la paz, por nuestra parte, en alguna de la épocas referidas, hubiera significado la carencia de ideas, la falta de sentimientos de dignidad é independencia, la negacion de nuestras más bellas cualidades; hubiera sido la entrega de la pátria sin defensa ¡amarga entrega! cien veces más dolorosa que la guerra, pues cuando los ciudadanos no defienden su hogar y su familia es que han llegado al último límite de la depravacion y de la ignominia; es que la voz de la conciencia humana se ha extinguido por completo en su corazon; es que las supremas virtudes, la abnegacion, la fortaleza y energía del alma han sucumbido y sólo imperan las flaquezas y miserias del cuerpo.

A costa de la dignidad de un pueblo no creemos que nadie abogue por esa paz universal, perfectamente esta-

blecida en el ancho espacio de algunos cerebros.

Los hombres que proclaman la paz eterna tienen la *mansedumbre* de considerarse superiores á los demás: preséntanse á los pueblos como nuncios de un venturoso porvenir; muéstranse compadecidos de las desdichas del género humano; claman contra la sangre y la muerte y al propio tiempo predican nuevas doctrinas sobre religion, política, derecho y nacionalidades; hacen la oposicion á cuanto existe; insultan é increpan sin miramiento alguno; rompen, por decirlo así, todos los moldes en que se mueve la humanidad, y cren por ese camino ir á la paz, sin comprender que sembrando la discordia se dificulta la concordia; que el desórden no puede ser el órden; que cuando chocan dos ideas contrarias, antes de que brille la luz de la verdad, es forzoso pasar

por siglos de dudas, de trastornos, de confusiones, de fiebre y de dolores. Si en esas luchas terribles existe algun culpable, éste no puede serlo el que sacrifica su existencia porque se recobre la paz. Si la guerra es un crímen, expone Laurent, «la espada no tiene culpa de la sangre que derrama, ni tampoco el brazo que la maneja, sino la cabeza que lo ordena;» y nosotros decimos: la idea inspira, la palabra seduce, la opinion reclama, y la humanidad descansa ó se agita, segun los tiempos, empujada por misteriosos designios, tan impenetrables y oscuros, como lo es aún para eminentes geólogos la historia de la tierra cuando intentan remontarse á su primer orígen.

En este mismo año, con motivo de una festividad literaria, habida en la república vecina, un orador, tan notable como ideólogo, hablando contra el derecho de la

fuerza dijo: «Deshonremos la guerra.» Reconocemos de buen grado que la guerra no está exenta de males, como tampoco lo está la paz. Si en la guerra se matan los hombres, si tiernas criaturas quedan sumidas en la orfandad, si se lastiman respetables intereses, si naciones enteras desaparecen ó cambian de régimen contra su voluntad, en la paz, en medio de ese bien, tenemos que lamentar el desenfreno del lujo, la avidez de placeres, las desigualdades eternas, los vicios, la soberanía del oro á que vive encadenado el género humano, cadena más perniciosa que la de hierro, pues contra ella nadie protesta y todos buscan aprisionarse entre sus anillos deslumbradores. Si porque la guerra lleva consigo muchos males fuese posible suprimirla, y por la misma razon suprimiesemos tambien la paz, puesto que á su sombra se cometen diariamente

todo linaje de maldades, cada cual puede imaginarse el resultado de ambas é hipotéticas supresiones.

Indudablemente los que alardean contra la guerra no han meditado sobre ella en los distintos órdenes en que pueden hacerlo, ó los rayos de su sabiduría no alcanzan á iluminar nuestro entendimiento. Nosotros creemos firmemente que decir «deshonremos la guerra» es pretender manchar todas las páginas más gloriosas de la historia del mundo; es deshonrar todas las grandes revoluciones humanas; es condenar todas las trasformaciones por las cuales ha pasado la humanidad desde su nacimiento hasta la época presente; es infamar la memoria de multitud de mártires y héroes que han sabido pelear y morir por la realizacion de grandes ideas, las cuales, de otro modo, jamás hubieran llegado al terreno de los he-

chos; es confirmar todos los crímenes internacionales cometidos y todas las injusticias existentes; es emplear el precioso dón de la palabra en sorprender las imaginaciones vivas y excitar la sensibilidad para que, cuando los hombres llenos de esperanza traten de remontarse á la region purísima del cielo, tropiecen con lo cierto y llenos de desesperacion y amargura caigan de rodillas en la tierra.

No, no es menospreciando la guerra como se consigue la paz. No son únicamente pacíficos convenios el sólido cimiento sobre el cual descansa el destino de los Estados. No es posible que la humanidad se constituya de una manera pacífica y eterna, porque está compuesta de séres limitados y finitos, impotentes para crear lo eterno; séres que existen, llenos de movimiento, de fuerza, de ideas, de deseos é inclina-

ciones, formados para la lucha; séres que no se comprende cómo han de llegar á ese estado de paz contrario á su propia naturaleza, á un estado que no existe en ellos y que por lo tanto no puede ser causa de existencia. No puede el hombre destruir la guerra, porque esta es una condicion natural de su vida, vida que ha recibido de otros séres como él, y siendo así, lo producido no tiene más recurso que reflejar y trasmitir lo que intelectual y orgánicamente ha recibido del productor.

No es todo mal en la guerra, en esas luchas solemnes donde el hombre practica las mayores virtudes, prescinde de sus comodidades, abandona sus bienes, se separa de la familia, subordina á otro su voluntad, sufre resignado toda suerte de privaciones y sacrifica su existencia por una

idea patriótica, por cumplir con su deber ó por el bien de los demás.

No es la paz el bien absoluto, porque la paz supone la carencia de lucha, y como sin lucha no se avanza resultará que donde no hay avance, donde las ideas se atrofian y la fuerza no se manifiesta el progreso será imposible.

Recientemente encontramos ejemplos de esta verdad. La Italia, el imperio aleman, los Estados-Unidos, ninguna de estas potencias hubieran alcanzado los grandes bienes de su unidad é independencia si sólo hubiesen vivido entregadas á pacíficas ocupaciones. La paz era para ellas el mal, la oscuridad, la pobreza, la esclavitud. La guerra las condujo al bien, las inundó de luz, les dió grandeza, gloria y libertad.

Nosotros vemos siempre paz y guerra. La paz y la guerra se completan. Lo uno

supone lo otro. Enunciarlas á ambas equivale á expresar con dos palabras las condiciones pasadas, presentes y futuras en que eternamente se moverá el género humano. Nuestra gloria, la gloria adquirida por soldados heróicos, la gloria de caudillos ilustres que ostentan el envidiable título de pacificadores, la *dulce gloria de morir por la pátria*, sublime frase trasmitida por Horacio á la posteridad, no podrán borrarla jamás esos filantrópicos soñadores para quienes la vida trascurre tan sosegada, tan dichosa, tan llena de placeres que no comprenden cómo hay hombres destinados á pelear, á sufrir y á sostener de este modo la dignidad colectiva ó nacional.

Vivamos persuadidos de que la guerra se prolongará indefinidamente tanto como viva la humanidad; que cuantos problemas se agiten, sean filosóficos, sociales, religiosos

ó políticos, han de ser empujados por actos de fuerza y resueltos por esas supremas decisiones que los grandes pueblos saben adoptar oportunamente. No exijamos desde luego que nuestras mujeres imiten á las espartanas anteponiendo el dictado de ciudadanas al tierno é incomparable de madres; pero huyamos cuidadosamente del sentimentalismo exagerado de los modernos varones y no olvidemos nunca que sólo cuando las naciones son muy fuertes, disminuyen las guerras, se conserva la paz y se realiza el triunfo de la justicia.

*
* *

Hemos terminado este breve prólogo y vamos á entrar de lleno en nuestro trabajo.

Bien quisiéramos poseer las suficientes dotes de inteligencia para tratar una cues-

tion que á todos interesa, principalmente á los hombres de Estado y directamente á los de armas; mas, áun careciendo de aquellas, no por eso desistimos de nuestro propósito.

El delicado arbusto tiene derecho á ocupar el espacio lo mismo que la gigante palmera. Quien escribe de buena fé siempre presta un servicio. Si es grande é inteligente, porque crea y enseña. Si pequeño é insuficiente, porque sirve de término de comparacion y aumenta la grandeza de los que valen.

Busquemos, pues, *la razon de la guerra*, y si algun dia nos es posible trataremos de las distintas clases de guerras y carácter general que deben revestir todas ellas.

LIBRO PRIMERO.

LA GUERRA EXISTE EN TODO LO CREADO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Breves consideraciones generales.—Lucha de los elementos terrestres.— Variedades de la especie humana.—Influencia del clima sobre el hombre.— Dónde está la verdadera pátria.

Al ocuparnos en esta primera parte de buscar el orígen de la guerra, examinando las condiciones del hombre, no vamos á hacer un estudio completo del mismo. Sin tratar de empequeñecer al sér inteligente, al sér pensador, al dueño de todos los séres, y sin elevarlo tampoco á distintas regiones de aquellas en las cuales puede moverse, expondremos tan solo lo que juzguemos indispensable á nuestro objeto, cuidando de

no detenernos en escabrosas teorías que nos desvien del punto principal. Mas, como por poco que sea lo que hayamos de decir, nada hay ageno á las leyes de la naturaleza, lo primero que se ofrece á nuestra meditacion es el planeta en el cual vivimos; sólo con dirigir la vista sobre él, esta ligerísima ojeada contribuirá á hacernos más fácil y seguro el camino que nos proponemos recorrer.

***

Las revoluciones físicas que vienen operándose en la tierra desde el primer período de su existencia, las trasformaciones que desde miles de siglos se suceden, la aparicion de nuevos cuerpos, la huella de cosas pasadas ó vestigios de séres ya no existentes, los infinitos fenómenos que observamos y que nuestro entendimiento no

puede explicar, ese admirable movimiento de los cuerpos celestes, nos presenta á cada momento pruebas evidentes de una lucha incesante, característica de la vida del globo desde los tiempos primitivos. Todo en la tierra se halla en actividad. Todo en ella se conmueve y agita, ora apareciendo radiante de belleza y esplendor, ora sepultándose entre insondables abismos de lo que fué.

Para convencernos de que es así, no tenemos que entrar en la sucesion de operaciones por que ha pasado el planeta desde su infancia hasta llegar al estado en el cual se encuentra hoy, ni ocuparnos de los accidentes ocasionados por la lucha de las materias internas, bastando que nos fijemos en lo externo, en aquello que más conocemos y diariamente presenciamos.

Tan pronto sopla el céfiro suave como ruge un viento fuerte é impetuoso, como

se desencadena la tempestad ó brama el huracan, como chocan contrarios vientos formando giratorios torbellinos que llevan en pos de sí cuanto encuentran en su veloz carrera; las lluvias arrastrando consigo las tierras de las montañas elevadas; las nieves dando orígen á impetuosos rios; el aire esparciendo el polvo y las cenizas de los volcanes; las plantas desarrollándose sobre el líquido elemento ó trepando sobre las piedras y los árboles; el movimiento de las aguas avanzando sobre las costas durante seis horas y replegándose otras seis, como si trataran de ocultarse; los mares chocando entre sí mismos, levantándose hasta las nubes amenazando invadir la tierra; las atronadoras corrientes subterráneas que así conmueven y causan ondulaciones en los campos como destruyen ciudades y comarcas enteras; el estampido de las nubes que sigue inmediatamente á la aparicion del

relámpago; el rayo, abrasando instantáneamente cuanto roza en su eléctrico cruzamiento; el cielo, envolviéndose unas veces en gasas de fuego, en mantos de blanco encaje otras ó cubriéndose de oscuridad profunda; esas extraordinarias combinaciones que llevan el asombro y hasta el terror á los ánimos ménos timidos, bien pueden ser consideradas como la lucha de los elementos terrestres, eterna lucha, sin tregua ni descanso, entre la cual nacemos y existimos.

*
* *

Rodeado de esa agitacion contínua y de ese perpétuo batallar es como vive el hombre, sin que le sea dado sustraerse al influjo de cuanto le rodea por todas partes, influjo que varía segun el diferente clima que experimenta en las distintas zonas donde

habita; hasta el extremo de causar profundas variedades en la especie humana. En Europa y en parte de Asia y Africa encontramos al hombre de color claro, cabello largo, cabeza casi esférica, rostro ovalado, frente tersa y barba redonda; al Oriente del Ganges lo vemos de piel amarilla, pelo negro y escaso, cabeza semi-cuadrangular, nariz corta y barba puntiaguda; trasladándonos á América hallamos gente de color cobrizo, frente breve, ojos hundidos y cara ancha; los moradores de las islas Marianas, Filipinas, Molucas, Nueva Holanda, Nueva Zelanda y algunos otros puntos se distinguen por su color atezado, cabeza estrecha, frente combada y nariz chata; los habitantes del Africa occidental y meridional, Caledonia, Nueva Guinea y otras aparecen de piel negra, cabellos cortos, cráneo estrecho, frénte aplastada, nariz gruesa, barba encogida; y seria inmensa tarea si

fuésemos á reseñar la multitud de ingeniosas clasificaciones que los naturalistas han hecho del género humano.

*
* *

Las mismas variedades que se notan respecto al color, á las propiedades exteriores y al organismo en general se observan en todo lo demás. La luz, el calor, el frio, los vientos, el terreno, las aguas, cuanto alimenta y envuelve nuestro cuerpo, además de modificar los órganos modifica tambien sus funciones; los instintos, los hábitos y las facultades intelectuales, dice Pritchard, «no se sustraen á la accion de estas causas, ó lo que es lo mismo, que bajo su influencia se producen cambios psicológicos;» el mismo Solon decia: que no sólo las cualidades físicas, sino tambien las facultades morales, provienen del aire que nos

rodea y de la naturaleza del suelo en que nacemos, opinion sustentada por muchos sábios, con la cual se conforma nuestra insuficiencia. Los hombresde unas partes se señalan por lo fino de su vista y los de otras por lo sensible de su oido; los de unas regiones son más activos, más fuertes y más valerosos que los de otras; reina en unos países el espíritu de independencia y de altivez, mientras otros son agenos á todo sentimiento de dignidad; en algunos puntos domina la pasion de las armas y de la guerra, y refiriéndonos sólo á España, desde el Norte al Mediodia de la Península, vemos que el vascongado se distingue del castellano, el catalan del gallego, el aragonés del andaluz y el valenciano del navarro.

Si se quiere conocer aún más hasta dónde llega la influencia del clima, las personas que hayan permanecido algunos años

en América ó en Asia, y en España se cuentan por millares, no tienen más que comparar el color, el temperamento, el carácter que llevaron al dejar su país con el que trajeron al regreso, y no necesitarán más demostracion que la práctica relativa que hallarán en sí propios. Ese sencillo exámen comparativo prueba que el hombre no es cosmopolita de la manera que algunos pretenden, ni lleva el clima consigo, como afirmaba Edwards; tiene, sí, la facultad de recorrer la tierra y habitar donde le parezca, pero ni disfruta de igual vigor, de igual salud, de igual despejo, de igual inteligencia en las distintas latitudes, ni todos aquellos á quienes la fuerza del destino traslada de zonas y de lugares sobreviven á los violentos cambios por que pasan.

*
* *

Aceptado el influjo del clima como no podemos ménos de aceptarlo, reconocidas las diferentes inclinaciones humanas, admitida la desigualdad y el movimiento en todo, preguntamos ahora: ¿cómo igualar á los mil ó mil cuatrocientos millones de habitantes que se calcula existen en el globo, si son tan desiguales como las diferentes regiones en que viven? ¿Cómo rodeados de eterna lucha han de llegar á no luchar? El hombre más versado en esta clase de cuestiones, antes de responder á nuestras preguntas se encontraria en un confuso laberinto, donde en vez de hallar la salida «pudiera perderse en sus multiplicadas sendas,» valiéndonos de esta frase empleada por un distinguido escritor. Si estuviera á nuestro alcance detener el movimiento de la tierra, disminuir ó aumentar el calor del sol, moderar los vientos, cubrir de hielo

eterno la superficie terrestre convirtiéndola en una Siberia, quizá entonces consiguiéramos una trasformacion pasiva del género humano que fuera más allá de la paz perpétua; mas, dadas las condiciones actuales del globo, creemos que la misma naturaleza, las varias condiciones climatológicas pueden considerarse como una de las causas que más se oponen á la pacífica unidad de nuestra especie.

Aunque algunos, guiados por los mejores deseos, digan que la tierra es una y que toda ella es la pátria del hombre, en esa *una* existen muchas regiones con diferente vejetacion, diferentes producciones, diferentes alimentos, diferentes terrenos, todo diferente, desde el hombre hasta el aroma de las flores. Además de esto, la verdadera pátria, la querida pátria es aquella que hace latir nuestro corazon cuando se la pisa de nuevo despues de una

larga ausencia, aquella en donde vimos la primera luz, donde los alimentos nos son más gratos, donde podemos resistir sin quebranto los ardores del sol ó los rigores del frio, donde aprendimos á expresar las ideas en nuestro idioma, donde yace el cuerpo de nuestra madre, donde un mundo de pasados recuerdos se agolpan á la mente y nos presentan el alegre cuadro de los primeros años de la vida. El país al que nos llevan las circunstancias, en el cual se vive por recurso, con el corazon oprimido y el pensamiento en otra parte, á ese país no se le puede dar el sublime nombre de pátria, por más que en él vivamos materialmente.

CAPITULO II.

Luchas de la infancia.—De la adolescencia.—Del organismo humano.—El hombre en lucha con sus necesidades y con sus semejantes.—Otros choques de verdadera trascendencia.

Apartándonos ya de las variedades físicas y morales que la misma naturaleza engendra en la especie humana, la observacion del hombre desde su nacimiento nos lo presenta tambien en constante lucha; su venida al mundo se anuncia por un acto de fuerza que ocasiona dolores intensos; apenas penetra el aire en los tiernos pulmones del niño, le oimos gritar y vemos cómo se irrita si sus necesidades no se le satisfacen oportunamente; cuando los objetos em-

piezan á llamar su atencion, principia por cogerlos, los mueve despues de un lado á otro, más tarde los examina y los golpea, y por fin los destruye; á los pocos dias de haber adquirido movimiento, cuando ya sabe andar, pretende llegar á todas partes sin que la voz de la madre baste á detener la causa impulsiva que lo conduce á removerlo todo; y si se reunen dos ó más niños, aunque sean hermanos, observamos que, tan pronto se buscan dándose muestras de cariño, como se enojan y separan, se ponen inquietos, promueven ruido, desea el uno lo que tiene el otro, tratan de imponerse mútuamente, y con facilidad llegan á las manos sin que nadie los haya enseñado á maltratarse. Se notan perfectamente en esa edad infantil deseos, enfados, disensiones; en una palabra, la lucha en accion.

*
* *

Pasando de la niñez y áun sin llegar á la adolescencia, época intermedia en que el cuerpo y la inteligencia necesitan de esmerado cultivo para producir buen fruto, los primeros estudios despiertan en su cerebro multitud de ideas, al paso que su organismo demanda imperiosamente la satisfaccion de deseos que antes no tenia. La educacion moral y religiosa se opone á que realice muchas de sus inclinaciones, pugnando estas por sobreponerse á aquella; la instruccion científica le obliga á pararse y á meditar cuando él quisiera no tener un punto de reposo; á medida que crece aumentan sus fuerzas físicas, necesitando ejercitarlas de distintas maneras, y ora con sus padres, con sus maestros, con sus compañeros ó con su propio desarrollo, no veremos en el adolescente más que luchas de todos géne-

ros, al compás de las cuales trascurren los años y llega á ser hombre.

*
* *

Hombre ya, y en el pleno uso de sus facultades, el combate no cesa un solo instante. Con referencia á su organismo, pudiéramos exponer algo que tuviera valor en el asunto de que tratamos. El movimiento de los brazos y las piernas, dirigidos por la voluntad é impulsados por las fuerzas musculares; el estómago, verificando la quimificacion y disolucion de los alimentos, avisándonos cuando carece de ellos, y resistiéndose á admitir los que le repugnan; el corazon, impeliendo la sangre que recibe, latiendo con más ó ménos violencia, segun las impresiones que sufre, oprimiéndose, dilatándose, casi anulándose, y tornando de nuevo á regularizar su accion; los

pulmones, tomando y devolviendo aire, segun el estado de la atmósfera, ensanchándose cuando aquél es puro, paralizándose cuando falta oxígeno; los nervios, llevando el flúido eléctrico á todo el organismo, relacionando unos órganos con los otros; el tacto, realizándose mediante el choque de dos cuerpos; el gusto, manifestándose por la disolucion de otros; el oido, excitándose por el choque de las ondas sonoras aéreas; la vibracion del éter, dando lugar al sentido de la vista; las partículas odoríferas, que envueltas en el aire llegan hasta la membrana pituitaria originando el olfato, nos proporcionaria, indudablemente, materia para escribir mucho y deducir consecuencias más ó ménos exactas y oportunas.

Pero el órgano en el cual la lucha se presenta más perceptible es la cabeza; en ella, y á manera de precioso estuche, parecen estar cuidadosamente guardadas las supe-

riores facultades del hombre; allí se considera el pasado, se conoce el presente y se prejuzga lo futuro; allí se advierte que afluye la vida en toda su plenitud; allí residen las ideas del bien y del mal; allí se forman los pensamientos y los juicios; allí es donde cada uno examina las cuestiones de la vida, compara con más ó ménos acierto, se decide por unas ideas, rechaza otras, y resuelve en definitiva despues de una contienda sostenida dentro de sí mismo. Muchas veces, despues de obrar, cree el hombre ha optado por lo peor; otras forma proyectos que no ejecuta cuando llega la osasion; despues siente no haberlos ejecutado, y así, contradiciéndose y luchando, es como trascurre su vida.

*
* *

Ocupándonos de sus necesidades, vemos que, si el hombre se alimenta, es á costa de infinitos séres vejetales y animales á quienes priva violentamente de la vida; si cubre su desnudez, es exterminando á otros séres; si se adorna, es con los metales preciosos que arranca de las entrañas de la tierra ó con plantas que extrae de la profundidad de los mares; si se divierte, lo hace muchas veces matando animales, lo mismo los dóciles é inofensivos que los de más fiereza y corpulencia, y tanto en el reino animal, como en el mineral y vejetal, no hay nada que deje de sucumbir ó someterse al imperio de la voluntad humana.

Siendo tan clara y evidente la lucha del hombre con cuanto le rodea no debe parecernos extraña la lucha del hombre con el hombre, porque ella no es más que la consecuencia lógica, la continuacion inevita-

ble de la ley general á que todo cuanto existe se halla subordinado. Cada indivíduo, segun sus inclinaciones, desea riquezas, posicion y honores, que no se alcanzan generalmente sin vencer obstáculos poderosos; cree que sus pensamientos son los mejores, y marcha, empujado por el amor propio, á buscar el predominio de ellos; las ofensas le encolerizan, las contrariedades le desesperan, y segun las sensaciones que experimenta, los sentimientos que le dominan y las circunstancias que lo rodean, así aparece valiente ó cobarde, triste ó alegre, orgulloso ó humilde, sanguinario ó humano, sublime ó malvado.

*
* *

No bastándole la lucha consigo mismo, con sus necesidades y con los demás hombres, emprende otras luchas á cual más gi-

gantes. Preséntase en una comarca la peste asoladora, y apréstanse á combatir sus efectos la ciencia y la caridad; amenaza el incendio devorar su casa, y se esfuerza para atajar la accion devastadora del fuego; contempla los agitados mares, y se atreve á cruzarlos en cascos de madera ó de hierro, ó en una frágil barquilla, separado de la eternidad por unas cuantas pulgadas de espesor; y pareciéndole pequeña la tierra, se lanza á los espacios en un globo de tela henchido de gases inflamables, ansioso de penetrar en las regiones de otros mundos. Moverse, combatir, luchar con todo, de diferentes formas y maneras, esta es la condicion del hombre y de las sociedades en general.

CAPÍTULO III.

Simpatías y antipatías.

Hay otro punto que, áun cuando necesita consultarse en tratados referentes á las ciencias del universo y del hombre, nosotros no podemos por ménos de decir algo acerca de ello. Nos referimos á ese fenómeno universal que sirve de epígrafe á este capítulo, el cual llama poderosamente nuestra atencion. Los astros girando en sus órbitas, obedeciendo á las fuerzas centrípreta y centrífuga, sin cuyos contrarios esfuerzos sobrevendria el más espantoso cataclismo; la fuerza de atraccion obligando á los graves á dirigirse al centro de la tierra; la

aguja magnética volviéndose siempre há-cia el Norte; los vejetales desarrollándose lozanos en ciertos parajes de la tierra y agostándose y pereciendo en otros; varios insectos que conocemos y consideramos como una verdadera plaga destructora; las relaciones que se observan entre algunas especies de animales, mientras otras se buscan afanosamente para devorarse, prueba la existencia de dos corrientes poderosas, causa de que se atraigan ó repelan los cuerpos y los séres.

Del mismo modo, el hombre, siente invenciblemente inclinacion ó aversion hácia determinados objetos, hechos y personas, sin explicarse muchas veces la causa de sus repugnancias ó afecciones. Varela de Montes, autor de un *Ensayo de Antropología*, dice á este propósito lo siguiente:

«Un hombre vivo y de génio fuerte apenas conserva relaciones con otro que se

le parezca, y se unirá mejor con uno de otro temple y más reflexivo; el orgulloso no sufre otro orgulloso, y mejor se aviene con los humildes; ni el avaro tolera otro avaro y simpatiza más bien con los desinteresados.

»La observacion nos manifiesta que estas relaciones son tan marcadas muchas veces que el hombre las posee sin conocerlas y obedece á ellas sin percibirlas. En los colegios de educacion se observa esa predileccion que establece las sucesivas relaciones sociales, y que no debe contrariarse cuando se circunscribe en sus justos límites, pues es el ensayo de la estimacion, de la amistad y de la benevolencia; por lo contrario, deben evitarse las antipatías, porque son el primer paso al ódio y á la animadversion.»

Abundamos en las ideas del citado doctor. Hay personas que acuden á presenciar

la ejecucion de un sentenciado á la última pena como si se tratara de una fiesta, al paso que otras se desmayan á la vista de la sangre; hay hombre cuya palabra, cuyo valor, cuyo carácter, cuyo génio nos cautiva de tal suerte que arriesgariamos la vida por él, mientras otro nos causa fastidio; hay mujeres que vemos con indiferencia, en tanto que otras nos atraen espontáneamente como el iman al acero; entre nosotros, los militares, hay general que sabe hacerse admirar, que se le obedece con gusto, y por el cual nos sentimos capaces de las acciones más heróicas, mientras el nombramiento de otro para el mando de un ejército lo consideramos como señal segura de una derrota. Oimos relatar un suceso á persona que nos agrada y la escuchamos con atencion, sentimos con ella regocijo ó pesar, al paso que nos mostramos insensibles y hasta no escuchamos

bien lo que nos dicen cuando se trata de un sugeto que nos disgusta; tenemos marcadas preferencias en los alimentos, los recreos, las ocupaciones, los trajes y las personas y no comprendemos que pueda suceder de otro modo, dadas las distintas edades, caractéres, temperamentos, gustos, climas, circunstancias y cuanto influye sobre nuestra organizacion. Simpatías y antipatías, atraccion y repulsion, fuerzas misteriosas, poderes contradictorios y al mismo tiempo armónicos, que vienen á constituir otro motivo más de lucha del que tampoco podemos prescindir.

CAPÍTULO IV.

La guerra en la familia.—La guerra en la sociedad.

Hasta aquí hemos considerado al hombre aisladamente; pero como así no vive siempre, necesitamos examinarlo constituyendo familia, refiriéndonos al decir familia á un matrimonio compuesto del varon y una sola mujer con hijos ó sin ellos. Esas familias que existen en algunos países en que el hombre se reparte entre varias mujeres, en que á la mujer se la contrata ó se la vende, en que diferentes madres educan á los hijos de un mismo padre inculcándoles distintas ideas y quizá hasta el ódio entre los hermanos, ó en que una mujer per-

tenece á varios hombres, semejantes uniones forman un grupo aparte que, si bien pueden llenar el objeto de la reproduccion de la especie, no cumplen con los elevados fines á que está llamada la familia como base principal de la sociedad.

Elegimos, pues, para nuestro exámen, la familia constituida del modo más perfecto, en que el contrato es igual, en que el hombre y la mujer se unen en lazo indisoluble, por mútuo consentimiento, con la esperanza de hallar la felicidad.

Aun cuando ocurre que dentro de tan buenos principios se verifiquen enlaces desiguales, ó por la conveniencia de uno ú otro de los contrayentes, lo ordinario es que los matrimonios se efectúen por amor, considerándose el dia de la union como de verdadero placer y formando época en la vida de ambos cónyuges. ¡Qué gran mision se preparan á ejercer y qué de deberes se con-

traen! La mujer y los hijos necesitan alimentarse, vestirse, educarse, amparo y direccion, obligaciones que corresponden al hombre, el cual representa en la familia la fuerza y la inteligencia. Al hombre á su vez le precisa quien vele por su salud, quien haga desaparecer las arrugas que las contrariedades de la vida impriman en su frente, quien calme las agitaciones del alma, quien infunda principios de virtud en el corazon de sus hijos y modifique sus malas inclinaciones, perteneciendo el cumplimiento de tan difíciles deberes á la mujer y madre, que ha de ser toda bondad y abnegacion. Nada hay que proporcione dulzuras tan gratas como la familia, ni nada que ocasione dolores tan terribles: la ternura de la esposa, la inocente gracia de los niños, sus demostraciones de júbilo cuando el hombre despues del trabajo llega al hogar doméstico, lo atraen, lo sujetan, suavi-

zan su aspereza de carácter, lo convierten en otro hombre: en cambio, si los recursos escasean, si las tiernas criaturas carecen de pan, si las enfermedades invaden la casa, si sobrevienen forzadas separaciones, temporales ó eternas, no hay pluma capaz de describir las amarguras que se sienten, las luchas que se sostienen.

Como la familia es lo que más se ama, generalmente hablando, parece natural que el hombre se halle siempre dispuesto á defenderla de cualquier agravio que pudieran inferirla. ¿Quién habria que se cruzasé de brazos ante el que ofendiese á nuestra madre, á la madre de nuestros hijos, ó ante el que maltratase á estos? ¿Qué diriamos del hijo, del marido ó del padre que no se moviese en semejante caso? Por lo ménos le llamariamos desnaturalizado y seria visto por todos con el más soberano desprecio. La misma mujer, tierna, pacífica, que abo-

mina la sangre, si ve maltratar á sus hijos, en el mismo instante adquiere fuerzas, resolucion, bravura, y no halla nada que la detenga tratándose de defender á sus pequeñuelos. Si la sola posesion de un objeto es motivo de lucha muchas veces, la defensa de séres que nos pertenecen, y que son parte de nosotros mismos, tiene que serlo en mayor grado, porque entre un objeto ó un indivíduo de nuestra familia no puede haber término de comparacion.

Viniendo á otro órden de ideas, y con referencia á las que se llaman buenas familias, existen las disensiones que podemos considerar comunes á todas; mas, si penetramos en el interior de otras, encontraremos una pugna desesperada que hace la vida detestable: el afan de sobresalir, la diversidad de caractéres, los distintos temperamentos, el reparto de herencias, la mala educacion, las condiciones de la mujer

si sale indiscreta, celosa ó intrigante, ó las del hombre si está dominado por los vicios, llevan el desórden al hogar, la dicha desaparece y ocupa su puesto la guerra doméstica, que no porque dejen de acompañarla ejércitos y cañones deja tampoco de ser una espantosa guerra, orígen de infinitas desdichas.

Estúdiese la cuestion del modo que se quiera. El hombre, al fundar la familia, cumple una ley natural ajustada á preceptos morales, varía algun tanto de condiciones y aprende en el amor de la familia el que debe á sus semejantes, sin dejar por eso de encontrar como anteriormente ese eterno contraste del placer y el dolor, del bien y el mal, de la paz y la guerra.

La historia sagrada nos presenta, con la primera familia humana, un cuadro violento: el hombre destinado á empapar la tierra

con el sudor de su rostro, y la mujer sentenciada á sufrir cruentos dolores, son arrojados del templo de la felicidad; la lucha se manifiesta desde aquel instante, y sólo tarda en cometerse un homicidio el tiempo necesario para que haya dos hombres en el mundo.

*
* *

Si refiriéndonos á la familia hemos encontrado motivos de lucha, mucho mayores los hallamos al tratar de ese gran conjunto de familias que constituye la sociedad. Mientras uncs pueden vivir en la opulencia y satisfácer sus menores deseos, otros carecen de lo más preciso, viéndose privados hasta de los recursos naturales; la distinta educacion que se recibe influye en las inclinaciones y sentimientos; las diversas profesiones, aparte de que enaltecen ó re-

bajan, crean intereses contrarios, y áun dentro del mismo modo de vivir nadie desconoce el refran vulgar que presenta como enemigo al de igual oficio. Al comunicarse las familias entre sí, se desarrollan simpatías y antipatías, preferencias y desvios, enconos y rivalidades que se oponen á la igualdad de estimacion; y los diferentes caractéres, hábitos, creencias, fortuna y opiniones son causa perenne de profundos antagonismos. La sociedad de hoy distingue y se humilla ante el que puede ó tiene más; es altiva con el débil y ni siquiera piensa en el que para ella pasa desapercibido; opuesta siempre á dejarse gobernar, aborrece mañana lo que bendijo ayer y vive llena de contrariedades y de vicios.

En medio de los defectos apuntados, no negaremos que existen en su seno grandes virtudes y nobles instituciones encaminadas al bien: el pobre que se halla impedido

para el trabajo cuenta con establecimientos que le ofrecen caritativo asilo donde no le falta lo necesario para vivir; el enfermo desvalido que carece de medios para poder curarse halla hospitales donde se procura devolverle la salud perdida; el laborioso jornalero que pensando en el mañana quiere guardar el honrado producto de sus economías encuentra cajas seguras en las que puede depositarlo; la infeliz criatura que al venir al mundo fué cruelmente abandonada por sus padres (casos que no se observan en los séres llamados irracionales) es recógida y amparada por personas extrañas, y cuando lo exige la salud de la pátria centenares de hombres desprecian generosamente su vida.

Por fortuna no germinan sólo los vicios en el interior de la sociedad, siendo forzoso reconocer que ni el sagrado vínculo de la amistad enlaza igualmente á los varios in-

divíduos que constituyen aquella, ni el principio de la igualdad puede cumplirse en ciertos exagerados extremos que tienden á hacer pobres á los ricos sin hacer ricos á los pobres. El mercader seguirá luchando por acrecentar su capital y llegará hasta el abuso cuando se le presente ocasion, como sucede en las grandes fiestas de la paz conocidas con el nombre de exposiciones; el labrador luchará por arrancar á la tierra abundantes cosechas que le aseguren la subsistencia durante el año; el político por ver realizados sus ideales ó su ambicion; el hombre de ciencia por llegar al conocimiento de la verdad; el artista por la realizacion de sus concepciones; el militar por la defensa de los intereses generales que le están confiados; el magistrado por el descubrimiento del delito, y todos por la realizacion de sus respectivas aspiraciones.

Cada individúo, cada familia, cada parte de la sociedad presenta una lucha; así es que, dentro de ese todo, sin dejar de serlo, reina constantemente la guerra, como dentro del cuerpo humano, sin dejar de ser cuerpo, se agitan las ideas y las pasiones á todas horas, en todos los momentos de la vida, hasta durante el sueño, cuando el hombre ha perdido el sentimiento de su existencia y casi se halla cual si estuviese muerto.

CAPÍTULO V.

La guerra en el Estado.—Guerra para fundarse los Estados.—En el interior de los mismos.—De unas naciones con otras.

Pasemos á considerar la sociedad en forma de nacion, regida por leyes especiales, subordinada á un sistema de gobierno. ¡Cuántas luchas para llegar á ese punto, y cuántas despues de haber llegado! Generalmente, el agregado de pueblos que constituyen nacionalidad no se ha llevado á cabo mediante pacíficos arreglos; ha sido, por el contrario, efecto de una lucha en que el más fuerte ha subyugado al más débil, ó el mejor gobernado al peor, obligándole á

aceptar inmediata ó paulatinamente sus leyes, sus costumbres y su dominacion.

Así como á la tempestad sigue la calma, á la guerra sucede la paz, paz que ordinariamente significa una guerra futura. Cuando corrida la primera etapa, el Estado dominante cree hallarse en posesion tranquila del dominado, repuesto éste de sus anteriores quebrantos, lo más probable es que trate de reivindicar su anterior independencia y ocurran y se repitan nuevas luchas, hasta que el hábito y el tiempo, esas dos supremas fuerzas que todo lo modifican, causen el olvido de lejanas querellas, y vencidos y vencedores se consideren ciudadanos de la misma nacion. De aquí resulta que la guerra al fin enlazó lo que estaba desunido, hizo hermanos á los que antes fueron enemigos. La guerra fué el elemento causa de la existencia del Estado.

Ya sin peligro inmediato de que los pueblos unidos se separen, veamos su marcha interior. El Estado, necesariamente, ha de ser regido por alguno de los sistemas conocidos, esto es, por el absoluto, popular ó mixto, bastando á nuestro propósito considerar este último en que la suprema autoridad reside en el pueblo, moderada por el poder de los reyes. Se trata de formular el conjunto de reglas generales que han de constituir el Código fundamental, y cada provincia ó departamento elige los representantes que le corresponden para componer la Asamblea. El tiempo que invierten en reunirse los elegidos es el que tarda en aparecer la disension, siendo cada punto de que se ocupan motivo de dudas, cuestiones y rivalidades; en la ley electoral, por ejemplo, si para conceder el derecho de elector ó de elegible se toma por

base la riqueza, se ofenden los pobres; si se acude al grado de instruccion se relega al puesto de los brutos á los que no llegaron á alcanzar el que se establezca, y si se opta por el sufragio universal se concede igual derecho al que sabe que al que no sabe ejercerlo; en materia de justicia si se marcan penas demasiado severas resulta odiosa la ley y los encargados de aplicarla, y si sólo se inspira en sentimientos filantrópicos no produce efecto alguno ni se garantiza al bueno contra el malo; tratándose de cargos públicos, si se exigen conocimientos y circunstancias se descontenta á una porcion de gente que no sabe vivir de otro modo más que á costa del empleo, y si sólo se precisa la cualidad de ciudadano, padece la administracion, quedando los destinos á merced de los que pueden obtener mejores recomendaciones; los impuestos, por equitativos que sean, se tachan de excesivos,

pues siempre parece mucho lo que hay que dar y poco lo que se recibe, y por último, al cabo de repetidas conferencias, transacciones y debates, el Código se promulga, con ó sin su acompañamiento de leyes secundarias y reglamentos.

Como ni la Constitucion, ni las demás leyes pueden ser perfectas, ni siempre justos los encargados de aplicarlas, ni sumisos los pueblos que han de obedecerlas, despues de formadas empiezan las exigencias é ilegalidades por una y otra parte.

Si los Gobiernos cumplen con la ley descontentan á cuantos quieren pasar por encima de ella, y si no cumplen queda falseado el precepto, viniendo á imperar la arbitrariedad y el capricho. Entonces los que no quieren leyes, los que no han quedado satisfechos ó los que se consideran perjudicados, califican de injustos á los mismos Gobiernos; empiezan las murmura-

ciones, se escriben artículos de oposicion, se disputa en todos los círculos, los ánimos se exaltan, se forman partidos contrarios, sobrevienen las demandas tumultuarias, y tras ellas las guerras civiles, como se ha dado en llamar á esos tristes choques que de tiempo en tiempo tienen lugar entre fuerzas de un mismo Estado.



No para aquí la lucha. Las potencias compuestas de millones de hombres tienen, como estos, necesidades, aspiraciones y potencias con quienes luchar; las que existen han de procurar mantener su independencia; las pequeñas aspiran á engrandecerse por sí, ó aliándose con otras más fuertes; las que por efecto de vicisitudes han llegado á la decadencia, cuando se ven próximas á perecer se acuerdan de reconstituirse; las

que han perdido parte de su territorio piensan en recobrarlo; las que poseen génio industrial necesitan ancho campo para negociar sus productos, y las más inteligentes se sienten fatalmente impulsadas á dominar á las que valen ménos.

Por estas y otras causas suelen quebrantarse las amistosas relaciones entre los Estados, y como cada uno de estos es un soberano independiente, el cual no puede aceptar gustoso en los asuntos que le atañen la soberanía de otro, surge de aquí, en los casos donde no hay términos de avenencia, el último recurso, la entrega del proceso al fallo inapelable del tribunal extremo de la fuerza.

Hay realmente lucha para fundarse los Estados, para constituirse y trasformarse y para defenderse y ensancharse. Lo mismo el hombre que los Estados, tratando de sostenerse en ciertas alturas, necesitan, ante

todo, hallarse dispuestos á morir. Faltándole al primero las condiciones de virilidad y entereza, se convertiria en un sér siempre temeroso de la muerte, incapaz de nada grande y elevado, así como, cuando carecen los segundos de resolucion y de fuerza, subsisten con dificultad, viven artificialmente y no por su propia robustez, sufren mil sonrojos y vergüenzas y concluyen por desplomarse, sin dejar á veces más que unas cuantas páginas que aparecen en el libro de la historia como el epitafio de los sepulcros, como recuerdo de ciudades y pueblos que murieron porque no supieron vivir.

CAPITULO VI.

Resúmen del libro primero.

Hemos examinado el hombre refiriéndonos á sus propias condiciones, al estado doméstico, á la vida social, á la constitucion civil y á la existencia de las naciones: creemos haber demostrado que el sér humano nace, crece, vive y muere luchando siempre con sus ideas, sus deseos, sus inclinaciones y sus necesidades, así como que la guerra aparece bajo todas las formas, individual, doméstica, social, interior del Estado y entre naciones.

Segun hemos indicado al comienzo de esta obra, opinamos que no puede existir

la paz sin la guerra, considerando lo uno como consecuencia forzosa de lo otro. Avanzamos más: decimos que, tanto en el órden físico como en el moral é intelectual, no encontramos agente alguno sin otro que se le oponga. Así tenemos movimiento y reposo, placer y dolor, fé y duda, bueno y malo, ser y no ser. Sobre esa desigualdad, sobre esa perpétua contradiccion descansa la armonía de todo cuanto existe en el universo, empezando por el hombre, siguiendo por la tierra y continuando por esos millares de mundos que flotan en los espacios infinitos á impulso de dos fuerzas que se repelen.

No tenemos la arrogante pretension de fallar en definitiva sobre el porvenir y destino del hombre, y repetimos que nos falta suficiencia para el trabajo que hemos emprendido. Sin duda, por este motivo, preferimos vivir en esa ignorancia real, fundada en lo que hemos visto, en cuanto vemos y

en nuestra propia naturaleza, á creernos doctos, forjándonos una idea que consideramos irrealizable, por ser opuesta á las leyes constantes é inmutables á las cuales están sujetos todos los países, todos los pueblos, todos los hombres, todo cuanto existe.

Acordándonos de esas personas exentas de locas ambiciones que se contentan con una mediana fortuna, nos resignamos, sin desesperarnos, á habitar en la tierra y entre hombres, y sin empeñarnos en mirar el sol de frente, contentándonos con hacerlo á través de cristales ahumados, no aspiramos á poseer otra inteligencia ni otro cuerpo que este con que hemos nacido. Mucho combate y mucho sufre el hombre durante su vida, pero de esa lucha consigo mismo tambien resulta que el hombre piensa, reconoce que existe, se afirma en que es un sér; la lucha en la familia desarrolla en su corazon el sentimiento de amor á la huma-

nidad; la lucha social proporciona ocasiones donde ejercer el bien para recibirlo á su vez; la lucha dentro y fuera del Estado le dice que tiene una casa donde habitar, un suelo de su pertenencia y una pátria cuya defensa le está encomendada; las luchas humanas y la guerra especialmente, revelan el espíritu, levantan el ánimo, despiertan la inteligencia, fortalecen el cuerpo, engrandecen al hombre, son la prueba constante de su potente accion y de su gran poder sobre la tierra.

El movimiento de la naturaleza, las variedades de la especie humana, la influencia del clima, el organismo, las condiciones del hombre, y el modo de ser de nuestras sociedades, todo se nos presenta revistiendo el carácter natural de perpétua lucha. Sobre este principio universal es sobre el que descansa en primer término la razon de la guerra.

LIBRO SEGUNDO.

LA RELIGION, LA POLÍTICA, EL DERECHO Y LOS CONGRESOS UNIVERSALES COMO MEDIOS PARA LLEGAR Á LA PAZ ETERNA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Objeto que nos proponemos al examinar los puntos antedichos.—Citas de los libros sagrados.—Dificultades para unificar las religiones.—Guerras ocasionadas por diferencias religiosas.—La religion no destruye la guerra.

A pesar de que hasta aquí sólo hemos visto la guerra en todo, bajo formas diferentes, pudiera no acontecernos lo mismo continuando nuestro trabajo. Quizá examinando los principales resortes sobre los cuales gira la sociedad actual, como la religion, la política y el derecho, encontremos la paz como resultante de esas poderosa fuerzas motoras. Por lo ménos, nada perde-

mos con discurrir sobre ellas; nos ocuparemos tambien del proyecto de Congreso universal, y si hallamos la fórmula apetecida la señalaremos en el acto, pues nuestra condicion de soldados, lejos de pervertir nuestros sentimientos, los dulcifica tanto más cuanto mayores son las amarguras que sufrimos, los ennoblece hasta un extremo que no pueden concebir cuantos tienden á denigrar la guerra y á calumniar los ejércitos sin conocer la una ni los otros.

Por más que cada uno de los puntos de los cuales nos hemos ocupado y seguimos ocupándonos ofrezca materia para escribir libros voluminosos, nosotros, como hemos consignado anteriormente, sólo exponemos lo más sucinto al fin que nos hemos pro-propuesto.

*
* *

La primera puerta donde preferimos llamar es á la puerta de las religiones. Sobrecogidos de temor entramos en los augustos templos, abrimos los libros sagrados de las tres principales, ó sean el budhismo, el mahometismo y el cristianismo, sin juzgarlas ni confundirlas, y leemos:

El legislador indio en el libro 7.°, artículo 18 de su Código, nos dice:

«El castigo gobierna al género humano, el castigo le proteje, el castigo vela mientras todos duermen, el castigo es la justicia; así dicen los sábios.»

Mahoma, el fundador de la religion musulmana, dejó consignado en el Korán:

«No mantengais trato alguno con los infieles, porque ellos están cargados de la cólera divina.»

En los libros de que se compone la Biblia, y que la Iglesia católica, conforme al concilio de Trento, recibe como sagrados y

canónicos, en los capítulos XXI del Exodo y XX del Deuteronómio, dice:

«Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pié por pié.»

«Si alguna vez te acercases á conquistar una ciudad, primeramente le ofrecerás la paz.»

«Si la admitiere, y te abriere las puertas, todo el pueblo, que hubiere en ella, será salvo, y te servirá pagando tributo.»

«Pero si no quisiere hacer alianza, y comenzare guerra contra tí, la combatirás »

En el primer caso la fuerza lo es todo; en el segundo se ordena la desunion y la enemistad, y en el tercero se autoriza la guerra cuando es necesaria, sin que ninguno de los textos citados contenga la prohibicion absoluta de hacerla. Aun cuando existiese, áun cuando estuviera terminantemente condenada, aunque sólo escuchásemos la dulce palabra de Jesucristo, acon-

sejándonos amor, perdon y caridad, el cumplimiento de tan sublimes preceptos creemos que sólo se verificaria hasta el punto que lo permitiese la condicion humana, de la cual nos hemos ocupado en el libro anterior.

*
* *

La existencia de diversas religiones prueba que hasta en esto no están conformes los hombres, sin que se vislumbre señal alguna de llegar á un acuerdo definitivo. Hoy, el bello ideal de la humanidad, es precisamente lo contrario: el pensamiento se resiste más que nunca á que lo encadenen; quiere ser libre, hasta para formarse la divinidad, y como si estuviera colocado en el punto céntrico de un círculo traza infinitos rádios que se detienen al llegar á la circunferencia; en el primero encuentra el

monoteismo y reconoce un solo Dios; en el segundo tropieza con el politeismo y acepta varios Dioses; en el tercero le espera el panteismo, ó sea la universalidad de los séres vivientes y «Todo es Dios;» en el cuarto le sale al encuentro el ateismo diciéndole: «No hay Dios,» y así sigue el pensamiento dirigiendo rádios hasta que por fin, agotadas las ideas, despues de acudir á todas partes, retrocede al punto de partida, tal vez angustiado, por no encontrar un Dios y una religion que le satisfaga.

Suponiendo que fuera posible ordenar las ideas de todos y que llegara á generalizarse una sola religion, aceptada por las distintas naciones y acatada por los poderes de la tierra, los pensamientos no podrian estar siempre inmóviles como los objetos inanimados: seguirian dando señales de vida, naceria la interpretacion, vendria la duda, detrás el fraccionamiento, y por

último sobrevendria el cisma y la lucha, ese tejer y destejer interminable de que nunca se fatiga el espíritu humano.

*
* *

El número de guerras ocasionadas por causas religiosas tampoco es reducido. Sin remontarnos á Grecia, cuyos Estados mantuvieron encarnizadas luchas por asuntos de esta índole, ¿quién no tiene noticia de las famosas Cruzadas? Gregorio VII, Urbano II, Inocencio III, Gregorio IX y otros Papas expidiendo decretos de guerra; Pedro el ermitaño, San Bernardo, el arzobispo Guillermo de Tiro y el clero de aquella época predicándola; Godofredo de Bouillon, el emperador Conrado III, Felipe Augusto de Francia, el príncipe inglés Ricardo Corazon de Leon y otros caudillos dirigiendo sucesivamente unas tras otras expedicio-

nes militares, representan el ideal religioso predominante en aquellos siglos, ideal que subsistió hasta la muerte de San Luis, rey de Francia, en que ya se perdió la esperanza de reconquistar los Santos Lugares. Los musulmanes en sus grandes desastres acuden á predicar la guerra santa, y en nombre del Profeta, excitados por los Muftis y los Imanes, fué como los árabes se enseñorearon de la Siria, la Persia, de toda la costa africana y casi de España. Apareció el protestantismo; no hubo conciliacion posible entre católicos y reformistas, partidarios de la unidad los unos y de la tolerancia y libertad de conciencia los otros, y las armas quedaron encargadas de dirimir la contienda, terminada con la paz de Ausburgo en 1555, separándose de la Iglesia romana la mitad de los Estados europeos. Nuestra guerra de la reconquista é igualmente la de las Alpujarras, además de po-

líticas, tuvieron marcadamente carácter religioso, siendo no pocos los ejemplos de dignidades eclesiásticas que vistieron la coraza de hierro sobre la púrpura cardenalicia ó el tosco sayal del franciscano, desempeñando el papel de generales y señalándose en los campos de batalla.

Y no por esto culpamos á la religion. Si ha sucedido lo expuesto, si Francia cuenta varias guerras de la misma clase, si estremecen las crueldades cometidas en tiempos de Enrique VIII é Isabel de Inglaterra, si es largo el catálogo de las guerras por diferencias religiosas, en medio de esas matanzas, que consideramos con espanto, descúbrense principios que sostuvieron una lucha, de la cual resultó un hecho, un cambio trascendental, el triunfo de una idea, para cuyo logro quizá fué necesario se exaltara la fé, produciendo esa pasion del espíritu que se sobrepone á la materia, la

hace olvidar tranquilos goces y correr en pos de los peligros.

*
* *

Hay hasta un enlace íntimo entre la religion y la guerra. Un pueblo cualquiera se dispone á la lucha, y en medio de los preparativos para el combate, al separarse los hombres de los séres que les son más queridos, ignorando si volverán á estrecharlos contra su corazon, Dios es la palabra que pronuncian los que se quedan, Dios murmuran los que se van, Dios viene á ser la esperanza y el consuelo de todos. Nada más imponente que los actos religiosos celebrados en el campo de batalla: cuando momentos antes de librarse una accion, millares de soldados doblan la rodilla é invocan el auxilio del Supremo Hacedor, en esa hora en que el crepúsculo matutino di-

sipa las sombras de la noche y brilla la naturaleza en toda su lozanía y esplendor, el sentimiento se eleva al infinito y el hombre que cree se halla más dispuesto á arrostrar la muerte. Terminada la guerra se elevan plegarias al Señor, y apenas hay alocucion ó empresa en que el nombre de Dios no se pronuncie. Lo incierto del porvenir, la resignacion que se necesita, la gloria á que se aspira dan á la guerra un aspecto fantástico que la imprime verdaderamente carácter sobrehumano.

La religion, en nuestro humilde juicio, cualquiera que sea, áun escogiendo la de más puras doctrinas, la que desde las tinieblas de las Catacumbas ha salido á la luz del sol para reinar gloriosamente hasta nuestros dias, la que tiene por símbolo una cruz de madera, protesta eterna contra los suplicios admitidos en la justicia humana, no llegará á extinguir la guerra. Podrá ejer-

cer saludable influencia sobre el hombre, modificarlo hasta cierto punto y hacerlo más humano; pero siempre el último anillo de la cadena se hallará en el cielo y el primero en la tierra, parodiando la famosa frase de Custine.

CAPÍTULO II.

Política de la cual nos ocupamos.—La guerra y la política interior.—La guerra y la política internacional.—Necesidad de las armas.

Vamos á la política, y rogamos no asuste la palabra; ni se trata de esa política mísera y corrompida que ha servido á muchos para escalar altos puestos á que nunca hubiesen llegado por mejores caminos, ni de la *política de la guerra,* cuyo estudio pertenece al modo de hacerla. Lo único que queremos saber es si la política puede cumplir pacíficamente su mision de gobernar á los pueblos, ya se la considere con referencia al interior de los Estados ó en las relaciones que sostienen unos con otros.

Todos sabemos que el gobierno de los pueblos puede ejercerse partiendo de principios distintos; así es que, dentro de la llamada política, se comprenden sistemas diametralmente opuestos, los cuales necesitan para ser desarrollados diferentes leyes civiles, religiosas, económicas, militares, etc.; las analogías que han de existir entre el capital y el trabajo, entre la produccion y el consumo, entre los gobernantes y los gobernados, así como otra porcion de problemas, pertenecen á esa ciencia movediza, y nos permitimos apellidarla de ese modo, porque desde que se han constituido las primitivas sociedades vienen estas cambiando de gobierno y de leyes sin encontrar la solucion definitiva, sin hallar un sistema que no se vicie y concluya por ser reformado, sin divisar una luz que por brillantes resplandores que despida no se consuma y apague con el tiempo.

Damos por sentado que la política se esfuerza para gobernar con sabiduría y sostener la paz; pero aunque esos sean sus propósitos, el caso es que, en vez de conseguirlo, apenas hay un país que no se halle interiormente dividido por la política misma. En Rusia vemos un partido contrario al régimen absoluto que allí se observa; en Alemania aparece el socialismo enfrente del imperio; en Francia no se detuvieron los comunistas ante los cañones extranjeros que disparaban sobre Paris; en España apenas se proclamó la república cuando el cantonalismo se propuso romper en pedazos la unidad nacional realizada á través de los siglos; Irlanda no hace muchos años recordaba al hijo de sus antiguos reyes; los Estados del Sur de América no olvidan que fueron vencidos por los del Norte; las repúblicas hispano-americanas viven en

constantes revoluciones; China aún repugna la civilizacion europea, y por este órden, estudiando detenidamente los pueblos, los hallaremos más ó ménos perturbados y en vísperas ó en camino de la guerra.

Por duro, por terrible que parezca es forzoso reconocer que sólo la guerra cuenta con poderosos medios para acallar las disensiones. Cuando los pueblos se encuentran divididos y trastornados, cuando densas nubes se amontonan sobre los horizontes sociales, la política concluye por reconocer su impotencia, viniendo á hacerse necesaria la intervencion de la fuerza. Lo mismo que la tormenta, en el órden físico, purifica las condiciones de la atmósfera ó el violento huracan arrastra tras de sí corruptores miasmas estacionados en una porcion de territorio, así en el órden político la fuerza es la que despeja las situaciones, la que pronuncia el fallo decisivo en los

más importantes problemas de la política interior.

*
* *

Entrando en la política internacional, aún resulta más difícil impedir las guerras, porque cada pueblo observa una política propia, la cual, si no se halla en oposicion, difiere de la que siguen los demás. Un ejemplo comparativo de la política exterior de Inglaterra con la de Rusia y el Pontificado nos evitará largas digresiones y nos dirá lo que podemos esperar. El Reino-Unido, cercado de mar por todas partes y sin temor á las agresiones de sus vecinos, procura sostener el espíritu mercantil, considerándolo como firme garantía de su riqueza y tranquilidad interior: para desarrollar el inmenso comercio que sostiene necesita puertos en todas partes, los cuales nunca

obtendria si no contase con ejércitos y poderosas escuadras, cuyo hecho remitimos á cuantos afirman que el comercio es el lazo de union entre las naciones. Rusia se halla en la línea que separa dos grandes continentes, perteneciendo por igual al uno y al otro; rodeada de naciones ménos fuertes que ella ó de tribus indómitas, solicitada por pueblos afines sometidos á extraño dominio, su política es la de extenderse por el resto de Europa, á cuyo efecto mantiene vivo el espíritu militar, empleando numerosas tropas en proseguir la obra de Pedro *el Grande*. El Pontificado, aunque en otras condiciones hoy, cuando se hallaba en el apogeo del poder temporal dirigia su política al triunfo de la religion cristiana, tal vez aspiraba á unir á todos los pueblos bajo la autoridad del Pontífice, y á este propósito, despertando el espíritu religioso, impulsaba á las naciones católicas á

combatir con las que profesaban creencias distintas. Tres naciones, tres ideas y tres políticas: las tres nos ponen la guerra de manifiesto, y creemos sucederia lo mismo si nos ocupásemos de trescientas. Ni Inglaterra explotando al mundo, ni Rusia proponiéndose dominarlo, ni el Pontificado queriendo hacerlo católico, consiguen la union ni la paz del género humano. Política mercantil, política de raza y engrandecimiento terrritorial, política teocrática, todas empleando la fuerza y sirviéndose de la guerra, ejemplo evidente de lo que puede esperarse de la política.

*
* *

Pensar otra cosa es vivir engañados completamente: las grandes cuestiones que han de ventilarse en el mundo, segun todas las probabilidades, se resolverán por el mismo procedimiento que se ha empleado para zanjar en parte la cuestion de Oriente. Constantinopla, Polonia, Austria, Grecia, Italia, Francia, Alemania y otros pueblos significan otros tantos teatros de futuras guerras. Los nombres de las batallas libradas entre las naciones se repiten como ecos fatídicos de generacion en generacion, como si pesara sobre la humanidad el mismo castigo impuesto por Júpiter á la ninfa habladora de la comitiva de Juno.

Si España, en tiempo no muy remoto, tuviese una importante mision que cumplir; si invadido, como en otros tiempos, el Mediodia de Europa, la Península fuese llamada á servir de baluarte á la raza latina, en ese último extremo, la política, despues

de no haber sabido detener el humano torrente desbordado, tranquila y sosegada nos diria que acudiésemos á las armas si no preferiamos resignarnos á la servidumbre y al oprobio.

CAPÍTULO III.

Derecho á que nos referimos.—El derecho interior y la fuerza.—Necesidad de la fuerza en los asuntos de derecho internacional.—Ejemplo referente á España.—Poca eficacia de los tratados de paz.—Entusiasmo inevitable que producen las guerras.—La fuerza sostiene todos los derechos.

Persuadidos de que no hemos de llegar á la paz, no decimos ya perpétua, pero ni siquiera octaviana, por la senda de la política, vamos á seguir el camino del derecho, que áun cuando tiene alguna semejanza con el recorrido en el capítulo precedente, presenta distinta fase. Ocupándose de la guerra varios jurisconsultos, han sostenido que es incompatible con el derecho, que aquella es la suspension violenta de

éste y que la guerra y el derecho se excluyen, puesto que la primera expresa la fuerza, al paso que el segundo se funda en la razon y en la justicia: otros, en nuestro sentir con mejor acuerdo, han aceptado y defendido el derecho de la guerra, porque de este modo se enlaza la ciencia con el hecho, y si la ciencia tiene por base la razon y la justicia, claro está que asociándola con la guerra ésta puede ser influida por aquella, viniendo á servirse de principios razonables, morales y justos, que es cuanto se puede desear. Mas, dejemos á cada escuela sostener sus respectivas doctrinas; prescindamos tambien de las múltiples divisiones del derecho, en que tampoco hay conformidad, llegando ya á contarse tantos derechos como costumbres se tienen, instituciones se crean y fines se proponen los hombres, y pasemos á ocuparnos del derecho público como encargado de arreglar los intereses

generales del Estado. Veamos si funciona independientemente de la fuerza.

*
* *

El derecho nacional ó interior comprende el político y tiene por objeto organizar los altos poderes de un Estado en beneficio del interés comun, señalando respectivos derechos y deberes. Al poder le impone la obligacion de gobernar bien dándole derecho á ser obedecido, y á los gobernados les dice que han de ser regidos con justicia, teniendo el deber de la obediencia, doctrina que reconocemos inmejorable, pero sin bastante virtud por ella sola para evitar que los deberes no se cumplan ó impedir que los derechos se vulneren. Al Gobierno de mejores intenciones puede ocurrirle que una parte de los ciudadanos se niegue á cumplir las leyes, promueva desórdenes ó

se declare en rebelion, y como tales hechos están calificados de delitos graves hay necesariamente que reprimirlos, puesto que, si así no se hiciese, además de que no habria autoridad posible, vendriamos á parar en la anarquía. En semejantes casos, el poder, si ha de conservar el órden, si ha de impedir que la parte se imponga al todo, si ha de rechazar las violencias y si ha de defender su derecho, necesita una garantía que no alcanzamos pueda ser otra que la fuerza. Este es un principio comun á todos los sistemas, práctica constante de los varios Gobiernos, sean absolutos ó demócratas, monárquicos ó republicanos. El poder despojado de la fuerza seria constantemente amovible, no podria nada, valdria más no tenerlo si habia de quedar á merced de los descontentos y perturbadores á quienes se les antojase derribarlo, los cuales se multiplicarian á medida que adquiriesen la cer-

teza de que no habia fuerza suficiente para contrarestar la suya.

Los mismos pueblos, en los países regidos parlamentariamente, teniendo grandes medios legales de renovar los malos poderes con el noble y pacífico ejercicio de sus derechos, cuando con sus votos lo podrian todo, prefieren muchas veces convertirse en instituciones de fuerza y se creen mejor garantidos formando batallones que acudiendo á los colegios electorales. Esto será poco comprensible, pero es verdad. En medio de los principios que se cambian y de los poderes que se derrumban la fuerza aparece siempre como un principio perpétuo é inalterable alrededor del cual giran los demás.

*
* *

Si esto sucede examinando el derecho público interior, al tratarse del internacional la ley de la fuerza adquiere mayor importancia: el derecho público organiza tribunales que resuelvan las cuestiones con arreglo á las leyes, establece ó modifica unos, deroga otras y suele evitar algunas veces el empleo de la fuerza; pero el derecho internacional carece hasta hoy de principios verdaderamente reconocidos Aun habiéndolos, los litigios entre naciones suelen ser de tal magnitud que por más esfuerzos que se hagan es imposible hallarles siempre solucion pacífica. Cuando una nacion ve amenazada su independencia, cuando es groseramente insultada y no consigue satisfaccion cumplida, ó cuando la autonomía nacional corre peligro, no comprendemos cómo pueden rechazarse tales agresiones, insultos é ingerencias de otro modo que con la fuerza. La nación que llegados estos extremos carezca

de fuerza habrá de resignarse á cuanto le exijan las demás, al paso que teniéndola podrá conservar intacto el libro de sus derechos sin que nadie se atreva á arrancarle una hoja ni á modificar una sola de sus letras.

*
* *

Muchos casos pudiéramos citar que comprueben lo que acabamos de decir, si no nos bastase uno solo que nos afecta en forma directa. Gibraltar, geográficamente considerado, pertenece á España; históricamente le pertenece tambien; políticamente no puede renunciarse á dejar de poseerlo; racionalmente es de España porque ni siquiera nos ha sido arrancado por la fuerza en noble y buena lid; la justicia en este asunto está de nuestra parte, pero Gibraltar continúa en poder ageno sin probabilidad

alguna de que lo recobremos. Inútil seria hablar, pedir ni suplicar. El medio seguro de conseguir que se nos restituya está en la fuerza. Tengamos cien fragatas acorazadas, con un almirante como Churruca ó Mendez Nuñez, y 500.000 hombres bien instruidos y disciplinados para conducirlos á donde sea conveniente, acaudillados por un Gonzalo de Córdova ó un duque de Alba, y ese dia podremos aspirar á que sea revisado el tratado de Utrech y reconocido el derecho de España.

Algunos, al leer esto, calificarán de exagerada semejante manera de opinar y de locura el poseer tantos soldados y tantos buques. Nosotros no extrañariamos que así sucediese. Vemos una guerra declarada á todo lo grande, á todo lo patriótico; oimos decir que los barcos y los ejércitos no son necesarios. El derecho con el tiempo lo ha de arreglar todo, y viviendo con esa

idea no hace falta nada más que esperar á que los ingleses se *perfeccionen* y nos restituyan á Gibraltar, que á tanto ha de llegar con el tiempo la perfectibilidad anglosajona.

*
* *

Los mismos tratados de paz subsiguientes á las guerras para que estas no sean eternas, y que vienen á constituir derecho, son verdaderamente la sancion de cuanto hizo la fuerza: no son convenios en los cuales, puestas las condiciones en los platillos de una balanza, se equilibren, sino que mientras el uno baja el otro sube, formando el fiel ángulos desiguales con los brazos: el vencedor obtiene del vencido lo que necesita sin que valgan los buenos oficios de otras naciones, pues la jurisdiccion agena no olvida nunca los propios intereses en esta

clase de intervenciones. Estamos cansados de leer que *los contratantes se reunen para asegurar á la Europa una paz estable y duradera*, de ver que los contratos son tan instables como todo lo humano y de que nunca se alcanza la estabilidad. Lo efectivo, lo que está á la vista es que si se atacan los derechos se defienden con la guerra, que despues de una guerra resulta un derecho, y que estas dos palabras, lejos de excluirse, se engendran la una á la otra, dándose alternativamente la vida.

*
* *

Sucede con la guerra un hecho muy digno de observacion: cuando dos pueblos rompen las hostilidades las opiniones en todos los demás se dividen; anhelan unos que venza esta nacion y quieren otros triunfe aquella; se siguen con palpitante inte-

rés las operaciones, se forman cálculos, se deducen consecuencias, hay extranjeros que se alistan en uno ú otro campo, y cuanto más reñida es la contienda más atractivo tiene para los hombres.

¡Hace veinte años! recuerdo esa fecha como si estuviese pasando por ella, las kabilas fronterizas á la plaza de Ceuta habian insultado nuestro pabellon, y España, en uso de su indisputable soberanía, apeló al solemne derecho de la guerra; el ejército se dispuso á defender el honor nacional, cumpliendo con el mayor de sus deberes, y si sublime era el espectáculo de allende el Estrecho, si heróicos se presentaban aquellos soldados que morian gritando *¡viva España!* los españoles de aquende tenian tambien inmensa grandeza; los hombres esperaban á los heridos para conducirlos á sus casas y asistirlos con fraternal cariño; las mujeres elevaban plegarias al Supremo

Hacedor y rasgaban preciadas telas, convirtiéndolas en hilas y vendajes; el rico facilitaba su dinero; el comercio sus buques y sus trenes; el clero convocaba los fieles á la oracion; los pintores trasladaban al lienzo los hechos mas notables; los músicos arrancaban á los metálicos instrumentos sonidos que electrizaban nuestro sér; los poetas cantaban inspirados las famosas hazañas del guerrero, y lo mismo el oscuro ciudadano que el hombre del gran mundo, las mujeres y niños, las letras, y las ciencias, y las artes, todo en fin, bullia y se agitaba presa de ardiente fiebre, concurriendo á la guerra de mil modos. ¿Queremos más derecho que ese unánime, maravilloso sentimiento que nadie era capaz de dominar? Pues qué, con un precepto de derecho, ¿se proscriben los sentimientos humanos?

No hay más recurso que inclinarse ante la realidad. La fuerza, respecto al derecho

político, es el regulador que impulsa ó detiene, auxilia al derecho civil en la defensa de las personas y las propiedades, entrega los malhechores á los tribunales para que se cumpla el derecho penal, mantiene el órden, sin el cual seria imposible el derecho administrativo, y es el único principio sobre que descansa el equilibrio y el derecho internacional.

Quitémosle la fuerza á todos los derechos y en el instante los veremos reducidos á cero.

El poder supremo necesita de la fuerza; el poder civil no puede cumplir su mision sin ella; hasta el poder municipal, elegido por los mismos pueblos, lo vemos ampararse de la fuerza. El oponerse á sus manifestaciones legítimas es empeñarse en mutilar la expresion de una parte de nosotros mismos, que tiene su derecho como todas las demás; es prescindir

de una facultad de que estamos dotados, como la de ver, la de oir, la de movernos y expresarnos. Creemos deberia pensarse mucho en esto y no empeñarnos en divorciar lo que es insusceptible de separacion. La fuerza y el derecho son, como el alma y el cuerpo, el espíritu y la materia, la inteligencia y el organismo: ideas y cuerpos, elementos morales y materiales, obras humanas que reflejan al hombre mismo.

CAPÍTULO IV.

Primeras dificultades que ofrece la formacion del Congreso universal.—Diversas tentativas para la paz perpétua.—Proyecto de Kant.—Ineficacia del sistema.

No contentos algunos con apartar la guerra del derecho, horrorizados del estrago de los combates y guiados por filantrópicos sentimientos han concebido la idea de la unificacion política y moral. Constituyamos, dicen, un Estado que comprenda todas las naciones, que abarque todos los pueblos, que abrace toda la humanidad, y de esta manera la guerra dejará de existir y la paz perpétua vendrá á ser un hecho.

Aun cuando el conocimiento de tan importante problema pertenece más bien á la ciencia filosófica, nos ocupamos de este punto á continuacion del referente al derecho por la relacion que tiene con el mismo en la parte llamada derecho de gentes ó internacional.

La formacion de un solo Estado comprensivo de toda la tierra implica que las naciones depongan su soberanía sometiéndose á los acuerdos de un Congreso de representantes, sobre cuya gran dificultad encontramos á la simple vista las cuestiones siguientes:

1.ª Qué potencia puede tomar la iniciativa en el asunto ó cuál apadrinará el pensamiento.

2.ª Si podrá conseguirse que todos ó la mayor parte de los Estados acepten la idea sin creer que peligre su autonomía.

3.ª Qué número de delegados habrá de

nombrar cada nacion para que ninguna supere á otra en influencia.

4.ª A quién se encomendará la presidencia de la Asamblea universal.

5.ª En qué punto tendrán lugar las reuniones.

6.ª Qué idioma se adoptará para entenderse.

7.ª Qué forma habrá de tomar el poder universal.

8.ª Si la Asamblea podrá alterar la organizacion territorial de los Estados.

Y 9.ª Qué garantía tendrá el Congreso para hacer cumplir sus decisiones.

Con sólo enunciar estos puntos, ligeramente expresados, basta para comprender que su solucion es casi imposible.

Como quiera que entre las naciones no faltan, por desgracia, agravios y rencores, bastaria que una fuese la iniciadora para que las otras se opusieran; las grandes

querrian tener más diputados que las pequeñas; situado el lugar de reunion en uno de los dos hemisferios, no habria manera de hacerlo equidistar de todas partes; quién consideraria la monarquía universal demasiado poder para un hombre solo, que tampoco podria pertenecer á todos los países; cuál se opondria á la forma republicana creyendo ineficaces los Congresos para legislar sobre el mundo, en vista de lo que pasa en los pueblos regidos por ese sistema; ninguno accederia á perder lo que posee y todos aspirarian á ganar; los Estados muertos pedirian reconstituirse, y tales pretensiones, tal confusion y tales dificultades se suscitarian que, al fin y al cabo, es casi seguro que el Congreso, si llegaba á reunirse, se disolveria convencido de la inutilidad de sus pacíficos esfuerzos.

Suponiendo que los Estados de Europa, por lo ménos, pudiesen formar una confe-

deracion para garantirse mútuamente, nadie podria asegurar la permanencia de semejante liga, ni impedir que ésta se rompiera y que las potencias unidas se hiciesen la guerra.

*
* *

La idea de la paz permanente data de muy remota antigüedad. Ella fué la que inspiró á los griegos la institucion de los Anfictiones, ó sean representantes de todas las colonias y Estados de Grecia que, reuniéndose dos veces al año en el templo de Céres, deliberaban sobre cuestiones religiosas y resolvian acerca de las diferencias entre las ciudades anfictiónicas, reconociendo ciertas garantías en los casos en que no pudiera evitarse la guerra. A pesar de tener facultades para exigir el cumplimiento de sus decretos á todos los pueblos

que formaban parte de la Confederacion, jamás pudo con el espíritu individualista de la raza helénica, y nunca llegó á ser considerado como verdadera dieta nacional.

En 1464 el rey de Hungría, hallándose en lucha con el Papa y el emperador, envió una embajada á Luis XI, rey de Francia, para proponerle se convocase una Asamblea de reyes y de príncipes, con el objeto de constituir nuevamente la Europa, coaligándose al efecto los Estados secundarios contra el pontificado y el imperio, á fin de prevenir la opresion de estas dos potencias; semejante proyecto, que por entonces no obtuvo acogida, fué modificado tiempos más tarde por Enrique IV, quien lo sometió sucesivamente á Isabel y á Jacobo I de Inglaterra sin conseguir resultado alguno. En esta época y despues de ella gran número de hombres eminentes han procurado hallar

los medios de mantener la paz; Emeric Lacroix en 1623 propuso constituir una dieta internacional permanente donde los miembros elegidos por los pueblos tuvieran la mision de examinar las causas de las guerras y dirimir las contiendas; dos años más tarde Grotius, en su tratado *De Jure belli et pacis*, invita á las potencias cristianas á reunirse en los casos de conflictos internacionales con objeto de obligar á las partes contendientes á recibir la paz en condiciones equitativas; en 1693 William Penn escribió en Lóndres un *Estudio sobre la paz presente y futura de la Europa* con el mismo fin; en 1745 apareció el *Proyecto de paz perpétua*, del abate Saint-Pierre, refutado posteriormente por J. J. Rousseau en un opúsculo titulado *Opinion sobre la paz perpétua*, donde se considera imposible el proyecto de Saint-Pierre, puesto que tiende á eternizar el *statu quo* é imposibilita la

emancipacion de los pueblos formando una liga de soberanos. Bentham, Fourier, Saint-Simon, Kant y otros han continuado sosteniendo la idea de diferentes modos, y en el año último ha circulado una pequeña cartilla dando bases para el Congreso de la paz.

*
* *

El último de los citados, célebre filósofo aleman, fundador de la escuela idealista que lleva su nombre, formuló un *Proyecto de paz perpétua* cuyos artículos definitivos trascribimos á continuacion, tomándolos de la traduccion francesa hecha por Tissot, profesor de filosofía en la facultad de letras de Dijon.

«Artículo 1.° La Constitucion civil de cada Estado debe ser republicana.

»Art. 2.° El derecho internacional debe

estar fundado sobre una federacion de Estados libres.

»Art. 3.° El derecho cosmopolita debe limitarse á las condiciones de una hospitalidad universal.»

Funda el primer artículo en que, con esa Constitucion (la republicana), cada ciudadano concurre por medio de sus representantes á confeccionar las leyes y á decidir la cuestion de si se hará la guerra ó no. Decretar la guerra, dice, es para los ciudadanos decretar contra ellos mismos todas las calamidades y todas las cargas de la guerra, al paso que, en una Constitucion que no sea republicana, una declaracion de guerra es fácil de decidir, porque ella no cuesta al jefe del Estado el más pequeño sacrificio ni el más insignificante de sus placeres. Establece la distincion que existe entre la Constitucion republicana y la democrática, entendiendo por Constitucion repu-

blicana toda forma de gobierno limitada por una representacion nacional, estando el Poder legislativo separado del ejecutivo y el poder de declarar la guerra en las atribuciones del primero. La democracia, continúa, hace imposible la representacion: es despótica por necesidad, puesto que no es tan limitada la voluntad de la mayoría de los soberanos de que se compone, mientras que la aristocracia ó la autocracia, si bien defectuosas en cuanto son susceptibles de hacerse despóticas, sustituyendo la voluntad del jefe del Estado á la voluntad general, encierran, sin embargo, la posibilidad de una administracion representativa como Federico el Grande lo insinuaba al decir que él era el primer servidor del Estado.

Sostiene su segundo artículo manifestando, entre otras cosas, que en el órden actual, el estado natural que existe entre las naciones no es un estado de paz, sino de

guerra, contínuo, al ménos siempre dispuesto á encenderse. Falto de un poder coactivo, el Código enseñado por los publicistas á las naciones no tiene jamás fuerza de ley, propiamente dicho, entre ellas. El campo de batalla es el único tribunal donde los Estados ventilan sus derechos; pero la victoria, al hacerles ganar el proceso, no decide en favor de su causa. El estado de paz, dice, no puede ser garantido más que por un pacto especial que tenga por objeto terminar para siempre todas las guerras. Se necesita que ellos renuncien, como los particulares han renunciado, á la libertad anárquica de los salvajes para someterse á leyes coercitivas y para formar un Estado de naciones, *civitas gentium*, que abrazará insensiblemente todos los pueblos de la tierra.

Cree realizable la *idea de una federacion*, la cual insensiblemente fuera com-

prendiendo todos los Estados, y respecto al artículo tercero entra en otro género de argumentos no tan directamente relacionados con la guerra de pueblo á pueblo.

Poco objetaremos á lo expuesto por Kant. Empezando por cambiar la Constitucion de los Estados para llenar la primera condicion *definitiva* que segun él nos ha de llevar á la paz perpétua, hay que comenzar tambien por una série de desórdenes y guerras interiores cuyo resultado es imposible preveer. En las monarquías constitucionales, los ciudadanos, por medio de sus representantes, pueden ó no conceder al jefe del Estado las facultades de declarar la guerra y hacer la paz, y áun otorgándola, la voluntad de las Cámaras entra por mucho y ejerce siempre grande influencia en esta clase de cuestiones. Si no es imposible que el soberano promueva una guerra contra la opinion general, otras veces tiene que

hacerla impulsado por ésta. La historia registra multitud de casos de reyes que han perecido en las batallas ó cuyos tronos se han derrumbado por guerras imprudentes, y si no es oportuno que el rey tenga facultades para declararlas, si, como dice Kant (no nosotros), *la democracia es el despotismo*, y si las aristocracias y autocracias son defectuosas, resultará que el artículo primero no resuelve el problema de la paz perpétua.

Una confederacion bajo la base de igual territorio é iguales fuerzas no lleva trazas de ser posible, como no lo son las fortunas, ni las fisonomías, ni las inteligencias, y unidas las naciones siendo desiguales, la menor quedaria sometida á la mayor. El estado grande continuaria siendo soberano, pudiendo apartarse de la liga y romper el pacto cuando se le antojare, mientras que el pequeño seria castigado ó repartido en

cuanto tratara de moverse; habria perdido su independencia quizá para siempre. El pacto está siempre subordinado á la voluntad de los que lo forman, dependiendo su observancia de multitud de circunstancias distintas. Y por último, las ilusiones de Kant y otros soñadores se han visto constantemente desvanecidas por las incesantes lecciones de la experiencia.

Lo propuesto por Saint-Pierre, Bentham y Kant, lo que hoy quieren hacer varios filósofos contemporáneos aspiraron tambien á realizarlo, segun diversos escritores, Alejandro, César, Carlomagno, Cárlos V y Napoleon I por un sistema más ejecutivo y ménos complejo, y disponiendo de poderosos elementos no lograron ni aproximarse á ese ideal, mereciendo el calificativo de *tiranos*.

*
* *

Es cierto que los que esperan alcanzar la paz perpétua nos dicen que el hecho se verificará en un período de tiempo indefinido. Es decir, que no encontrando medio de satisfacer y tranquilizar á la generacion presente se adelantan á satisfacer las desconocidas aspiraciones de los que aún están por nacer. En el exíguo plazo de la vida, en ese paréntesis que media entre haber salido de la tierra y volver á ella, apenas alcanza el tiempo para leer la historia del pasado, y sin conocer siquiera lo que fué hay quien pretende vaticinar lo que será en el trascurso de los siglos.

No podemos admitir profecías ni hemos de dar completo asenso al primero á quien se le antoje llamarse *proclamador* de verdades absolutas. Creemos que, cuando se hayan resuelto todos los problemas que hoy se agitan en el seno de la humanidad, áun antes

de ser resueltos, nuevas cuestiones se presentarán que tal vez ahora ni siquiera podamos imaginar. Procuremos enhorabuena la concordia dentro de cada país, que no es pequeña empresa; trabajemos de contínuo para conservarla ó alcanzarla, mas desconfiemos de poseer lo eterno é inmutable, y por de pronto pensemos que la guerra *fué*, la guerra *es* y la guerra tendrá un *será* aunque todos los pueblos llegasen á constituir una familia universal. Las coronas de todos los reyes pesan mucho para ceñirlas una sola cabeza, y un Congreso cosmopolítico más bien que institucion formal nos parece una exposicion de tipos, trajes, lenguas, prácticas, religiones, costumbres, segunda parte de la famosa torre de Babel. Ultimamente, cuando los que proponen semejante medio hallan malo cuanto existe y de todo dudan, no extrañarán que nosotros hallemos impracticable y dudemos de

la eficacia de esas Constituciones que han de operar sobre los hombres el narcotismo de la fuerza, conservándole la perfecta plenitud del entendimiento.

CAPÍTULO V.

Resúmen del libro segundo.

Como leal confesion nos cumple decir que no hallamos la paz eterna ni en la religion, ni en la política, ni en el derecho, ni por medio del Congreso universal.

La unidad religiosa es dificilísima, casi imposible; decirle al que cree en un Dios, sea el que quiera, ese Dios que te enseñó tu madre á reverenciar desde niño, ante el cual te prosternas humildemente, á quien confias las pobrezas de tu vida y de quien esperas el perdon de tus ocultas faltas, no es tal Dios; habladle así al creyente, y os tendrá por un sacrílego, por un enemigo de

su Dios y de su fé; de ese modo se conmueven las almas, se las perturba, y la inquietud y los desórdenes del alma no es posible que nos lleven á la paz. Recordemos que al aparecer el cristianismo en oposicion á las religiones pagana y judáica, Jesucristo predicaba la fraternidad de los hombres y estos respondian levantando suplicios y crucificando á Jesucristo. Proponerse unificar las religiones, cambiarlas ó destruirlas es provocar una espantosa guerra sin conseguir el propósito de extinguirla, pues si guerras existen en los pueblos que profesan distintas creencias, guerras hay entre los que observan idéntica doctrina.

*
* *

La política tampoco es la paz; sirve para alcanzar el poder, desune unos pueblos, une á otros, señala los grados de libertad en que han de moverse los hombres, celebra tratados que luego no cumple y como la arena del desierto que arrastrada por los vientos cambia contínuamente de sitios y de lugares, así la política, vacilante é incierta, sufre multitud de cambios y trasformaciones. Monarquía absoluta, constitucional, democrática, república, anarquía, dictadura, imperio, absolutismo, razas, conquistas, anexiones, ensanche de territorio, cesion del mismo, grandeza, decadencia y otras muchas cuestiones forman un mundo de ideales y hechos girando sin cesar alrededor de un eje, que es la guerra.

*
* *

El derecho tampoco es absoluto, sino relativo á la época, á la capacidad, al asunto, á las costumbres, al clima y á la inteligencia de quienes lo establecen, estando sujeto á errores é interpretaciones. Aunque lo comparemos á un precioso tesoro necesita, como éste, ser custodiado La fuerza sola es la que puede ampararlo y sostenerlo, obligando al indivíduo á no romper el pacto establecido para que la vida social no se entorpezca.

*
* *

La unificacion política y el Congreso universal son ideas más lisonjeras que practicables. No hay nacion que esté satisfecha completamente del gobierno de un hombre, ni Asamblea que legisle satisfactoriamente para todo el país que represen-

ta, y por lo tanto creemos imposible un César universal que satisfaga ó un Congreso que dicte con acierto leyes al mundo. Si llegásemos á la unidad, una vez alcanzada se diria que era un despotismo insufrible, que cada pueblo necesitaba gobernarse de distinta manera y se lucharia por la separacion. Si llegara á existir el famoso Congreso, suponiendo que fallase en justicia, las inconformidades de las partes y ejecucion de las decisiones legislativas necesitarian del poder de la fuerza y tendriamos guerras como las hay actualmente entre pueblos unidos y congregados.

*
* *

Ni áun siendo perfecta nuestra razon, que tampoco lo es, podria prescindirse de la guerra, porque el sentimiento se sobrepone á aquella muchas veces. Hemos visto

que cuando la razon se creyó superior á todo aparecieron las guillotinas y sobre montones de cabezas cortadas, sobre razones muertas se erigieron los altares para que reinase la nueva diosa, representada por mujeres lascivas, sobre los hombres aterrados. De manera que, para alcanzar la paz eterna, es inútil pedírsela á la religion, á la política, al derecho, á los Congresos y á la razon. Escucharemos gritos de reprobacion contra la guerra, proyectos de paz, bellísimas palabras, pensamientos magníficos, y en medio de tan dulces propósitos aparecerá el punzante abrojo, como al lado de la planta que envenena crecen los vejetales que nos alimentan.

*
* *

No encontramos la fórmula. Creemos que ni siquiera es filosófico el intento de suprimir la guerra, pues la verdadera filosofía no consiste en buscar imposibles, ni en matar las cosas, sino en investigarlas para conocerlas tales como son. Y terminamos este libro diciendo: la razon de la guerra está tambien en que la guerra es indestructible.

LIBRO TERCERO.

LA GUERRA, EL PROGRESO Y LA CIVILIZACION.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo se realiza el progreso.—La guerra no puede destruirse sin destruir la libertad necesaria al progreso.—La guerra utiliza el progreso, cuyo movimiento es contínuo.

Consecuencia inevitable de no comprender las cosas en debida forma, se declama exageradamente contra la guerra, se la presenta como enemiga del progreso y de la civilizacion, y se atribuye su existencia á determinados sistemas de gobierno ó á otras causas que realmente no lo son. Dedicamos este libro al exámen de dichas cuestiones, tropezando siempre con el escollo

de nuestro escaso valer y sintiendo que al ser tratadas por nosotros quizá desmerezcan de su extraordinaria importancia.

*
* *

El progreso, en su acepcion más pura, ateniéndonos á la definicion dada por un filósofo que no debe ser sospechoso para los partidarios de la reforma social, «es el movimiento de las ideas;» mas las ideas cuando aparecen se asemejan á las criaturas cuando vienen al mundo; débiles y confusas, se ignora lo que pueden llegar á ser y necesitan pasar por un período de resistencia para que se conozcan clara y distintamente; de ese modo se propagan, se purgan de defectos, se mejoran y triunfan ó perecen si no tienen condiciones de vida.

Rara es la idea, de alguna consideracion,

que al presentarse no sea fuertemente combatida y tenga que sufrir pruebas repetidas y dolorosas antes de ser reputada por verdadera; pero si la idea subsiste á pesar de todo, si llega á reflejarse en todos los espíritus, como la imágen de lo justo, si no está fundada en principios falsos ó absurdos, si irrádia como la aurora de la mañana diáfana y brillante claridad, si envuelve un verdadero progreso, al fin se apodera de las inteligencias y se enseñorea de la fuerza en términos tales que parecen compañeras inseparables. Podemos decir que la idea indica, muestra el progreso, y que la fuerza es el órgano que lo conduce. Expone el ilustre Villamartin en sus *Nociones de arte militar*, y expone bien, que las ideas «no han dominado en el mundo de los hechos hasta recibir sancion de sangre, y no de otro modo que á punta de bayoneta se ha rasgado el velo de las tinieblas de siglo en siglo.»

Para que las ideas se conozcan, para que las inteligencias se cultiven, para que las costumbres se cambien, para que las artes, las ciencias y las industrias florezcan, para que el progreso se desenvuelva se necesita que los pueblos disfruten de una libertad bien entendida; mas como la libertad origina muchas veces la guerra, para hacer desaparecer la última tendriamos que matar la libertad, sin la cual se estaciona el progreso. La palabra, expresando las ideas, produce diferencias y exaltaciones que pueden conducirnos á la lucha, no habiendo otro medio de evitarla que limitar el uso del lenguaje; los libros que contienen doctrinas nuevas alteran el estado de paz, y para que no se turbe la dulce calma seria preciso prohibirlos; habria que impedir los inventos científicos é industriales que tuviesen aplicacion á la guerra; no

consentir á la poesía ni á la música las composiciones conmovedoras y entusiastas, las cuales representan la expresion de lo sublime y la admiracion por lo grande, ni á la estatuaria el arrancar á los mármoles y bronces las imágenes de los héroes, ni á la pintura las creaciones inspiradas en la historia humana, ni..... ¿á qué proseguir? por ese camino no se cultiva el entendimiento, ni se perfeccionan las leyes, ni adelantan las artes, ni se produce bienestar, ni se distingue lo bueno de lo malo, ni hay nada más que despotismo, oscuridad y tristeza.

Una notable dama consignó en una de sus obras. «En todas las cosas la lucha es la vida; en religion, en política, en literatura, en amor.» Si así sucede realmente, si tanto amamos la libertad, aceptémosla como es. El camino del progreso, largo y erizado de obstáculos, seria infranqueable

desde el instante que unos cuantos hombres se constituyesen en árbitros para condenar ó admitir las ideas de todos, como tendria que suceder necesariamente, empeñándonos en conseguir que la paz no se quebrantase por ningun concepto.

*
* *

Por otra parte, el progreso y la guerra serán en principio lo opuestos que se quiera, mas apenas se realiza un progreso material ó científico que no tenga aplicacion á la guerra. Una simple composicion química cambió por completo las armas y la manera de combatir; los cuerpos de ejército reciben eléctricamente las órdenes de avanzar ó retroceder; el vapor traslada en pocas horas millares de combatientes al sitio de la batalla; la aerostacion observa los movimientos del enemigo cruzando por en-

cima de sus campamentos; la legislacion funda los códigos y establece derechos y deberes; la elocuencia, evocando gratos y gloriosos recuerdos, inflama el espíritu del soldado; la ciencia administrativa se emplea para aprovisionar las tropas, y todos los adelantos, en vez de huir de la guerra, toman parte en ella inmediatamente.

Lo mismo se observa con el progreso moral: las naciones no se declaran la guerra sin pedirse antes convenientes explicaciones; ya no es general acuchillar á los prisioneros, ni encerrarlos en lóbregos calabozos bastando la promesa de no tomar las armas para dejarlos casi en libertad; los ancianos, las mujeres y los niños tienen la proteccion del vencedor; la propiedad y las costumbres son respetadas; raras veces se exigen contribuciones cuando no son indispensables, y hasta en el campo de la muerte, cuando la bala de cañon cruza el

espacio, la trayectoria que describe se aparta de los asilos del dolor, de aquellos lugares en donde flota la bandera blanca, emblema purísimo de la caridad, que en medio de la pelea se parece á la afligida madre disculpando los extravíos de sus hijos. Los que en una guerra regular fusilan prisioneros, saquean las ciudades, maltratan ó abusan de las personas indefensas ó cometen otras acciones indignas ó crueles, son malos soldados que descienden de la elevada altura del valiente á la infamante condicion de séres despreciables: malvados de la guerra, como los culpables que existen en la paz.

A través de repetidas luchas se ha verificado el progreso actual, no habiendo sido la guerra la que ménos ha contribuido á propagarlo y afirmarlo. Si fuesen incompatibles la guerra y el progreso, éste no hubiera podido abrirse paso: no quedaria de

él ni áun la palabra. Muévanse las ideas como quieran, al lado de las invenciones propias para la comodidad, para el plaeer, para el recreo y para nuestra conservacion, aparecerán nuevos sistemas ofensivos y defensivos, nuevos medios de destruccion que conocerán los venideros como nosotros conocemos las antiguas armas. El progreso no es el reposo; la misma palabra lo dice. Significa moverse siempre sin parar nunca.

CAPÍTULO II.

La guerra todavia favorece la civilizacion, como la propagó en la antigüedad.—Los guerreros realizan los grandes pensamientos.—Necesidad de que la fuerza esté en armonía con la civilizacion, atestiguada por la historia.

Como los hechos consumados no hay forma posible de negarlos, se concede que la guerra fué en la antigüedad un instrumento civilizador y se duda que lo sea hoy, resultando de esto una palmaria contradiccion. Si hasta ahora la guerra no ha cesado, si concuerda con el progreso, si ha servido para llegar á la civilizacion actual, ¿cómo continuar la obra arrojando el instrumento? ¿Cómo penetrar en el centro del

Africa y en otros puntos donde existen millones de séres humanos en completo estado de salvagismo? ¿Entrarán en el concierto universal enviándoles apóstoles de paz? ¡Pobres apóstoles! Indudablemente los que tal creen no han tenido ocasion, como nosotros, de visitar esas regiones donde los hombres viven, con escasa diferencia, lo mismo que los irracionales, y al efecto vamos á relatar un episodio de cuya exactitud salimos garantes.

No hace muchos años, en Enero de 1872, habitaban á unas siete leguas de Zamboanga (isla de Mindanao, perteneciente al archipiélago filipino) unos 500 *subanos* (monteses) en un sitio de la costa nombrado Patalon; sus casas estaban muy distantes unas de otras, en medio de impenetrables bosques; podia asegurarse que cada familia constituia un pueblo diferente un canton, como se decia en España cuando

se entronizó la moda cantonal. Un dia, al amanecer, pasa un indio de Zamboanga por aquel paraje y encuentra humeando todavía los restos de una de las casas citadas; segun los vestigios catorce personas habian sido asesinadas allí, y sobre ese bárbaro asesinato se habia añadido el incendio. Objeto de muchos comentarios fué ese crímen, que hasta el año 1875 continuaba en el misterio, y probablemente no hubiese ocurrido si en vez de vivir los 500 subanos en tan salvaje independencia se hubiesen unido para constituir una ciudad y protegerse debidamente, como aconseja la civilizacion. Pero no es esto solo; el gobernador, el juez y el autor de estas líneas tuvieron aviso de lo ocurrido y se trasladaron al lugar del delito. ¡Qué cuadro tan desconsolador se presentó á su vista! La mayoría de los monteses eran presa de una epidemia de viruela negra; los sanos ha-

bian huido y sólo quedaban en cada casa los enfermos que no podian moverse, sin que tuvieran quien les diese ni áun agua para apagar la sed: por todas partes se veian cadáveres insepultos; el olor á putrefaccion sobrepujaba al del agua fénica, de que llevábamos empapados los pañuelos; multitud de perros hambrientos se cebaban en aquellos restos de figuras humanas, y allí no se encontraba ni misionero, ni facultativo, ni parientes, ni caridad, ni nada. No habia más que esa bárbara libertad que tambien tiene extravagantes partidarios.

Si en aquellos lugares se hubiera difundido la verdadera ley del augusto Crucificádo, la madre no hubiese abandonado al hijo, ni el hermano á la hermana, ni el sano hubiera dejado de asistir al enfermo; si se hubiese difundido la ciencia se hubieran valido de ella para combatir la enfermedad, aminorar sus efectos y dar cuando

ménos sepultura á los muertos; si hubiese penetrado allí un rayo siquiera de civilizacion no nos hubiéramos encontrado ante la peste, el asesinato y el incendio, reinando como señores absolutos sin freno alguno que los contuviese.

Hace más de 350 años que las naves españolas descubrieron aquella isla, y sus habitantes se encuentran como estaban á la llegada de Magallanes; fabricaban sus albergues de nipa (especie de palma ancha), y siguen edificando del mismo modo; sembraban sus frutos y recogian sus cosechas sin órden ni concierto, y continúan haciéndolo igual; consistian sus embarcaciones en *pancos*, *lancanes y vintas* (troncos de árboles huecos, más ó ménos perfeccionados), y en eso consisten hoy; ignoraban el arte de leer y escribir y siguen ignorándolo; eran, en fin, pueblos atrasadísimos y continúan siéndolo, sin que nada

pueda el celo de gobernadores inteligentes ni los medios pacíficos que se emplean. En Mindanao reina la idolatría, la esclavitud, la ignorancia, la insalubridad y la barbarie, y no entran sus habitantes por la senda civilizadora porque no se emplea el elemento conductor, que es la fuerza. Con un poco de fuerza, con algo de guerra aquellos pueblos cambiarian su existencia actual, en la que seguirán viviendo en otro caso, sin que por eso disfruten de paz entre ellos. Lo que sucede en Mindanao puede aplicarse á otra porcion de regiones que se hallan en circunstancias semejantes.

La guerra tiene el carácter de exploradora; abre el camino que luego sigue la civilizacion. Los fenicios decubrieron las costas del Mediterráneo y extendieron su comercio y sus adelantos merced á los esfuerzos é intrepidez de sus navegantes. Los griegos recibieron la civilizacion de la Fe-

nicia y del Egipto, y en hombros de la guerra la trasladaron á la Persia. Roma la recibió de Grecia, y de la misma manera llevó á gran parte del mundo su régimen municipal, sus costumbres, sus reglas y sus artes. España la condujo despues á un mundo, por todos ignorado. La democracia francesa se propagó en Europa del mismo modo, y de ese choque de los pueblos confundiéndose unos con otros resulta la gran civilizacion lo mismo en el mundo antiguo que en la guerrera Edad Media ó en la filosófica época moderna. La creadora de las naciones, la que trasforma el estado social y de siglo en siglo envuelve á la humanidad en elementos diferentes, la que levanta la bandera de la civilizacion y sostiene eterna lucha con la barbarie, esa, ha sido y continúa siéndolo la guerra.

⁂

Todos los grandes ideales en el terreno práctico están representados por un guerrero. Alejandro, á la vez que conquistador, fué el que modificó el sistema administrativo de los países dominados, donde sólo imperaba la anarquía y el despotismo; separó las autoridades civil y militar, abrió vias de comunicacion, admitió los medas y los persas en el ejército y la administracion y procuró fundir en un solo pueblo vencidos y vencedores, queriendo llegar á una unidad entonces ignorada y hoy conocida, pero no alcanzada.

Leonidas es el héroe más grandioso de la independencia y de las libertades pátrias; al perecer con un puñado de valientes, peleando contra las numerosas huestes de Jerges, deja grabada esta inscripcion sobre las rocas de las Termópilas.

«Pasajero, ve á decir á Esparta que hemos muerto por defender sus leyes.»

¡Episodio memorable, ejemplo sublime de amor á la pátria, preciosa cualidad del ciudadano sin la cual no existe civilizacion!

César, colocado á su muerte en el número de los dioses romanos, con su espada y su talento elevó á Roma al más alto grado de poderío.

Espartaco, el soldado que habia servido como auxiliar de las legiones, puesto á la cabeza de los gladiadores, sostuvo la tercera guerra servil, como en las primera y segunda lo habian hecho el sirio Eunus, el griego Antenion y el italiano Salvius, mostrando á los esclavos el medio eficaz de romper las cadenas abominables.

Carlomagno es el campeon del imperio de Occidente, idea civilizadora y unitaria que proclaman algunos filósofos de hoy.

Gustavo Adolfo representa la prosperidad de Suecia; sus guerras contra Rusia,

Polonia y Dinamarca, no le impiden reorganizar el interior de su reino, dejando á su muerte un Estado próspero y glorioso.

Napoleon I simboliza el génio revolucionario de la Francia, difundiendo por Europa las modernas ideas que se hallaban aprisionadas en el estrecho círculo de las fronteras francesas. Sus glorias fueron la base de la importancia y grandeza moderna de su mismo imperio.

Garibaldi es el caudillo de la unidad italiana. Sin querer aminorar la alta gloria que en tan grande empresa corresponde á Víctor Manuel y á Cavour, Garibaldi aparece como el ejecutor providencial. Al marchar sobre Venecia en Julio de 1849 dice á sus partidarios:

«¡Soldados!

Hé aquí lo que ofrezco á los que quieran seguirme: hambre, frio, sol. No habrá pan, ni alojamientos, ni municiones, pero

sí vigilias contínuas, batallas, marchas forzadas y ataques á la bayoneta.

El que ame la pátria que me siga.»

Con esa sencilla elocuencia, sin saña ni fiereza, ofreciendo dolores y sufrimientos, no lujo, ni riquezas, ni placeres, es como consigue llevar á cabo hechos inmortales.

Federico II representa el poder de Prusia en el siglo XVIII. Scharnhorst el patriótico levantamiento de esta nacion en el año 1813. Guillermo I, Bismark y Moltke, ó sean un rey guerrero, un político capaz de ser soldado y un soldado de gran talento, son los fundadores del actual imperio aleman.

Cromwell, despues de proclamada la república de Inglaterra en 1649, él personifica y domina enteramente la situacion, como Monck fué el promovedor de la restauracion de 1660.

Washington es el héroe de la indepen-

dencia de los Estados-Unidos y el gran ciudadano que contribuye en primer término á organizarlos.

Y viniendo á España, Indivil y Mandonio significan la oposicion al dominio de Roma; Pelayo el principio de la reconquista; Isabel y Fernando la conclusion de ella; Hernan-Cortés, derribando en Méjico los ídolos é impidiendo los sacrificios humanos, es el civilizador europeo en América; Daoiz, Velarde y Ruiz fueron los primeros mártires de la independencia; Alvarez en Gerona, y Palafóx en Zaragoza, están á la altura de los más heróicos ejemplos de patriotismo, y seria cuestion de no concluir si fuésemos á citar la multitud de guerreros insignes, antiguos y modernos, representantes de grandes ideas. Desde que el género humano hizo su aparicion histórica hasta el presente, tratándose de la fundacion de los Estados, aparece un guer-

rero en la cúspide de todos ellos como el libertador de los pueblos, y siguiendo el desenvolvimiento de las civilizaciones respectivas y las transiciones políticas, religiosas y sociales hallaremos exactamente lo mismo. Cuando falta el hombre de guerra la civilizacion se estaciona, sucumbe y hasta los más grandes pensamientos no pasan de ser concepciones irrealizables.



Examinando detenidamente la historia de los pueblos vemos tambien que, cuando la civilizacion no guarda equilibrio con la fuerza, la civilizacion desaparece con las naciones mismas. La monarquía asiria pereció por no saber luchar, sin que la salvasen sus riquezas ni la opulenta Nínive con sus espaciosas murallas flanqueadas por mil quinientas torres. La antigua Babilonia, la

ciudad de las cien puertas de bronce, de los palacios y de los jardines suspendidos, se hallaba entregada á los placeres y á los festines cuando Ciro se apoderó de ella desviando el curso del Eufrates, cumpliéndose la palabra de Isaías, que habia predicho *la ruina de la reina de los reinos del mundo.* La brillante Grecia, la soberana de las artes, de los poetas y de los filósofos, fué vencida, segun Polibio, por haber olvidado sus antiguas máximas y abandonado su organizacion militar. Roma, la madre del derecho, la hoy capital de una nacion y de una idea, tenia por principio no esperar á que estallase la lucha para aprender á manejar las armas; cuando lo olvidó, cuando las tropas se dividieron en dos clases, una destinada á los ócios de las ciudades y otra á las fatigas y los peligros, cuando abandonó el arte de la guerra y perdió la costumbre de las armas, aquel extenso y corrompido

imperio recibió el merecido castigo, siendo despedazado por los bárbaros.

Polonia fué repartida por primera vez en 1772 á causa de la agitacion interior en que se hallaba constantemente; constituida de una manera defectuosa, dividida en bandos, el fraccionamiento de los ciudadanos les impidió ver que no tardaria en fraccionarse tambien el Estado.

España, reducida á las montañas del Norte despues de la invasion sarracena, lucha por espacio de siete siglos hasta que en justo premio de su constancia llega á plantar el estandarte de la cruz sobre las torres de la Alhambra granadina; educada en la guerra, sus famosos tercios, capitaneados por Gonzalo de Córdova y otros insignes caudillos, obtienen inmarcesibles lauros en Africa y Europa, y como si no bastara el dominar la tierra conocida aparece la figura *única* de Colon, que en naves es-

pañolas y á la cabeza de españoles cruza atrevido los revüeltos mares y descubre y somete un nuevo mundo. Despues de haber llegado al límite de un apogeo en que ya no es posible ir más allá empieza á desatenderse cuanto se relacionaba con las tropas; corrian meses enteros sin que se les abonasen los haberes ganados con su sangre; el mérito era completamente despreciado, al paso que el infundado favoritismo se elevaba á las más altas gerarquías; el hambre y la arbitrariedad rompieron la disciplina; perdieron aquellos bravos soldados su fuerza y su prestigio; dejó de haber guerreros insignes; fueron desapareciendo nuestras escuadras sin que nadie pensase en reponerlas, y ora se reconocia la independencia de Holanda, ora perdiamos el Rosellon, ora se separaba el Portugal, ora se sublevaban los Estados que teníamos en Italia, ora se constituian en re-

públicas independientes los dilatados imperios que poseiamos en América, y entre pérdidas de territorios, expulsiones de infelices moriscos y contínuas expediciones á aquellas tierras donde el oro y la fiebre tienen igual color, declina nuestra gloria militar y decae el ánimo de la gigante España cuando por su inmensa grandeza parecia que estaba llamada á regir los destinos del universo.

La Francia de 1870 entrega sus soldados, su territorio y sus millones á los ejércitos prusianos, porque orgullosa con sus grandes adelantos habia olvidado su organizacion militar, y Turquía, viviendo de una manera anárquica, se halla en ese triste período de las naciones parecido á la agonía de los moribundos.

En nuestro juicio, las grandes ideas civilizadoras son compañeras inseparables de la fuerza y la hacen servir para elevados

fines, al paso que cuando las naciones no son juiciosas y fuertes, cuando no preside su destino la inteligencia, el saber y el patriotismo, cuando se carece de energía, los pensamientos mezquinos invaden la sociedad y se propagan como la peste, viene con ellos la depravacion y la decadencia, forzosamente languidecen tambien las instituciones militares y, por fin, relajadas las costumbres, enervados con el impuro aliento que se respira en las regiones del marasmo, en medio de errores, vergüenzas y humillaciones, teniendo miedo de todo y sin resolucion para nada, se llega á la impotencia, signo característico é indeleble de decrepitud y de ruina.

CAPÍTULO III.

La guerra es independiente de la forma de gobierno.—Causas de la guerra, segun Dymond, que no consideramos concluyentes.

La especie de que la guerra es originada por las monarquías ha sido ya refutada perfectamente por muchos escritores, y no es admisible en ningun concepto. Esparta fué república y sostuvo la guerra del Peloponeso, que duró veintisiete años. La república de Roma mantuvo muchas guerras durante los quinientos años que se rigió por ese sistema. La de los Estados-Unidos de América no hace muchos años pasó por una de cinco consecutivos. Las hispano-americanas han tenido diferentes luchas

unas con otras. La francesa mantuvo guerra con toda Europa. Suiza tuvo la del Sonderbund. Venecia, Luca, Génova y Malta, siendo repúblicas, tomaron parte en multitud de guerras, y respecto á este particular nada tienen que echarse en cara reinados, repúblicas é imperios. Lo mismo cuando vemos á la cabeza de las naciones un rey ó una reina, una convencion ó un dictador, como cuando no se reconoce poder alguno, en todos los tiempos y con todos los sistemas se peleó y se sigue peleando, prueba tangible de que la guerra es independiente de las formas de gobierno.

***

Dymond, en su obra titulada *Ensayos sobre los principios de moral*, dice que parte de las causas perpétuas de la guerra son: «primera: que *no se examina* si la guerra

es justa ó injusta; segunda: que es habitualmente *altiva é irritante* en las relaciones de las naciones entre sí; tercera: que es una fuente de *lucro* para los indivíduos y crea *profesiones muy convenientes* á las clases altas y medias de la sociedad; cuarta: que satisface *la ambicion* de los hombres públicos y *sirve á los fines* de la *política de Estado*; y quinta: que las *ideas de gloria* están asociadas á los hechos guerreros, aunque la que dan es ficticia é impura.»

Acerca de la primera causa creemos que el problema de la guerra ha sido examinado por multitud de insignes pensadores. A la vista tenemos la *Historia de los progresos del derecho de gentes en Europa y en América*, por Henry Wheaton, quien nos presenta las opiniones de muchos publicistas que en diferentes épocas se han ocupado del particular. Con relacion al siglo XVI expresa que las universidades de Italia y

de España han producido gran número de hombres notables que han cultivado esa parte de la ciencia y de la moral que enseña las reglas de la justicia, citando en lugar preferente al dominico Francisco Victoria, célebre profesor de la universidad de Salamanca, y á Baltasar Ayala, gran preboste del ejército español en los Países-Bajos. Analiza la obra de Victoria denominada *Relectiones theologicœ*, de la cual se hicieron seis ediciones, siendo la primera en Lyon en 1557 y la última en Venecia en 1626, constando el libro de trece disertaciones, de las cuales la sexta, titulada *De Jure belli*, trata exclusivamente de los derechos de la guerra, abrazando las cuestiones siguientes:

«1.ª Pueden los cristianos emprender una guerra con toda justicia.

»2.ª A quién pertenece el derecho de declarar y de hacer la guerra.

»3.ª Cuáles son las causas que pueden justificar una guerra.

»Y 4.ª En una guerra considerada justa cuáles son los derechos que se tienen sobre el enemigo.»

Respecto de la primera cuestion Victoria expresa que los cristianos tienen el derecho de comprometerse en una guerra defensiva, de oponer la fuerza á la fuerza y de recuperar los bienes arrebatados por el enemigo. Añade que pueden tambien emprender una guerra ofensiva si el objeto de ésta es reparar una injusticia, y apoya estas proposiciones de derecho natural con citas de la Sagrada Escritura y de padres de la Iglesia.

A la segunda responde que todos tienen el derecho de hacer la guerra en defensa de sus personas y de sus bienes. Sienta la diferencia que existe entre un particular y el Estado, define lo que se entiende por

Estado y establece que el soberano es el único que tiene el derecho de declarar la guerra.

Contesta á la tercera que la diversidad de religion no puede considerarse como motivo justo para hacer la guerra; que ningun príncipe debe promoverla por el deseo de extender su poder ó el de adquirir mayor gloria; que el obligar á los súbditos á que hagan la guerra, no por el bien general de la nacion, sino por el del príncipe, es constituirlos en esclavos; que es causa legítima para declarar la guerra una injuria hecha por un Estado á otro; que es injusto hacer la guerra á los que no nos han hecho daño alguno, y que así como en la sociedad civil no todos los crímenes deben castigarse con la pena de muerte ó el destierro, así tampoco en la gran sociedad de las naciones es permitido el castigar insignificantes injurias con matanzas y

destrucciones, que son la consecuencia inevitable de las guerras.

Con relacion á la cuarta manifiesta que en tiempo de guerra es justo y natural hacer todo cuanto se juzgue necesario en defensa y conservacion del Estado; que es justo recuperar del enemigo lo que él nos ha tomado, así como exigirle el metálico necesario para satisfacer los gastos de la guerra y compensar todos los males qu haya podido ocasionar, pudiendo llegar hasta ocuparle el territorio á fin de castigarle por el daño ocasionado y obtener la paz por este medio. Trata Victoria otros diferentes puntos importantes, y en muchos de ellos no creemos queden descontentos los moralistas de hoy de aquel insigne escritor de hace tres siglos.

De Baltasar Ayala refiere que escribió un tratado sobre esta materia, dedicado a príncipe de Parma, resultando de acuerdo

con Victoria en algunos puntos y estableciendo que una guerra es justa cuando se hace en defensa del Estado, de sus súbditos, de sus bienes ó de sus aliados, ó sea para recuperar lo que ha sido tomado por el enemigo.

Wheaton, refiriéndose á España, dice: «La España, bajo Cárlos V y Felipe II, habia llegado á ser la primera potencia militar y política de Europa, y manteniendo grandes ejércitos y haciendo largas guerras debia ser la primera en sentir la necesidad de esta parte esencial del derecho de gentes que determina sistemáticamente los derechos de la guerra.» Y así sucedió. Antes que apareciese Hugo Grotius, el gran reformador del derecho público, hubo españoles que pensaron en mejorar las leyes de la guerra.

Largo es el catálogo de los hombres de distintas profesiones que se han ocupado

del problema; siendo otra prueba de ello cuanto expusimos en el cap. 4.° del libro anterior. Exámen no ha faltado; lo que falta es el medio práctico de destruir la causa primera. Haciendo esto, que es lo que no nos indica Dymond, los otros motivos desaparecerian por sí solos.

*
* *

La segunda causa expuesta por Dymond, á nuestro modo de ver, tampoco puede considerarse como tal. Entre dos naciones que sostienen una guerra la que resulta vencida no queda generalmente satisfecha, y si se le presenta ocasion intentará recobrar lo antes perdido, con cuyo procedimiento viene á resultar falta de sinceridad en las relaciones internacionales y hay siempre en pié un motivo de guerra que nunca se termina. Pero ¿y las guerras civiles?

Dentro de los Estados no podemos citar como causa las mismas relaciones, y sin embargo, tampoco la paz se perpetúa en el interior.



Sobre la tercera causa diremos que como la palabra *lucro* no puede aplicarse á las merecidas recompensas otorgadas al mérito, á la bravura, á los servicios prestados al país con riesgo de la vida y á los sueldos que disfrutan las clases militares, sólo se refiere Dymond á esa plaga de explotadores de la miseria privada y de la desgracia nacional que siempre existe, y para los cuales la guerra suele convertirse en un negocio provechoso. A semejante clase de gente no hemos de defenderla nosotros.

Decir que una de las causas perpétuas de la guerra es que crea *profesiones muy*

convenientes es lo mismo que sostener que existen crímenes y delitos porque hay jueces y magistrados, ó lo que es igual, que no habia delitos antes de que hubiera jueces; expresar que dichas profesiones son *muy convenientes á las clases altas y medias* de la sociedad es desconocer que en la mayoría de las naciones, en todas las clases ha habido indivíduos que han llegado á los más altos puestos de ellas, y cuantos hayan hecho una campaña no podrán por ménos de reconocer que en esas profesiones las amarguras están muy por encima de las conveniencias.

***

Contra la cuarta causa expondremos que no todos los hombres públicos nos merecen el mal concepto en que parece tenerlos Dymond. Cuando las miras ambiciosas

que se les atribuye se inspiran en la opinion del país y son necesarias para satisfacer un legítimo deseo nacional, anhelamos hombres públicos dotados de ambicion honrada y patriótica, porque los que nada desean suelen servir para poco. Podrá haberlos que cifren esa ambicion en la guerra ó la promuevan por algun encono ó asunto privado; otros, en cambio, procuran evitarla por todos los medios, y remontándonos á la cuna del género humano, cuando no se hablaba de hombres públicos ni se conocia la ciencia de la política, ya encontramos el estado de guerra, que con intervalos más ó ménos largos no ha desaparecido hasta la fecha.



La quinta causa nos llama sobre todas la atencion. Nosotros suponiamos que el guerrero era el protector de todos los intereses, y que en tal concepto bien merecia la pena de que sus hechos se rodeasen de gloriosa aureola; más Dymond lo comprende de distinta manera. Disentimos por completo de sus opiniones. Creemos que el hombre que poseyendo riquezas bien adquiridas se desprende de ellas ejecuta un acto de abnegacion; que el que pasa las noches sin descanso, meditando para apoderarse de un secreto de la ciencia, aislado momentáneamente del mundo, practica otro acto extraordinario digno de las más elevadas recompensas; que el que consagra su existencia á la realizacion de un proyecto gigante merece la estimacion universal, y hasta el humilde jornalero que satisfecho con su suerte trabaja de sol á sol, sin am-

bicionar los objetos que salen de sus manos, es acreedor al aprecio de todos. Pero entendemos tambien que el que sacrifica sus bienes, sus comodidades, el amor de la familia, y ofrece á su pátria, además de las primicias de la inteligencia, la sangre de sus venas, y esto hoy, y esto mañana, y esto siempre que el deber lo exija, hace lo más grande que puede hacerse. Desear vivir y arriesgar la vida es llegar al límite extremo del propio vencimiento: es el hombre triunfando de la muerte.

Si el hecho sólo de exponer la vida por salvar á otro de un peligro está reputado como meritorio, el arriesgarla por muchos indivíduos no puede dejar de ser glorioso. Si se conceptúa moral socorrer al que es víctima de una agresion no puede ser inmoral rechazar las agresiones contra el país, y si los hechos guerreros llevados á cabo con este motivo diesen una gloria *im-*

pura la prefeririamos á la titulada *pura* que deberia resultarnos dejando sin defensa á la nacion.

Reconociendo en el escritor inglés privilegiada inteligencia y laudables esfuerzos por alcanzar un período de mayor pureza moral, en el párrafo de que nos hemos ocupado no descubrimos la causa que constituye la esencia de la guerra.



CAPÍTULO IV.

Resúmen del libro tercero.

En tésis general nosotros no hallamos discordancia alguna entre el progreso y la guerra; por el contrario, vemos que cuanto mayor es el progreso, las guerras, aunque ménos duraderas y encarnizadas, tienen lugar empleándose armas más mortíferas. En la edad primitiva se luchaba con las manos, las piedras y los palos; despues vinieron la maza, la honda y el venablo, luego la pica, el puñal, la espada, el dardo, el arco, la balista y la catapulta; más tarde el arcabuz y el mosquete, el fusil de chispa y de piston, y hoy el fusil de aguja, el cañon

rayado, ó lo que es lo mismo, á medida que se ha desenvuelto el progreso han aumentado los medios destructores. Las ideas indudablemente no se mueven en un solo sentido, sino que lo hacen en infinitas direcciones. Para volver á las manos ó las piedras tendriamos que ir restando inteligencia y enterrando progreso. A mayor cambio negativo no creemos se pueda llegar sin suprimir el género humano.

*
* *

Cuando oimos decir que la guerra se opone á la civilizacion tememos por ésta. Los pueblos que adquiriendo una idea falsa de la fuerza la desdeñan y separan del cuerpo social caminan á su completa perdicion; faltos de moderador en las cuestiones interiores, quedan indefensos y en riesgo de ser oprimidos el dia que sean ataca-

dos por otros más fuertes. Amar la civilizacion y aborrecer la fuerza no se comprende; es lo mismo que poseer un gran palacio, suculenta mesa, lujosos trenes, elegantes trajes, hermosas mujeres y carecer de salud para poder disfrutar riqueza tanta. Cuanto más alto sea el grado de civilizacion á que lleguemos mayor esmero se debe poner en no perderla, porque la belleza por sí sola, si el cuerpo es débil, se marchita y desaparece pronto.

***

El que los pueblos se constituyan bajo la forma monárquica ó republicana creemos no influya para el logro de la paz eterna. Repúblicas ha habido completamente guerreras y monarcas exclusivamente mantenedores de la paz, y viceversa. Las ideas, los sentimientos, las va-

riedades, los antagonismos, los deseos, los motivos de lucha no se extinguen cambiando la forma de gobierno, ni siendo débiles en las relaciones exteriores, ni suprimiendo las profesiones que Dymond llama *muy convenientes*, ni prescindiendo de los hombres públicos, ni rebajando la gloria adquirida por los hechos guerreros.



En vano es que algunos traten de destruir la guerra, como lo seria el que tratasen de sujetar las majestuosas tempestadès del Océano, los torrentes que se desbordan de precipicios gigantescos ó el fuego que se agita en las entrañas de la tierra. En vano es pretender que las ideas y la fuerza no se manifiesten de mil maneras. Lo que podremos hacer será trasformar la guerra como se trasforma todo, y como viene sucedien-

do. Los medios de hacerla, de atacar, de defenderse, de combatir, eso sí, hasta cierto punto, son susceptibles de sustituir los unos á los otros; pero la esencia, el atacar al que nos ofenda ó defendernos del que nos maltrate, la idea de la guerra, siempre subsistirá, como en medio de las distintas religiones, teniendo por pedestal los cerebros humanos, flota y subsiste la idea eterna del Creador.

LIBRO CUARTO.

OPINION DE VARIOS ESCRITORES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Spinóza.— Hobbes.— Hegel.—Maistre.— Ancillon.— Proudhon.— Portalis.

Tócanos ahora presentar, en corroboracion de lo que hemos expuesto, las ideas emitidas sobre el asunto que nos ocupa por varios filósofos historiadores y autores militares. Sin hacer un juicio crítico de las doctrinas de cada uno, sin aceptarlas en todas sus partes ni rechazarlas, trascribiendo simplemente los párrafos que nos parezcan más adecuados, se verá que no estamos solos en nuestro modo de pensar.

*
* *

Si tomamos las obras del holandés Spinóza, veremos la opinion de aquel célebre panteista, cuya filosofía han calificado sus contrarios de monstruosa.

Ocupándose del fundamento del Estado y refiriéndose al derecho natural y civil dice:

«Por derecho natural é institucion de la naturaleza sólo entendemos las leyes de ésta propias de cada indivíduo, segun las cuales concebimos que cada uno de ellos está naturalmente destinado á existir y obrar de una manera determinada. Un ejemplo: los pescados están naturalmente predispuestos á comerse los más pequeños, y en tal concepto, y en virtud del derecho natural, todos los pescados viven dentro del agua y los mayores se comen á los menores.»

En el mismo capítulo añade: «Todos los hombres, en efecto, no se hallan destina-

dos por la naturaleza para obrar segun las reglas y las leyes de la razon; al contrario, todos nacen con ignorancia completa, y por buena que sea su educacion, pasan una gran parte de la vida antes de poder conocer la verdadera manera de vivir y de conservarse, cuando la llevan consigo, y eso conformándose á los solos instintos del apetito, toda vez que la naturaleza no les ha dado otro guia, rehusándoles el medio de vivir segun la sana razon, por lo cual tampoco están más obligados á vivir, siguiendo las leyes del buen sentido, que lo está un gato con las leyes de la naturaleza del leon.»

En la introduccion á su *Tratado político* leemos lo siguiente:

«Es muy cierto que los hombres necesariamente están sujetos á las pasiones y que su naturaleza tiene tal conformacion que deben experimentar piedad por el des-

graciado y envidia por el dichoso, pero inclinándose más á la venganza que á la misericordia; por último, nadie puede sobreponerse al deseo de que sus semejantes vivan como lo considera oportuno, aprobando lo que le agrada y rechazando lo que le molesta. De aquí resulta que todos desearian ser los primeros; se entabla una lucha, y el vencedor tiene á mayor gloria el daño hecho á otro que la ventaja obtenida por él.»

En el apéndice á su tratado de *Ética* hallamos:

«Los hombres, mientras estén animados los unos contra los otros de un sentimiento de envidia ó de ódio, son adversarios entre sí, resultando tanto más terribles cuanto que disponen de mayor fuerza que los otros indivíduos de la naturaleza.

Sin embargo, no es la fuerza de las armas la que domina los corazones; es el amor y la generosidad.»

Spinóza niega el libre arbitrio *á priori* y *á posteriori*; *á priori*, en nombre de la naturaleza de Dios y del órden de sus desenvolvimientos; *á posteriori*, en nombre de esta matemática de las pasiones que somete todas las acciones humanas á leyes invariables, atribuye todos nuestros actos á la necesidad y á la libertad y considera la guerra como el estado normal de la criatura.

***

Tomás Hobbes, filósofo inglés, nacido en Malmesbury en 1588, el que á ejemplo de los sábios de la antigüedad guardó el celibato á fin de pertenecer por entero á sus pensamientos, el materialista, apellidado por algunos verdadero padre del sensualismo, ateo en religion, partidario del gobier-

no de la fuerza bajo la forma monárquica absoluta, dice:

«La naturaleza ha dado á cada cual derecho sobre todas las cosas. Pero en la práctica ese derecho á todas las cosas, concedido á todo el mundo, equivaldria á cero, pues la competencia universal no permite á nadie que se apropie todo. De aquí la guerra, en la cual consiste el estado de la naturaleza.»

Hobbes en sus doctrinas parte de que el hombre es por naturaleza hostil á sus semejantes, y en su consecuencia deduce que la guerra es el estado natural del género humano, siendo combatido por numerosos adversarios.

⁂

Jorge Guillermo Federico Hegel, en el tomo primero de su notable *Lógica*, dice lo siguiente:

«En la naturaleza todo es contradiccion y lucha, y no podria concebirse un sér, desde el oscuro insecto que se arrastra por la superficie de la tierra, hasta las grandes masas que flotan en el espacio, que pudiera existir sin la presencia de elementos, tendencias y fuerzas opuestas.»

El filósofo aleman, jefe de la escuela idealista que lleva su apellido, el que proclama la identidad del pensamiento y del sér, del objetivo y del subgetivo, considera la guerra como «el resultado natural, necesario, legítimo de la encarnacion superior de la idea en una nacion respecto á otra; la accion inevitable, legítima y como omnipotente del pueblo que se adelanta y se sobrepone á otro pueblo por el solo hecho

de representar un momento superior de la ciencia y de la verdad, una evolucion ascendente de la idea.»

*
* *

El saboyano y católico conde de Maistre se explica de la siguiente manera al ocuparse de la guerra:

«Es, pues, divina la guerra, porque es una ley del mundo; es divina por sus consecuencias de órden superior, tanto generales como particulares; consecuencias poco conocidas porque son poco buscadas, pero no por ello ménos ciertas. ¿Quién podria dudar que la muerte en los campos de batalla tiene grandes privilegios? ¿Quién podria creer que las víctimas de este espantoso juicio derraman en vano su sangre? No es conveniente insistir sobre estos puntos en un siglo puramente físico; pero

fijemos nuestros ojos en el mundo invisible, que de todo nos dará explicaciones.

»La guerra es divina en la misteriosa gloria que la circunda y en sus irresistibles atractivos. Divina es en la proteccion concedida á los grandes capitanes, que por más osados que sean rara vez son heridos en las batallas, y cuando su fama no puede aumentarse es que su mision está cumplida. Divina por el modo con que se declara.

»Divina es la guerra en sus resultados, que se sustraen absolutamente á las especulaciones de la razon humana, pues pueden ser totalmente diferentes entre dos naciones, áun cuando la accion de la guerra se haya manifestado igual por una y otra parte.»

Sienta tambien que el arte de la guerra, lejos de degradar al que lo ejerce, lo perfecciona; añade que prefiere el buen sentido militar á las largas explicaciones de los

hombres de negocios, y su doctrina es la opuesta á los partidarios de la paz eterna. Para Maistre la sangre humana ha de correr forzosamente, sin interrupcion, sobre el globo; la guerra es una expiacion, un medio de purificacion, y la paz no es más que un descanso. Sus teorías han tenido, como las de Hobbes, multitud de impugnadores, segun sucede á todas las escuelas, no faltando entre aquellos algun distinguido escritor español.

***

Juan Pedro Ancillon, eclesiástico, de familia calvinista, nacido en Berlin en 1766, ministro de Prusia, y en 1806 encargado de la educacion del príncipe real, expuso en su *Cuadro de las revoluciones del sistema político en Europa*:

«La fuerza es la garantía necesaria del

derecho: sin ella éste no es más que un nombre vano, un verdadero fantasma. Esa fuerza no existe más que en el órden social y para el órden social, ó mejor dicho, lo constituye. No es la moralidad de los hombres la que puede remediar el abuso que hagan de sus propios medios; no es esa misma moralidad la que deja su predominio al derecho y la justicia; la existencia del poder público es quien produce tan bello efecto.

La paz trae la opulencia, la opulencia multiplica los placeres de los sentidos y la costumbre de esos placeres produce la molicie y el egoismo. La guerra y las desgracias que lleva consigo engendran virtudes varoniles y fuertes; sin ella, el valor, la paciencia, la firmeza, el sacrificio y el desprecio á la muerte desaparecerian de la tierra.»

La fuerza, segun Ancillon, es la sancion

del derecho y de la justicia: ministro de paz, no por eso deja de comprender la guerra como necesaria para la conservacion de grandes virtudes.

*
* *

En 1861 se publicó la tercera edicion de una notable obra titulada *La guerra y la paz*, escrita por Pedro José Proudhon, el cual se expresa de este modo en el último capítulo del segundo tomo que lleva por epígrafe *Conclusiones generales*:

«La guerra es el fenómeno más profundo y más sublime de nuestra vida moral. Nada puede comparársele, ni la imponente celebracion del culto, ni los actos del poder soberano, ni las creaciones gigantescas de la industria. En las armonías de la naturaleza y de la humanidad la guerra produce la nota más fuerte; obra sobre el alma

como el estallido del trueno, como la voz del huracan. Conjunto de génio y audacia, de poesía y pasion, de suprema justicia y trágico heroismo, áun despues del análisis que hemos hecho de ellá y de las censuras dirigidas á la misma su majestad nos admira, y cuanto más la consideramos más palpita el corazon por efecto del entusiasmo. La guerra, en la cual una falsa filosofía, una filantropía más falsa aún nos la muestra como plaga terrible, como la explosion de innata maldad y manifestacion de la cólera celeste, es la expresion más incorruptible de nuestra conciencia, el acto que en definitiva, y á pesar de la influencia impura, de la cual participa, nos honra más ante la creacion y ante el Eterno.»

La guerra, para el socialista y economista Proudhon, además de participar de la naturaleza del fenómeno, es considerada

como hecho divino, como revelacion religiosa, de la justicia, del ideal y como disciplina de la humanidad. El derecho real de la fuerza y el derecho real de la guerra son, segun su criterio, incuestionables.

* * *

El conde Portalis—cita que tomamos del anterior—se expresa en el mismo sentido que Ancillon.

«Resultado inevitable del juego de las pasiones humanas en sus relaciones con los pueblos entre sí, la guerra, segun los designios de la Providencia, es un agente poderoso del cual se vale la última, unas veces como instrumento opresor, otras como medio reparador. La guerra funda y destruye sucesivamente (cual el Jehová del *Deuteronómio*), arrasa y levanta los Estados. En ocasiones se presenta fecunda por

sus calamidades ó por sus beneficios, retardando, interrumpiendo ó acelerando el progreso ó el retroceso; imprime á la civilizacion que nace, á la que se eclipsa ó aparece de nuevo para morir otra vez, ese movimiento fatídico, el cual alternativamente pone en accion todas las fuerzas y facultades de la naturaleza humana, por la cual se suceden y se miden la duracion de los imperios y la prosperidad de las naciones.»

Niega la divinidad de la guerra, y sin embargo, la cree providencial y destinada á desenvolver en gran parte nuestras facultades y sentimientos.

*
* *

Los nombres citados hasta aquí, pertenecientes á partidarios de principios opuestos y defensores al propio tiempo de distintas escuelas, vienen por diferentes senderos

á concurrir al mismo punto. Fenomenal, providencial, ley del mundo espiritual, estado natural, normal ó social, llámese como se quiera, la guerra es considerada como necesaria é invencible por hombres de profundos conocimientos, que emplearon en investigar gran parte de su vida y que fueron completamente agenos á la profesion de las armas.

CAPÍTULO II.

Lafuente.—Cantú.—Laurent.—Guizot.

La opinion de los historiadores es importantísima en esta materia, pues nadie mejor que los que se colocan en el nacimiento de los pueblos y van siguiendo las trasformaciones sucesivas que se han operado hasta llegar á la época actual pueden formar conjeturas respecto á lo que vendrá. El historiador que no se limita á narrar los sucesos, sino que los analiza, investiga las causas y fotografía, digámoslo así, cada época con sus ideas, sus creencias, sus costumbres y sus hombres, aunque no pueda leer en el porvenir, tiene la base princi-

pal para formular deducciones. Oigamos, pues, á los que buscando la relacion de un siglo con otro, examinando los puntos en que se semejan ó difieren y eslabonando las tendencias y los hechos, nos refieren la historia de un pueblo ó la más extensa y complicada de la humanidad en general.

*
* *

Lafuente, el más notable de nuestros historiadores contemporáneos, es el primero á quien vamos á escuchar en el brillante discurso preliminar que precede á su *Historia general de España.*

Al explicar que la vida universal del mundo se alimenta de la de otros pueblos, y cómo se rejuvenece y desenvuelve la humanidad, dice así:

«Levántase á veces un génio exterminador, y el mundo presencia el espectáculo

de un pueblo que sucumbe á sus golpes destructores; pero de esta catástrofe viene á resultar, ó la libertad de otros pueblos, ó el descubrimiento de una verdad fecundante, ó la conquista de una idea que aprovecha á la masa comun del género humano. A veces una creencia que parece contar con escaso número de seguidores, triunfa de grandes masas y de poderes formidables. Y es que, cuando suena la hora de la oportunidad, la Providencia pone la fuerza á la órden del derecho y dispone los hechos para el triunfo de las ideas. A veces pueblos, sociedades, formas, suelen desaparecer á los sentidos externos, y es que la vida social ha alcanzado bajo nuevas formas y en nuevas alianzas el siguiente períodc de su desarrollo, y nuevas generaciones van á funcionar con más robusta vida en el mismo teatro en que otras perecieron.»

Más adelante, hablando del destino es-

pecial de esta Península y del carácter del pueblo español, se expresa de este modo:

«Y no obstante, cuando este país, habitualmente inactivo, rompe su natural moderacion, y rebosando vida y robustez se desborda con un arranque de impetuosidad desusada, entonces domina y sujeta otros pueblos sin que baste nada á resistirle, descubre y conquista mundos, aterra, admira, civiliza á su vez para volver á encerrarse en sus antiguos límites, como los rios que vuelven á su cauce despues de haber fecundado en su desbordamiento dilatadas campiñas.»

Ocupándose de la caida del politeismo y de la expiacion de la Roma pagana y afeminada, escribe los dos párrafos siguientes:

«La ciudad de los Césares ha sucumbido, se acabaron sus héroes, y sus divinidades han sido hechas pedazos. El génio de la barbarie se enseño.ea de la que fué cen-

tro de una civilizacion de bacanales y de asiáticos deleites. ¿Quién ha guiado al instrumento de destruccion? El mismo Alarico lo reveló sin saberlo. Siento dentro de mí, decia el godo, una voz secreta que me grita: «marcha y ve á destruir á Roma» Era la voz de la Providencia: Alarico la sentia, pero el bárbaro no sabia su nombre.

»¿Y qué significa la conducta de Alarico con los cristianos en Roma? Él saquea, mata, derriba los ídolos, pero respeta los templos cristianos, perdona á los que buscan en ellos un asilo, é interrumpe el saqueo para llevar en procesion las reliquias de un mártir. Es que Alarico y sus hordas traen una mision más alta que la de destruir. Es el génio del cristianismo que se anuncia como el futuro dominador del mundo, y que ha de asentar su trono allí mismo donde le tuvo la proscrita dominacion pagana. Por eso estuvieron los godos tantos años en

contacto con el imperio; porque era menester que cuando destruyeran los que estaban llamados á conquistar, vinieran ya ellos conquistados por la idea religiosa. Por eso la Providencia habia dispuesto que los primeros invasores de la Europa meridional y occidental fueran los godos, los ménos bárbaros de aquellas tribus salvajes, y los más dispuestos á recibir un principio civilizador. Ya se columbran las ideas que regirán al mundo en los tiempos venideros. Ellos traen además el sentimiento de la libertad individual, desconocido en las antiguas sociedades, y que será el elemento principal de progreso en las sociedades que van á nacer.»

Lafuente, por fin, admitiendo con Bossuet «la progresiva tendencia de la humanidad hácia su perfeccionamiento,» nos muestra que nacimos luchando y que, desde los tiempos más remotos, las grandes

trasformaciones humanas no han sobrevenido sino á través de gigantescas luchas, las cuales considera como altos designios de la Providencia.



César Cantú, autor de la *Historia Universal*, traducida del italiano por Fernandez Cuesta, dedica gran parte del octavo tomo á tratar de la guerra.

Principia diciendo que la guerra «procede en armonía con los demás elementos sociales,» y que «la proteccion de la guerra es necesaria para cultivar las demás artes.»

«La justicia misma nada vale si no está apoyada por las armas, con las cuales se pronuncian decretos más decisivos. Entre una batalla que se pierde y otra en que se vence, están los imperios, decia Napoleon la víspera de la de Leipzig. La guerra,

aunque horrible en sus particularidades, puede ser noble en su fin y de gran valor en sus resultados. Thiers dice sábiamente que cuando está reducida á una ejecucion puramente mecánica, dirigida á rechazar ó matar á los enemigos, no es digna de la historia; pero cuando se ve en ella una masa de hombres puestos en movimiento para un solo y vasto pensamiento, que se desarrolla entre el fragor de las armas con tanta exactitud como las operaciones de Newton ó Descartes en el silencio del gabinete, entonces es un espectáculo digno del filósofo, del hombre de Estado, del guerrero. Y si esta fusion de la muchedumbre en un solo indivíduo lleva la fuerza á su más alto grado, dirigiéndola á combatir por elevados intereses, entonces llega á ser tan moral, como digna de gloria, porque si bien es verdad que la fuerza ha usurpado muchas veces el nombre de derecho, sembrado la

injusticia y traido la servidumbre, tambien dicen todas las historias que la humanidad no triunfa sino apoyándose en la victoria.»

Desconfia de los congresos de la concordia universal, á los cuales dedica estas palabras:

«Dos escuelas notabilísimas de nuestros dias, llamadas despues Congresos, han proclamado el tiempo en que ya no existirán los ejércitos, porque la conocida utilidad del comercio y de los intereses materiales habrá enseñado á los hombres y á los Gobiernos la necesidad de la paz, reduciéndose los ejércitos á tropas de industriales que irán á lejanos países para ejecutar inmensos trabajos, cortar los istmos de Suez y Panamá, enderezar el cauce de los rios, poner en comunicacion los lagos, explotar minas y desecar pantanos, á fin de que toda la faz de la tierra sea productiva para proporcionar mayores ventajas al género hu-

mano. ¡Alegres ilusiones, como las del que intentare adivinar el tiempo en que las naves no necesitaran tantas velas, porque sólo soplarán ya en horas fijas el céfiro y el noto!»

En el *epílogo* manifiesta que «la guerra no es el estado natural del hombre; pero las pasiones en su extravío no tardaron en producirla,» y finalmente, Cantú halla muy lejanos los tiempos en que las guerras hayan de abolirse y en que la felicidad de cada uno se acuerde con la felicidad de todos.



En la actualidad se está publicando una interesantísima obra titulada *Estudios sobre la historia de la humanidad*, por F. Laurent, profesor de la Universidad de Gante, traducida al castellano por Lizarra-

ga, y del capítulo segundo del tomo primero copiamos lo siguiente:

«La guerra no es ya un instrumento de progreso entre los pueblos civilizados: ¿quiere esto decir que debemos rechazarla y proscribirla como un crímen? Eminentes pensadores lo han creido así; inspirándose en las creencias cristianas han vituperado la guerra, en nombre de la fraternidad y de la caridad predicadas por Jesucristo. Es verdad que, si se trata de dar una significacion política á la predicacion de la buena nueva, presenta como ideal la paz. Bajo este punto de vista ha considerado la cuestion el gran poeta de la Edad Media, el Dante, y tal es tambien la doctrina de un filósofo cristiano del siglo pasado, Leibnitz. Por nuestra parte creemos que hay exceso y exageracion en la escuela de la paz lo mismo que en la de la guerra. Ni la paz es el bien absoluto, ni la guerra es el mal ab-

soluto. La paz es ciertamente el estado natural de las sociedades, pero no es más que una de las condiciones de la asociacion humana, es decir, un medio; no debemos ver en ella el fin supremo de nuestros esfuerzos. Por realizar la paz á todo trance, formuló Hòbbes la teoría del despotismo; y la teoría de Dante y de Leibnitz viene á parar lógicamente al mismo resultado, porque es idéntica con la monarquía universal, la cual seria la muerte de la libertad. Si la paz no es un ideal, la guerra no puede ser un crímen. La guerra á su vez tampoco es más que un medio y este medio puede ser legítimo. Todos los dias en el interior de los Estados se usa de la fuerza para la realizacion del derecho, y nadie ha dudado de la legitimidad de su empleo. Pues tambien es legítima en los campos de batalla cuando sirve de arma á la libertad y á la independencia de las naciones.»

Laurent, sin embargo de admitir la guerra como medio legítimo en ciertos casos, combate enérgicamente el derecho de la fuerza y supone cesarán las guerras «en el límite extremo del perfeccionamiento del género humano.» Respetamos la opinion de tan eminente historiador, y á pesar de que hasta ahora, en lo que hemos leido de su obra, no hemos visto más que una lucha constante en todos los tiempos y en todos los pueblos, no extrañamos que el qne toma á su cargo relatar multitud de episodios sangrientos se conduela de no encontrar el fin de tantos dolores y confie en un porvenir más venturoso.

*
* *

Guizot, autor de la *Historia de la civilizacion en Europa*, hablando de las civilizaciones que la han precedido dice:

«La lucha se ha reproducido á veces en el trascurso de los pueblos; pero casi siempre se ha terminado muy pronto, porque una de las fuerzas que se disputaban el imperio se ha hecho luego superior, y tomado sola posesion de la sociedad. La guerra acaba siempre por la dominacion, si no exclusiva, á lo ménos muy preponderante de algun principio especial. La coexistencia y el combate de principios diversos no fueron en la historia de estos pueblos (los antiguos) más que una crísis pasajera ó accidental.»

Entrando ya en la civilizacion de Europa, se expresa de este modo:

«En las ideas y los sentimientos de Europa hay la misma variedad y la misma lucha: porque las creencias teocráticas,

monárquicas, aristocráticas y populares se cruzan, se combaten, se limitan y se modifican. Abrid los escritos más atrevidos de la Edad Media y jamás vereis seguida en ellos una idea hasta sus últimas consecuencias. Los partidarios del poder absoluto retroceden de repente y sin saberlo á la vista de los resultados de su doctrina, y se advierte que en derredor suyo hay ideas é influencias que los contienen y les impide llegar al cabo. Los demócratas están sujetos á la misma ley, y en ninguna parte se halla atrevimiento imperturbable ni aquella ceguedad de lógica que sobresale en las civilizaciones antiguas. Los sentimientos ofrecen los mismos contrastes y la misma variedad; un deseo de independencia muy enérgico al lado de una gran facilidad de sumision, una rara fidelidad del hombre al hombre, y al mismo tiempo una necesidad imperiosa de hacer cada uno su voluntad,

de sacudir todo freno y de vivir solo sin alterarse por nada. Las almas son tan diversas y se hallan tan agitadas como la misma sociedad.»

Dirigiendo sus miradas sobre el mundo en general y sobre el curso ordinario de las cosas terrestres dice:

«¿Cuál es su carácter?¿Cómo va el mundo? Va precisamente con esta diversidad de elementos y hecho presa de esa lucha constante que notamos en la civilizacion europea. Con toda evidencia á ningun principio ni organizacion particular, ni idea, ni fuerza esencial le ha sido dado apoderarse del mundo, modelarle una vez por todas, arrojar de él toda otra tendencia; porque las fuerzas, los principios y los sistemas diversos se mezclan, se limitan y luchan sin cesar, alternativamente dominantes ó dominados, pero nunca completamente vencidos ni vencedores. El estado general del mundo es la

diversidad de las formas, las ideas y los principios, y sus combates y esfuerzos hácia una cierta unidad y un cierto ideal, que quizás no le logrará jamás, pero al cual tiende la especie humana por la libertad y el trabajo. La civilizacion europea es pues la fiel imágen del mundo, y cual el curso ordinario de las cosas, no es limitada, exclusiva ni estacionaria.»

Distintas creencias, nuevas ideas, sentimientos varios, diversas almas, agitacion y lucha interminable en las sociedades y en los hombres que las forman, es lo que deducimos de las palabras de Guizot.



Los cuatro historiadores de que nos hemos ocupado refiérense uno á la historia pátria, otro á la universal, el tercero á la humanidad y el cuarto á la marcha general

de la civilizacion. Con diferentes tendencias y objetivos, protestando de unos hechos, aplaudiendo otros, el alma de sus obras es la guerra, siendo de creer que lo mismo suceda á las historias de las futuras generaciones.

CAPÍTULO III.

Guibert. — Carrion-Nisas. — Jomini. — Marmont.— Reocquancourt.—Pierre.—Clonard.—Blanc.—Villamartin.—Sanchez Osorio.—Almirante.—Lecomte.— Rustow.—Vial.

Desconocemos las obras de escritores militares que pueda haber dedicadas exclusivamente á tratar del asunto que nos ocupa; pero como la mayor parte de los que han escrito sobre la *ciencia de la guerra* han emitido sus ideas sobre el particular, expondremos á continuacion las de algunos de ellos.

⁂

La primera obra que tenemos á la mano se titula *Del estado actual de la política y de la ciencia militar en Europa*; pertenece

al general francés Guibert, escritor militar del siglo pasado y hábil táctico partidario del órden delgado, como Folard lo era del profundo. Dice en el cap. II de su ya citáda obra:

«Es triste reconocer que el primer arte inventado por los hombres ha sido el de matarse, y que despues del comienzo de los siglos se han combinado más medios para destruir la humanidad que para hacerla dichosa. Es, sin embargo, una verdad bien probada por la historia.»

*
* *

Carrion-Nisas, en su *Estudio sobre la historia general del arte militar*, manifiesta:

«Parece, sobre todo, cuando la palabra filosofía se une á la de guerra, que da á conocer casi exclusivamente esas quejas, á menudo expresadas con elocuencia, contra

las calamidades que nadie que sea sensato ha imaginado nunca desvirtuar; que la ciencia puede modificar estas dulcificándolas, áun cuando, por desgracia, ningun poder humano seria capaz de evitarlas.»



Jomini, al tratar *De las grandes operaciones militares*, expone que es tiempo de que los gabinetes acudan á las ideas más generosas para que la sangre sólo corra en adelante por los grandes intereses del mundo, y concluye:

«Si este voto, verdaderamente europeo, debe colocarse al lado de los hermosos decretos sobre la paz perpétua, deploremos las pequeñas pasiones y los intereses que tienen las naciones ilustradas á degollarse más inhumanamente que los bárbaros; deploremos estos progresos de las artes y de

las ciencias morales y políticas que, lejos de conducirnos al perfeccionamiento del estado social, parece nos destinan á ver de nuevo los siglos de los hunnos, de los vándalos y de los tártaros.»

Por eso precisamente, por si se renovasen los tiempos que cita Jomini, las naciones deben vivir alerta si no quieren dejarse sorprender inocentemente.



Del *Espíritu de las instituciones militares*, por el mariscal Marmont, libro traducido por A. G. de la Gándara, copiamos lo siguiente:

«Está en nuestra naturaleza el buscar y amar las emociones; la idea del peligro nos place, aunque hay pocos hombres que no se sientan alterados en el momento en que nos amenaza; pero hay necesidad de

compararse con los demás. La emulacion nos es natural, no hay uno que no quiera creerse y verse superior á sus semejantes. Tal es el móvil en virtud del cual el instinto de la conservacion cede su puesto á los nobles rasgos del valor.»



Rocquancourt, autor del *Curso completo de arte y de historia militares*, empieza la introduccion á su obra diciendo:

«Cuando las naciones no pueden dirimir sus contiendas por medio de negociaciones, apelan á la guerra que es la razon del más fuerte.

»La guerra es un mal necesario de las sociedades que, parecido á ciertas dolencias físicas, suspende momentáneamente sus efectos para brotar con nuevo furor de un gérmen que sin cesar fermenta. Por eso en

todos tiempos y no sin razon, tuvieron los Gobiernos muy especial cuidado en crear ó perfeccionar los medios de oponer la fuerza á la fuerza.

»¿Pudiera darse á las sociedades una forma de gobierno tal, que fueran ménos frecuentes las contiendas de los pueblos entre sí? La índole puramente militar y el limitado cuadro de nuestras lecciones no nos permiten examinar cuestion tan delicada y compleja, que sólo á los hombres de Estado y publicistas es dado discutir; pero no será inoportuno hacer notar que la guerra se irá haciendo de dia en dia objeto de más graves consideraciones, y que se abusará tanto ménos de este remedio, cuanto mejor se vayan apreciando sus efectos y consecuencias.»

Convenimos con Rocquancourt en que la índole de su libro no le permita examinar la cuestion que plantea; pero no lo estamos

en que sólo á los hombres de Estado les sea dado discutirla. La mayoría de la humanidad no puede renunciar al derecho de discutir lo que más le interesa, reservándoselo á un limitado número de hombres por razon del puesto que ocupan ó de la profesion que ejercen. La discusion de ciertos problemas pertenece á todos los hombres.

***

M. de la Pierre, en sus *Elementos sencillos del arte militar*, traducidos por Llorente, consigna:

«Para el hombre que juzga sin pasion y considera los acontecimientos humanos desde un punto de vista más elevado, para aquel cuya inteligencia vasta y poderosa abraza de una manera sintética la historia del género humano sin analizar los detalles,

la guerra, lejos de ser realmente un mal, una maldicion, como generalmente se la califica, ha sido siempre uno de los elementos más necesarios, tanto de la sociedad pagana como de la que Jesucristo ha fundado.»



En la *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería española*, publicada por el conde de Clonard, hallamos este párrafo:

«Generaciones arrancadas de repente de su situacion primitiva, dislocadas é impelidas por necesidades físicas ó por pasiones turbulentas, se han precipitado sobre otros pueblos que cultivaban las artes, al amparo de una constitucion civil; y por una inconsecuencia bien extraña, queriendo extenderse y multiplicarse sólo han pensado en

talar y destruir. Los ofendidos rechazaron con la entereza posible estos ataques injustos, y de esta série de choques nació el estado de la guerra, estado que algunos filósofos han presentado como el único natural.»



El italiano Blanc, al considerar *La ciencia militar en sus relaciones con las demás ciencias y el estado social*, opina, respecto á la guerra, que «es un efecto natural de la condicion humana, y por tanto no incompatible con ella; pues por este medio se revelan ciertas virtudes ocultas.»



Villamartin, á quien apenas habrá militares españoles que no conozcan por sus *Nociones de arte militar*, explicando la razon de ser de la guerra, concluye con el elocuente período que trascribimos á continuacion:

«La guerra, por consiguiente, es una de las manifestaciones de esa ley á que está sujeta la Creacion. Cuanto más elevado es un sér, mayor es su poder destructor y su necesidad de destruir para vivir; el aire que respiramos, el agua que bebemos, cada paso que damos en el mundo cuesta la vida á multitud de séres; si fuera posible que existiera uno solo indestructible, el equilibrio de la naturaleza se perderia porque ese sér acabaria por absorber en sí todas las moléculas del universo; para sostener ese equilibrio están las tempestades del cielo, las luchas de todos

los séres y las guerras de los hombres.

»Véase pues cómo la guerra no es un hecho social sino natural, condicion fisiológica del hombre.»

*
* *

De *La Profesion Militar,* escrita por el mariscal de campo Sanchez Osorio, copiaremos otro párrafo interesante:

«La lucha nació desde el momento que la omnipotente mano del Hacedor Supremo imprimió movimiento á la materia primitiva que engendró al universo, sujetándola á la fuerza de atraccion mútua. La destruccion que por doquier dirijamos la vista hemos de descubrir forzosamente no representa otra cosa que el resultado de la lid, la cual es precisa para la existencia misma de cuanto hay creado. Estúdiese la naturaleza,

y se sabrá que los séres, desde el más diminuto de la tierra, visible sólo con fuertes lentes microscópicos, hasta el sol que nos vivifica, y que es el cuerpo celeste de mayor magnitud en nuestro sistema planetario, obedecen á la ley universal que impuso Dios: de no verificarse así, seria por completo absorbido todo por la constante accion de uno de los elementos que fueran excluidos de ser á su vez impulsados hácia los demás. Por poco que se hojeen obras elementales de Historia natural, bien pronto se descubrirá tal verdad: se tendrá conviccion de que luchando germinaron todos los séres organizados, y que la vida sostiene una lid sin tregua con la muerte para que domine el equilibrio en todo.»

*
* *

El brigadier Almirante, en su *Diccionario militar*, al ocuparse de la palabra *guerra*, se expresa de este modo:

«Si se acepta, con el inglés Hobbes y el francés Proudhon, que la guerra es el estado primordial del género humano, ó con el español Villamartin, que no es un hecho social, sino natural, una condicion fisiológica del hombre; ó, en fin, que el estado de paz es un simple armisticio; inútiles parecen, por lo cándidos, los esfuerzos para evitarla ó suprimirla, ya provengan de la buena intencion del abate Saint-Pierre, ya de la gárrula inquietud, del afan de singularidad y paradoja del inagotable Emile de Girardin. Parece más práctico, lejos de apartar de la vista de los pueblos, como si fueran niños ó mujeres nerviosas, la imágen, el recuerdo, el estudio de la guerra, hacerla entrar, por el contrario, en las ideas y en los

hábitos; dejarla discutir en los comicios y asambleas; popularizar sus prácticas, sus ejercicios, su fácil teoría y tecnicismo.»

∴

Lecomte, coronel federal suizo, autor entre otras obras de unos *Estudios de historia militar*, expresa en los mismos:

«La guerra no tiene necesidad de ser largamente definida. Es la lucha más ó ménos ordenada entre dos masas de hombres armados; es la *ultima ratio*, el tribunal supremo de justicia, no solamente de los reyes, sino tambien de los pueblos; es la última instancia de los procesos entre las naciones; es el orígen y la sancion suprema de todo derecho, apesar de los congresos de la paz que causan tanto ruido desde hace algunos años. La guerra existe en el mundo desde la creacion, y existirá sin

duda, sea con un nombre ó con otro, en tanto que existan dos hombres.»



El malogrado Rustow, en su libro *La educacion militar*, que nos ha dado á conocer en nuestro idioma la *Biblioteca Militar*, hablando de la paz perpétua, dice:

«Lejos de nosotros suponer que ese hermoso sueño no sea realizable: basta reconocer la progresiva perfeccion de la raza humana. No obstante y por el momento, hemos de contentarnos con los nobles, aunque poco eficaces esfuerzos que tienden á tan elevado fin. Admiremos la confianza y los sacrificios sublimes de cuantos hombres trabajan por unir en lazo de amor la humanidad entera, apagando bajo sus piés los blandones de la discordia que arden en el seno de cada nacion y en las fronteras que

les sirven de valla. Pero, por otra parte, aparecen como ridículos tan nobles esfuerzos en virtud de la excesiva desproporcion entre el inmenso fin que se persigue y los exíguos medios que se emplean, pues aparecen en este asunto un puñado de almas generosas que se proponen dar cima en un solo dia á la obra en que la humanidad entera viene trabajando, en vano, desde hace muchos siglos.»

En la pág. 35, refiriéndose á la realizacion de la paz, expresa:

«Pero su realizacion no daria otros resultados que matar la vida propia de los pueblos: la paz perpétua seria la paz de los sepulcros. Cuéntase que Leibnitz, leyendo la obra del abate Saint-Pierre sobre la paz perpétua, se acordó de esta inscripcion que habia visto sobre la puerta de un cementerio: *Pax perpetua.*»

No niega completamente este ilustrado

escritor militar que pueda realizarse el hecho de la paz «en un tiempo dado, cuyo fin no puede ser previsto,» calificándola al propio tiempo de *hermoso sueño.*



Del *Curso de arte é historia militares*, por Vial, teniente coronel de estado mayor del ejército francés, tomamos los siguientes párrafos:

«El derecho de gentes, interpretado por la diplomacia, arregla las relaciones entre los Estados, lo mismo que el derecho civil, interpretado por la jurisprudencia, arregla las relaciones entre los indivíduos. Pero algunas veces el uno y el otro son impotentes para arreglar ciertas diferencias: el derecho no basta y se apela á la fuerza; los particulares se baten en duelo y las naciones se hacen la guerra.

»La vida de los Estados, dice Montesquieu, es como la de los hombres. Estos tienen el derecho de matar en el caso de defensa natural; aquellos tienen el derecho de hacer la guerra para la propia conservacion.

»Se ha definido la guerra como un duelo en grande escala. Un duelo es, en efecto, una lucha entre dos indivíduos. La guerra es una lucha entre dos pueblos.»

Hé aquí al afamado autor del *Espíritu de las leyes*, y á un distinguido militar conviniendo en los casos en que es lícito hacer uso de la guerra. Empleada para la defensa y para que se cumpla el derecho, Montesquieu la considera legítima y nosotros, entonces, la hallamos tan natural que sólo comprendemos no se defiendan los hombres y las naciones cuando el pánico se haya apoderado de los primeros y las segundas estén dispuestas á dejar de serlo.

CAPÍTULO IV.

Oradores del Ateneo militar español.—Negrin.—Estévanez.—Verdes Montenegro.—Cotarelo.—Madariaga.—Vidart.—Becerra.—La Iglesia.—Navarrete.

Despues de haber citado ese corto número de autores militares nos proponiamos concluir el trabajo investigador; mas en la confianza de que nuestros lectores lo verán con gusto daremos á conocer los discursos que, relacionándose con el fin del presente libro, fueron pronunciados ó leidos en el extinguido Ateneo militar.

***

Las primeras conferencias que hallamos en uno de los dos tomos publicados por di-

cha corporacion pertenecen al comisario de la armada D. Ignacio Negrin, y de la segunda de ellas, titulada *El corso como instrumento de guerra marítima*, copiamos el siguiente párrafo:

«Por la fuerza de las armas, por la guerra, esa *ultima ratio*, que viene á ser, en tales circunstancias, la sancion terrible, el Código penal todo entero de la justicia internacional, de la ley de las naciones. Y, bajo este aspecto considerada, no temo asegurar con Hautefeuille, que la guerra, rechazada por la humanidad, á quien sin embargo protege, medio bárbaro si se quiere, pero sin el cual la civilizacion pereceria, lucha colosal y misteriosa, gérmen tal vez de extraviadas pasiones, pero tambien de grandes y generosos instintos; que la guerra repito, es de derecho natural, que emana de la ley primitiva, y que toda guerra *necesaria* y *justa* es, no solamente un acto

legítimo y permitido, sino mucho más aún, el cumplimiento de un deber, porque las naciones, como los indivíduos, lo tienen perfecto para atender á su propia conservacion, como he dicho antes, rechazando la fuerza con la fuerza. Yo no conozco definicion más sublime del derecho de la guerra que la de Tito Livio: *Justum es bellum, quibus necesarium est; pia arma, quibus nulla nisi in armis relinquitur spes.* La guerra es justa cuando no hay otra esperanza de salvacion que las armas.»

Negrin, como vemos, al tratar del corso como instrumento de guerra, se ocupa ante todo del orígen de ella y considera el derecho de la fuerza como emanacion del natural.

*
* *

Estévanez, ex-capitan de infantería y ex-ministro de la Guerra durante un breve período de la república, pronunció un discurso titulado *La guerra del porvenir*, proponiéndose desarrollar el tema de si existirá la guerra mientras exista el mundo, viniendo á deducir «que si la guerra no ha de durar tanto tiempo, subsistirá á lo ménos mientras la raza humana no se modifique, mientras la humanidad se deje dominar por las pasiones, mientras el hombre no alcance un grado de perfeccion del que por desgracia está muy lejos.»

Refiriéndose á los acuerdos de la diplomacia se expresa de este modo:

«Los hombres de guerra oyen la voz del deber y los sentimientos de la pátria; los diplomáticos no se inspiran jamás en la justicia, sino en la conveniencia de sus Gobiernos ó de sus soberanos, acatando servilmente los preceptos de los poderosos.»

Al concluir dice: «Resulta de todo lo que he manifestado que, á mi juicio, subsistirá la guerra en un prolongado porvenir. De los Congresos nacionales ó internacionales, no sale triunfante la justicia, sino lo que conviene al mayor número: no puede por consiguiente, fiarse la suerte, la vida y la honra de los pueblos á las civiles perfidias de la diplomacia.»

La guerra viene á ser considerada por Estévanez como el único medio para realizar la justicia, y verdaderamente España, cuando ha obtenido justas ventajas y grandezas, no las ha debido á los convenios diplomáticos, sino á sus armas. Cuando ha carecido de fuerza ha salido siempre perdiendo.

***

El comandante de artillería Verdes Montenegro, al explicar los *Adelantos de la artillería desde su orígen hasta nuestros dias*, antes de entrar en el principal objeto de sus conferencias manifiesta que:

«A pesar de las varias civilizaciones que se han propagado por el mundo, no teniendo las naciones tribunal superior que juzgue de sus querellas, se encuentran hoy, como el primer dia de su existencia, en el mismo caso que las individualidades de los hombres salvajes, decidiéndolas solamente por el derecho de la fuerza. Si todos los hombres tuviesen las mismas aspiraciones é intereses, si para todos fuese una la religion y los principios de la moral, no habria motivo justo para los contínuos choques que tienen lugar entre los pueblos; pero cuando tan distintas han sido y son las aspiraciones, intereses y modo de considerar las

cuestiones sociales, no sólo por las naciones sino por los indivíduos de cada una de ellas, estos choques son inevitables, creyendo ambas partes les asiste la justicia. La ambicion, el orgullo, el deseo de engrandecimiento, bien sea de una nacion ó de un hombre, han sido causa de luchas, en las cuales una ó varias de las partes contendientes estaban desprovistas de toda justicia; pero como estas pasiones siguen y seguirán ejerciendo su fatal influencia sobre el género humano, se ve muy remoto el dia feliz en que la guerra desaparezca de la tierra.»

El comandante Verdes, al ocuparse de las armas, empieza por discurrir sobre la guerra, la atribuye á las malas pasiones, y si bien dice que se ve muy remoto el dia en que la guerra desaparezca, que nosotros no vemos como él, da por sentada la necesidad de estar preparados para ella.

El teniente coronel Cotarelo, del arma de infantería, en sus conferencias acerca de *Los caudillos militares de la primera república y del primer imperio, en parangon con los del segundo imperio y tercera república*, se expresa de la siguiente manera:

«Señores, los vicios sociales van cabando poco á poco la fosa de los pueblos, por grandes y altivos que estos sean; hoy se aficionarán al lujo y á todo género de comodidades, mañana harán alarde de un ateismo inconsciente, al otro dia mirarán con absoluta indiferencia el espectáculo del dolor, y no se apresurarán, dominados por el vil egoismo, á enjugar las lágrimas del sufrimiento profundo; y al llegar una hora solemne, al ver la pátria en peligro, al sentir la brutal presion de un ejército invasor embriagado con sus recientes victorias, lejos de sobreponerse dichos pueblos á sus

malas costumbres, buscarán el medio, no lo dudeis, de retener á toda costa su material felicidad, áun cuando haya á veces que prescindir de escrúpulos de vergüenza.»

En donde más aborda el asunto de que nos ocupamos es en el siguiente párrafo de un artículo que escribió en 1871 sobre la guerra:

«Volvemos á repetirlo, terrible es la guerra, funestos en general sus resultados, luto y desolacion sus inevitables consecuencias; pero cada hombre la lleva consigo, porque no puede desprenderse de un corazon que latirá infinidad de veces por el bien y una por su egoismo ó ambicion.»

Hé aquí la guerra explicada con una palabra. Ese latido que siente el hombre unas veces por el bien y otras por el mal causa las luchas entre indivíduos, pueblos y naciones.

Madariaga, capitan de infantería, en-

cargado de pronunciar el discurso conmemorativo en la sesion celebrada el 23 de Abril de 1872, áun cuando se dedica principalmente á la mision que el Ateneo estaba llamado á realizar, emite su opinion filosófica sobre la guerra. Despues de declarar que está muy lejos de ser panegirista de la guerra y de manifestar que desea ver realizado en todas partes el bello ideal de los pueblos cultos, dice:

«Pero la guerra existe. Como á Maquiavelo, todos la atacan, mas todos siguen á este azote de la humanidad, que la misma humanidad provoca; choque de dos corrientes que se encuentran en igual mar, trastornando el curso de las aguas. Pero la guerra existirá, por lo ménos mientras la sociedad no sufra trasformaciones radicales en su esencia y no cambie la constitucion física y moral del hombre. Entonces tal vez no sea necesaria la espada. Entretanto in-

dispensable es hermanar el espíritu militar, que es la fuerza, y el espíritu científico, que es la razon.»

Indudablemente, si de algun modo puede llegarse á la conclusion de las guerras es verificándose lo expuesto por Madariaga. Cambiando la constitucion física y moral del hombre de suerte que no tenga la idea de la guerra, ni el poder de hacerla, ni en ella encuentre resultado alguno lisonjero, de ese modo, *tál vez*, lleguen á no ser necesarias las espadas ni los cañones ni las guerras.

*
* *

Vidart, comandante de artillería, autor de varias obras y vicepresidente que fué del Ateneo militar, se ocupó de los *Principios generales de la ciencia de la guerra*, expli-

cándose de este modo en la introduccion de sus *Estudios*:

«El estado en que vive la sociedad contemporánea es un estado de permanente lucha. Lucha de nacion á nacion, sin más tribunal superior que el triunfo en las batallas; lucha entre los pueblos y sus Gobiernos, que alternativamente toman el nombre de reacciones y revoluciones; lucha de clase á clase, que ya se llama revolucion social; lucha de indivíduo á indivíduo, que el comun sentido histórico pide á veces que se dirima mediante la fuerza en lo que se llama el campo del honor. Guerra internacional, revolucion, reaccion, revolucion social, desafío, hé aquí los tribunales que en última instancia fallan las contiendas que se suscitan entre las naciones, los pueblos y sus Gobiernos, las clases sociales, y así hasta la última determinacion individual del sér humano. Históricamente ha-

blando, aún son verdad las terribles palabras de Hobbes: *Homo hominis lupus.*»

El párrafo trascrito retrata perfectamente el estado actual de la sociedad, constituyendo, segun Vidart, las luchas armadas entre colectividades humanas «un factor permanente de la vida humana.»



Becerra, ex-ministro de Ultramar, hombre civil de ideas políticas avanzadas y entendido en materias militares, honró la cátedra del Ateneo desarrollando en la primera conferencia el precioso tema de la *Organizacion de la fuerza armada en sus relaciones con la civilizacion.* Mucho tendriamos que elogiar en este discurso como en los de los demás señores que hemos citado, y trascribiriamos varios párrafos si no nos hubiésemos propuesto detenernos

en cada uno lo absolutamente preciso y nada más.

«Yo sostengo que la guerra es fenomenal; que durará tanto como la humanidad; que es lo más grande y lo más levantado que hay en el hombre; que es anterior á las religiones y á los Gobiernos; en una palabra, que es divina. Sostengo más: sostengo que es fuente y sello de virtud, y que es el único medio de levantar á sociedades decrépitas, á sociedades corrompidas, que sin la guerra dejarian de existir.

»Un hombre puede ser sábio, puede ser filósofo; pero si el hombre no tiene sentimientos elevados, si no es capaz de ser guerrero y de defender la honra de su familia, ese hombre es incompleto, le falta algo.»

Así consideraba la guerra este orador; con el mismo criterio práctico que Proudhon, como un misterio, como el tiempo y el

espacio, como lo hermoso, lo justo y lo útil, como una forma de nuestra razon, una ley de nuestra alma y una condicion de nuestra existencia.



La Iglesia, comandante de ejército y capitan de la Guardia civil, trató del *Renacimiento del arte de la guerra*, que tambien la guerra tiene sus tiempos de progreso ó de oscurantismo, de cruel ó de humana, de inteligente ó de ignorante, segun el estado de los pueblos, segun el grado de civilizacion y segun que esas masas de hombres dispuestos á la muerte son dirigidas por el génio ó por el nepotismo. Antes de entrar en el fondo del tema que se propone dilucidar expresa así su opinion sobre la guerra:

«La ciencia es fuerza, decia Bacon,

con efecto, nada más cierto. La ciencia, auxiliada por la fuerza, llegará á obtener el imperio del mundo; y lo conservará, no hay que dudarlo, pero siempre sostenida por la fuerza. Que ambas se separen, que dejen de obrar en estrecho y amable consorcio, ¿y qué le quedará á la ciencia? Lo que quedó á los cultos y sábios romanos cuando vieron desmoronarse su vastísimo imperio, bajo la altiva planta de los bárbaros del Norte ¡Lo que quedaba á la culta y civilizada Italia del siglo XVI, cuando se vió convertida en palenque, donde las diferentes naciones de Europa acudian á dirimir sus contiendas!»

Este orador, como los anteriores, se remonta al orígen de la guerra y cree durará mientras el mundo exista.

⁂

El comandante de artillería Navarrete explanó el punto siguiente: *¿Cuándo concluirá la guerra?* Y despues de discurrir sobre los poderes y orígenes de las guerras, deduce que se concluirá la guerra, y termina su discurso diciendo:

«Cuando existan el conocimiento de Dios, la inviolabilidad del derecho y la organizacion del trabajo, cuando sean conocidos, como la teoría del péndulo en la dinámica, el problema del mal y el problema del Gólgota; cuando se vea con claridad por qué dijo Jesús, bendecid á los que os maldigan y orad por los que os persigan y calumnien: entonces se desenredará la madeja y comenzaremos á devanar ordenadamente el hilo: entonces llegaremos al primer grado de perfeccion y el progreso se verificará incesante y armónicamente; entonces será cuando, como ya he dicho en

otra ocasion bien distinta, al describir sus inmensas curvas el mundo de la luz, alumbrará una sola familia, llena de paz y de amor, sobre la superficie de la tierra.»

Tambien, como se ve, hay militares que creen en la futura conclusion de la guerra, y si las expresiones brillantes, si la gala de los adornos constituyese lo verdadero, si no se tratase de un pensamiento que se refiere á una época que ninguno ha visto y de la cual nos separa lo impenetrable del porvenir, la palabra de Navarrete nos seduciria.

*
* *

Pudiéramos tratar de otros discursos que merecen indudablemente tanta atencion como los anteriores, si los expuestos no fuesen suficientes para demostrar que en el ejército, en esa institucion llamada *brazo,*

existen muchos indivíduos que piensan é intentan penetrar en el terreno de la filosofía. Así es como creemos deben empezarse todos los estudios.

De otro modo no será fácil remontarse al orígen de las cosas, ni adelantará todo lo que debe la *ciencia de la guerra*, ni la moral llegará á ser una de sus partes más esenciales. Sólo la gran ciencia facilita los medios para poder marchar con paso ménos incierto á través de las profundas tinieblas que por todas partes nos rodean.

LIBRO QUINTO.

REFLEXIONES ACERCA DE LOS EJÉRCITOS, CONDUCTA QUE DEBE OBSERVARSE EN LA GUERRA. CONCLUSION.

CAPÍTULO PRIMERO.

Resultados que produciria la abolicion de los ejércitos.—La existencia de estos no perjudica al trabajo.—Consideraciones perdidas por la profesion militar.—Repugnancia á la vida guerrera.

Ocupándonos de la guerra, como lo hacemos, es natural que antes de terminar nuestro libro manifestemos algo respecto á los ejércitos. Con frecuencia se oye decir que deben ser abolidos, que son brazos arrancados al trabajo, que la profesion militar va perdiendo en consideraciones y que las sociedades modernas repugnan la vida guerrera, siendo conveniente tener una

idea de la exactitud de semejantes apreciaciones.

***

Precisamente los que creen posible la paz eterna suelen considerar como una de las medidas, á ella conducentes, la abolicion de los ejércitos, y casi es de sentir que Girardin ó cualquiera de los partidarios del desarme general no se hubiesen hallado en posicion de decretarlo para que el mundo les fuese deudor de tan inmenso beneficio.

Antes de que hubiera ejércitos permanentes ocurria que los hombres de carácter belicoso organizaban fuerzas irregulares, sin que hubiera medio de impedírselo: ellos constituian el verdadero poder del Estado, y no era difícil verlos aliados con los enemigos de su pátria, si de ese modo servian á sus intereses. Cuando una tribu, un feu-

do, un pueblo recibia un agravio de otro, ó sin recibirlo, cuando se le antojaba, lanzábase á la guerra, la cual se hacia sin sujecion á ninguna regla ni á ningun principio humanitario. Creados los ejércitos permanentes, desaparecieron las fuerzas parciales para no haber más que la fuerza nacional; el Estado quedó hecho uno, dispuesto siempre á la defensa; las guerras perdieron gran parte de su ferocidad y se reconocieron ciertas leyes, marcando un progreso notable cada uno de estos puntos. Suprimamos ahora los ejércitos nacionales, y por un órden regular volveremos al feudalismo; empezarán las pequeñas partidas, que no tardarán en convertirse en bandas temibles; los estados serán divididos; los pueblos se despeñarán interior y exteriormente, arrojándose unos contra otros, y tendremos de nuevo la guerra sin declaracion, sin causa nacional ni social, la devastacion,

el pillaje, el saqueo, la guerra sin formas y sin freno, la guerra más espantosa y más eterna que nunca.

En nuestro humilde criterio ese seria el resultado de semejante abolicion, y despues de considerar el asunto bajo este aspecto la pluma se nos resiste á llevarlo al mezquino terreno del *salario*, en que lo ha planteado un filósofo muy en boga, pero no exento de apreciaciones equivocadas.

***

No hay argumento á que no apelen los enemigos de los ejércitos: áun cuando abunden los obreros en las ciudades, los campos estén cultivados, se sucedan los inventos industriales y crezca la emigracion en los habitantes de Europa, se dice que los ejércitos son brazos arrancados al trabajo, que se priva de indivíduos útiles á la agricul-

tura y á la industria, y hasta se coloca á la fuerza armada en el número de las clases consumidoras.

Aparte de que nada valdrian las productoras si careciesen de consumidores, los ejércitos sólo pueden llamarse así en el sentido de que consumen su vida asegurando á las tituladas productoras en el pacífico disfrute de sus propiedades y explotaciones.

Compárese lo que sucede en otras partes con lo que pasa en los ejércitos. Mientras todos piden á gritos grandes derechos y pocos deberes, en ellos hay deberes que no tienen derecho equivalente; mientras en las distintas clases sociales reina esa propension á no reconocer freno ni autoridad en nadie, ellos consideran la obediencia debida como principio natural é indiscutible; mientras todos pugnan con ahinco por hacerse ricos, el soldado, el oficial, el jefe, hasta el general viven resignados á ser

eternamente pobres; mientras los ciudadanos, por lo comun, varían de traje cada año, siguiendo las veleidades de la moda, el hombre de armas usa constantemente el uniforme distintivo de su profesion; mientras cada uno es dueño de escoger los manjares con que alimentarse, dentro de los límites de su fortuna, el soldado no puede hacerlo porque sus recursos aisladamente para nada le alcanzarian; mientras todos son dueños de elegir el punto de residencia, el militar no tiene ninguna fija, y por fin, mientras la mayoría de las personas se encierran en el estrecho círculo de la propia conveniencia y lo miran todo bajo el punto de vista de sus intereses particulares, el soldado sacrifica su vida por la tranquilidad y el sosiego de los demás.

En dichas instituciones se educa la juventud proporcionándole muchas veces la primera enseñanza de que carece cuando

ingresa en las filas; se infunden hábitos de respeto y economía; se reprimen las malas inclinaciones y se trabaja por asegurar la independencia y el órden, condiciones indispensables para el desarrollo de la riqueza y para el regular desenvolvimiento del complicado mecanismo social. No son los ejércitos brazos arrancados al trabajo, y sí, por el contrario, deben considerarse como el primero y más robusto apoyo de los brazos que trabajan.

*
* *

La profesion militar, en algunos países, ha perdido ciertamente en consideraciones y áun parece relegada á un puesto subalterno, lo cual depende de un conjunto de circunstancias excepcionales y pasajeras.

La salud pública se altera como la sa-

lud individual, y en este caso el padecimiento alcanza á todas las clases; pero normalizados los tiempos, á la vez que los Estados entran en una marcha regular y ordenada; los ejércitos recobran el prestigio que momentáneamente perdieron.

Las instituciones armadas como las civiles se enaltecen por su objeto y las condiciones de instruccion y conducta de los indivíduos que las componen. Como objeto, los ejércitos nada han perdido de su altísima importancia; la instruccion puede adquirirse tan vasta como la necesitan los que en momentos determinados tienen que ser legisladores y ejercer las funciones más elevadas, y en cuanto á conducta, á la fuerza armada no se le puede pedir que mire con indiferencia la ruina de la pátria, pero tiene la obligacion de guardar profundo respeto á los Gobiernos establecidos y consentidos por el país, y jamás debe

convertirse en instrumento de personales ambiciones.

Sirviendo á un fin grande, procurando valer mucho é inspirándose en sentimientos elevados, la profesion militar tendrá siempre justa estimacion por parte de los buenos ciudadanos y de los Gobiernos juiciosos é ilustrados.



Inútil es que se diga que los ejércitos deben ser abolidos, que son brazos arrancados al trabajo, que la profesion militar ha perdido en consideraciones y que las sociedades modernas repugnan la vida guerrera.

A pesar de la repugnancia, en lo que va de siglo contamos bajo el nombre de campañas del primer imperio la de Italia en 1800, la de Alemania en 1805, la de

Prusia en 1806, la efectuada contra los rusos en 1807, la de nuestra independencia en 1808, la de Austria en 1809, de nuevo en Alemania la de 1813, la de Francia en 1814 y la de Bélgica en 1815. En los últimos años hubo la de Crimea en 1854, la de Italia en 1859, la de los Estados-Unidos en 1862, las de Bohemia é Italia en 1866, la franco-alemana en 1870 y la turco-rusa en 1877. Esto es citando sólo las más principales, no incluyendo las luchas intestinas de cada nacion ni enumerando las huelgas que, cuando van unidas á la violencia, las consideramos como una nueva fase de la guerra revestida de los peores caractéres posibles.

El siglo de las luces lo es tambien del servicio general obligatorio, y en las sociedades actuales todos los ciudadanos se honran perteneciendo á los ejércitos, no estando lejos el dia en que ciertos conoci-

mientos militares compongan parte de la enseñanza elemental.

Rebajar la profesion militar, declamar contra los ejércitos nacionales permanentes y proclamar ideas que no pueden realizarse es un delito contra los pueblos.

Decir á los ciudadanos que arrojen las armas y que no necesitan estar preparados para la guerra es acostumbrarlos á que miren con tibieza la sagrada existencia de la pátria; es proporcionarles lágrimas amargas y dolores sin cuento el dia que se trate de obrar; es aconsejarles que vivan aletargados para despertarlos de su apacible sueño al ruidoso estruendo de los cañones enemigos.

Desdichados aquellos en quienes, llegado el caso, se hayan infiltrado las irrealizables teorías de la paz perpétua, de cuyo corazon se hayan arrancado todos los gérmenes de espíritu militar y repentinamente se le

diga: la pátria está en peligro; preciso es olvidar los halagüeños proyectos que creiais de fácil ejecucion: llegó el momento de despreciar la vida: empuñad los fusiles y aprended su manejo en el combate.

CAPÍTULO II.

Las leyes de la guerra pueden alterarse.—Heridos.—Prisioneros.—Contribuciones y propiedades.—Armas y estratagemas.—La perfeccion de los ejércitos contribuye á que la guerra se modifique en sentido humanitario.

Entre las cuestiones que se desprenden del problema general que encierra la palabra guerra, el relativo á las formas merece ocupar la atencion de los que pertenecemos al ejército. No siempre será posible convenir en ellas, porque esto depende de la conducta que observe el enemigo, de los recursos con que se cuente, de los hombres de que se dispone, de la fé que se tiene en la causa defendida, de la manera de comprender la guerra, y de una multitud de

circunstancias á cual más complejas; mas cuando las tropas combaten animadas del sentimiento del deber, cuando la palabra de quien manda se obedece sin réplica, cuando el caudillo es digno de serlo y cuenta con jefes y oficiales instruidos, mucho se puede conseguir y se consigue, hasta en esos momentos de fascinacion y delirio inevitables en la tragedia de la guerra.

Que las leyes se modifican, sin anular la guerra, está demostrado por las trasformaciones sucesivas de la guerra misma desde los tiempos más antiguos, y hoy que las instituciones armadas constituyen una profesion honrosa, la cual, para su acertado desempeño, requiere conocimientos científicos, que hasta las fuerzas del choque sobre el campo de batalla son dos fuerzas inteligentes, no cabe duda podrán obtenerse mayores y más ventajosas modificaciones.

Hace quince años, en el de 1864, se tomó un acuerdo muy importante respecto á los heridos. Reunido en Ginebra un Congreso internacional donde se hallaron representadas España, Bélgica, Dinamarca, Francia, Italia, Portugal, Prusia, Suiza y otras naciones fué firmado un convenio con objeto de mitigar los males inseparables de la guerra, y mejorar la suerte de los militares heridos en los combates. En dicho tratado se reconocen neutrales las ambulancias y hospitales, así como el personal de sanidad, administracion y clero castrense cuando ejerza sus funciones, y mientras haya heridos que socorrer; se proteje á los habitantes que presten auxilio á los heridos, eximiéndolos de alojamientos y de una parte de las contribuciones de guerra que se impusieren; se establece la obligacion de recoger y cuidar á los heridos ó enfermos,

sea cual fuere la nacion á que pertenezcan, y se dictan otras varias reglas para el mejor cumplimiento de lo pactado.

Posteriormente, se han adherido al anterior convenio Inglaterra, Grecia, Suecia y Noruega, Austria, Turquía y otros países, y en la actualidad el herido, por el mero hecho de estarlo, ya no es un combatiente y sí un hermano desgraciado á quien tenemos el deber de amparar.



Los prisioneros, entre las naciones cultas, dejaron de ser esclavos ó cautivos; se les puede desarmar, retener ó trasladar á paraje seguro; mas desde el momento que el enemigo se rinde y entrega sus armas, deja de hacer la guerra: maltratarlos es un abuso que deshonra al que lo comete:

fusilarlos está calificado de monstruoso asesinato, objeto de la execracion universal.

En las guerras civiles suelen los prisioneros sufrir mayores vejámenes y correr más peligro que en las guerras internacionales, efecto del fanatismo político, del sistema de dichas guerras y de que toman parte en ellas fuerzas irregulares, capitaneadas generalmente por cabecillas que, á falta de otras condiciones, suelen distinguirse por una brutal ferocidad.

Aunque no sabemos que exista sobre este punto convencion alguna entre las potencias, los canjes efectuados en diferentes guerras, y la regla de que los prisioneros recobren la libertad tan pronto como se ha firmado la paz, vienen á constituir un cuerpo de doctrina á que atenernos en este particular.

*
* *

Las contribuciones de guerra impuestas á los países vencidos tuvieron por objeto evitar el pillaje, y en la época actual lo más admitido es que, al terminarse la campaña, la nacion vencida satisfaga á la vencedora una cantidad alzada como indemnizacion de los gastos en la guerra. Es decir, que ordinariamente se procura que el contrario pague las costas del litigio.

Nosotros creemos que, muy especialmente en los pueblos amigos, deben apurarse todos los recursos posibles antes de gravarlos con contribuciones, si bien no desconocemos puede llegar el caso de que sea irremediable apelar á ese extremo. Por virtudes que tenga un ejército, si trascurren los meses y no se le satisfacen los haberes que necesita y le corresponden, concluye por romper los lazos de la disciplina, y faltando este principio fundamental sobrevienen el

robo, el pillaje y siguen otras consecuencias funestas para las tropas y los pueblos. El general que no recibe auxilios del Estado á que pertenece, antes que exponerse á quedar desprestigiado, desobedecido ó derrotado, no debe vacilar en imponer contribuciones en armonía con la riqueza de los pueblos.

La expropiacion de la propiedad particular, el saqueo de las habitaciones, el despojo de los templos y de los museos son hechos punibles merecedores de severos castigos.



Es imposible limitar el uso de las armas que han de emplearse, si bien como regla general convienen todos en proscribir aquellas que aumenten la gravedad de las heridas, sin otro objeto alguno venta-

joso. De la superioridad de las armas depende muchas veces la victoria y, por consiguiente, cada Estado debe dotar á sus ejércitos lo mejor posible, puesto que los tiene para vencer y no para entregárselos al enemigo. Tampoco deben usarse las armas más mortíferas que se tengan, cuando sin mayor peligro pueda conseguirse el mismo resultado con las que lo son ménos.

El minar el paraje que ocupa el enemigo dándole á escoger entre la capitulacion y la muerte, sorprenderlo, impedir que reciba municiones de boca y guerra, producir alarmas en sus campamentos, simular ataques, aparentar mayores fuerzas por medio de hábiles maniobras, atraerlo al punto que convenga para batirlo con más facilidad, perseguirlo sin descanso, hacerlo que se engañe respecto al lugar á que uno se dirige, todo esto y otras muchas estratagemas son lícitas y naturales en la guerra;

pero el emponzoñar las armas, envenenar las aguas y los alimentos, fingirse amigo, disfrazarse con sus uniformes para atacarlo ó enarbolar su bandera, son hechos indignos é impropios de verdaderos militares.



El bombardear una ciudad sin ser necesario ó sin conceder á los habitantes pacíficos un plazo prudente para retirarse, el incendiar ó destruir, pudiendo evitarlo, y, sobre todo, la violacion y el saqueo, son actos innobles y brutales. La guerra ha de revelar, á la vez que bravura y energía, inteligencia, talento y generosidad. Luchando por la justicia, por el derecho, por la pátria ó por los grandes intereses sociales, la conducta debe subordinarse á las leyes del honor. Para vanagloriarse á la faz de todo el mundo de haber hecho la guerra, y ostentar

satisfecho la medalla que la conmemore, es preciso que el sol de la victoria no esté empañado por las nubes de la conciencia.

Cuantas mejores condiciones tengan los ejércitos les será más fácil hacer la guerra con ménos daño, porque muchas veces la falta de medios de ataque ó de defensa crea situaciones desesperadas, las cuales obligan á cometer acciones repugnantes, como en la paz las circunstancias extremas llevan á los hombres á obrar en contra de sus deseos y convicciones.

En los tratados referentes al derecho de la guerra y á la moral militar es donde pueden examinarse estos puntos con la extension debida. Nuestro objeto sólo ha sido consignar que, áun cuando creemos la guerra inextinguible, la deseamos noble y humana.

CAPÍTULO III.

Causa primera de la guerra.—Dificultad de definir la guerra.—Otras pruebas sobre la imposibilidad de la paz perpétua.—Cuándo es preferible la guerra á la paz.—Nuestros deseos respecto á España.—Fases de la guerra.— A nuestros compañeros de armas.

Llegamos ya al fin de este modesto trabajo. En el libro primero hemos visto luchas en la naturaleza, luchas del hombre con ésta, consigo mismo y con los demás hombres; en el segundo, queriendo encontrar la paz eterna, nos ha resultado que hasta hoy no se conoce medio alguno de destruir la guerra; en el tercero, al examinar si la guerra es contraria al progreso y á

la civilizacion, la hemos hallado en concordancia con la marcha del uno y el desarrollo de la otra, é independiente de la forma de gobierno; y en el cuarto, profundos filósofos, eminentes historiadores y publicistas notables nos han dicho que es providencial y necesaria en muchos casos, no faltando quien la haya calificado de divina.

Nosotros no podemos ménos de hallar la guerra, de cualquiera de las dos siguientes maneras que consideremos al hombre.

Si éste sólo es una parte de la naturaleza, á ésta atribuiremos la guerra, puesto que, faltándole á la madre el poder de dar esa condicion, sus hijos, precisamente, nacerian sin ella. Si el hombre no es exclusivamente hijo de la naturaleza, si es un sér compuesto de inmortal y perecedero, si es *dos hombres*, un insigne poeta español, que

ni es necesario nombrar, contestará por nosotros:

«Aquí, para vivir en santa calma,
O sobra la materia, ó sobra el alma.»

La guerra, en este caso, estará en que somos dos en uno, en que nos vemos precisados á obedecer á esas dos fuerzas que luchan constantemente.

De cualquiera de los dos modos, la razon de ser de la guerra vendrá á consistir en que esta última la tenemos en nosotros mismos, en que no podemos dejar de tenerla, en que nacemos con esa disposicion ó facultad, y en que esa lucha individual se refleja inevitablemente en las sociedades y en las naciones.

Sentada ya una primera causa de la guerra, parecerá muy fácil definirla, y sin embargo, ofrece dificultades el hacerlo de una manera perfecta. Los que dicen que es *condicion humana, designio de la Providencia, fenómeno universal*, tienden á expresar la esencia de la guerra, pero no enuncian sus propiedades, ni la distinguen de otras *condiciones, designios* ó *fenómenos*. Los que establecen que es un *hecho social, un choque entre dos pueblos*, ó *el fundamento de los Estados*, señalan uno ó varios de sus efectos, prescindiendo de la causa. Los que manifiestan que la guerra es *como el huracan* la definen por comparacion, resultando dudoso poder apreciar su esencia y propiedades. Los que suponen la fuerza directriz del género humano *semejante á la fuerza que rige al universo* emplean un símil, y los que dicen que la guerra *no tiene razon de*

ser formulan una negativa y no una verdadera definicion.

Los filósofos, los jurisconsultos, los políticos y los guerreros definen la guerra segun el modo con que cada uno la considera, y nosotros creemos que esa palabra la comprende todo el mundo sin necesidad de definirla, pudiendo decirse de ella que produce como las causas y es producida como los efectos. En la guerra se confunden el bien y el mal; tienen lugar rasgos sublimes y hechos repugnantes: elemento de destruccion, significa la defensa en su más alto grado; repulsiva en sus medios, es grande en sus concepciones y elevada en sus fines; mezcla de inteligente y de brutal; estado que supone la falta de paz y con el cual se busca la paz; nos infunde pavor y somos impelidos á ella por un sentimiento de inmortalidad: la guerra es, á nuestro juicio, una de las leyes que rigen á la humanidad, arregla-

da á las condiciones naturales de los individuos que la componen.

*
* *

A pesar de las distintas fases por que ha pasado el género humano, ningun indicio se nos ha presentado de paz perpétua. Los distintos principios sustentados en el mundo, las religiones, los derechos, las políticas, los imperios y las democracias, lejos de conseguir reinar eternamente, han sido objeto de contínuas querellas dirimidas en los campos de batalla. Y es que, para llegar á la paz referida, no basta una sustitucion ó cambio de principios: es preciso extinguir la primera causa. Segun consideremos la guerra, como *expresion de la fuerza, promovida por las ideas, originada por las pasiones ú ocasionada por las impresiones*

y sentimientos, así tendremos que destruir la fuerza, las ideas, las pasiones ó los sentimientos, y al cesar todo esto, no concluirá la guerra, no pelearán los hombres porque faltará el sér orgánico, habrá terminado la vida y la humanidad dejado de existir. Nosotros no la queremos incompleta. Preferimos verla como se manifiesta, inteligente, fuerte, ideal, apasionada é impresionable, dispuesta en las ocasiones supremas á perder la vida del cuerpo, si es preciso, antes que renunciar á las otras vidas de la reputacion, del honor, de la dignidad y de la vergüenza, que no son falsas vidas desde el momento que ejercen sobre el hombre poderoso influjo, y le son necesarias para vivir en paz consigo mismo.

Hasta la misma idea de esa paz, si detenidamente se la examina, no es la brisa suave que refresca y consuela: es un aire violento, en cuyas capas van envueltos mul-

titud de gérmenes productores de futuras y prolongadas guerras.



Al expresarnos de este modo no faltará quien nos juzgue insensibles á la desgracia humana, y diga que preferimos la guerra á la paz. Nada más lejos de nuestro ánimo. Cuando en el ardor de la pelea hemos escuchado el triste lamento del que agonizaba; cuando hemos visto al compañero del alma, tendido sobre la nieve enrojecida con su propia sangre, quizá desnudo, y profanado su cadáver; cuando ha llegado á nuestras manos la carta de la afligida madre ó de la tierna esposa regada con lágrimas de nuestros hijos; cuando en derredor de nuestra cabeza hemos escuchado el penetrante silbido de las balas, y envueltos en torbellinos de humo, entre gritos, carreras,

confusion y matanza, faltos de descanso, de alimento, hasta de agua para apagar la sed; cuando hemos pensado que al dia siguiente habia que pelear con gente á quien no odiábamos y á la que ni siquiera conociamos, una impresion de horror heria nuestra imaginacion y nos hacia exclamar: ¡Maldita guerra!

Empero, cuando estábamos reflexionando así, el enemigo se presenta enfrente de nosotros. Son otros hombres que vienen resueltos á que les prestemos obediencia; á que los consideremos superiores; á apoderarse de nosotros como pudieran hacerlo de las fieras que habitan en los bosques; á obligarnos á cambiar de nombre, de idioma y de costumbres; á modificar los límites de nuestro territorio, y no hay medio pacífico ni honroso de defendernos, de conservar lo que poseemos y de impedir que nuestra libertad perezca. ¿Qué hacer en este caso?

Antes que sucumbir á cuanto se le antoje al contrario, antes que reconocerlo como soberano y recibir sus leyes, optamos por la guerra. Ella será terrible, pero es la única que puede dar al espíritu humano la paz que satisface, la paz que se ha ganado, la paz de la victoria. La paz humildemente suplicada, recibida sin la honra, abdicando la propia autoridad, sin la independencia, ó, por lo ménos, sin haber quemado hasta el último cartucho para conservar esa condicion de la existencia, es una paz ignominiosa y triste, precursora de un humillante porvenir.

***

No preferimos la guerra á la paz, ni queremos que nuestra España se comprometa en guerras injustas é imprudentes, si bien deseamos llegue un dia en que viva ménos

apartada del concierto del mundo. La que de simple condado de Castilla llegó hasta crear un hemisferio, no ha de ver siempre impasible que sobre el suelo hispano se levanten extraños estandartes; no ha de consentir eternamente que, cuando pretende llevar la civilizacion á un país salvaje, se lo impidan agenas conveniencias; no ha de seguir á todas horas consumiéndose en miserables luchas interiores sin alcanzar ni gloria ni provecho. Abrigamos la consoladora esperanza de que ha de llegar un tiempo en que se levante de su postracion, aparte de sí ese flúido misterioso que la rodea y, repuesta de sus prolongados quebrantos, procurará recobrar lo que es suyo, alcanzando legítima representacion en los Congresos europeos. Para esto es necesario, entre otras cosas, vivir en el mundo de la realidad y no adquirir ideas falsas sobre el único medio que puede conducirnos á ese fin.

La guerra, como todo, semejante á aquella deidad de doble rostro que adoraban los griegos, presenta dos caras completamente distintas. Vista por una de ellas aparece cual satánica figura; desnuda la cabeza; rasgadas sus rojas vestiduras; apenas cubiertos sus descarnados huesos por girones sangrientos; la tea del incendio resplandece en la siniestra mano, blandiendo formidable y reluciente acero en la derecha: por donde quiera que va arrasa los campos, destruye las ciudades, paraliza el comercio y la industria, oculta el oro, aumenta las deudas, diezma los habitantes, y el ham bre y la peste, derramando invisiblemente la muerte, completan el sombrío cuadro que no puede mirarse sin sentir un horrible estremecimiento. Mas veámosla de otro modo. La furia se ha trocado en gentil amazona, cuyo hermoso y varonil semblante

denota resolucion y majestad; dorado casco cubre su cabeza; ceñido traje destaca sus hercúleas y bien contorneadas formas; aquella tea es la antorcha de la civilizacion; el acero es la espada de la justicia; revestida de tan preciosos atributos explora lugares desconocidos ó salvajes, abre al comercio nuevas rutas, fortifica las ideas, defiende el derecho, renueva las instituciones, reforma las costumbres, regenera los pueblos, engrandece los Estados, da el poder y la gloria, y, precipitándonos en los peligros, nos enseña á despreciar la vida, naciendo, de tan heróico sacrificio, las mayores virtudes, y las más extraordinarias manifestaciones que registra la historia de la humanidad. Son las mismas dos fases bajo las cuales puede considerarse la vida entera. ¡Grandezas y miserias que revelan la imperfeccion humana!

Hé aquí, compañeros de armas, el resultado de este ligero estudio que dedico á vosotros, entre los cuales hay tanto de noble, de generoso, de inteligente y de suprema abnegacion. No abrigueis duda alguna respecto á lo digno y elevado de vuestra carrera. Constituís la parte armada del país para enaltecerlo y honrarlo; teneis la mision más grande y difícil, que es la de mantener el órden y defender la independencia; servís de firme apoyo á la autoridad, evitando al propio tiempo la tiranía; habeis humanizado la guerra, elevándola á la categoría de ciencia, y desde el momento en el cual os disponeis á entrar en combate ejerceis una magistratura solemne, fallando procesos universales y sociales que los hombres considerados como inteligentes no han sabido resolver de otro modo.

Grandes crísis atraviesan los pueblos y

las instituciones humanas. No olvidad tan grave circunstancia para permanecer unidos, medio seguro de salvar fácilmente cuantos abismos se presenten ante vosotros y de que podais tambien sacar á salvo la majestad augusta de la pátria.

FIN.

INDICE.

Páginas.

Páginas

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO IV.

CAPÍTULO V.

CAPÍTULO VI.

LIBRO SEGUNDO.

La religion, la política, el derecho y los congresos universales como medios para llegar á la paz eterna.

CAPÍTULO PRIMERO.

Páginas

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO IV.

CAPÍTULO V.

Páginas.

LIBRO TERCERO.

La guerra, el progreso y la civilizacion.

CAPÍTULO PRIMERO.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO IV.

Páginas.

LIBRO CUARTO.

Opinion de varios escritores.

CAPÍTULO PRIMERO.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO IV.

Página

LIBRO QUINTO.

Reflexiones acerca de los ejércitos, conducta que debe observarse en la guerra. Conclusion.

CAPÍTULO PRIMERO.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.


SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS

